

PIERRE BOURDIEU

305.550944

B769d

3a. ed.

C.3

LA DISTINCIÓN

Criterios y bases sociales del gusto

Traducción
de

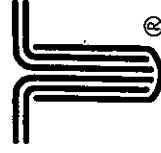
M.^a DEL CARMEN RUIZ DE ELVIRA



UNIVERSIDAD
ALMERÍA
BIBLIOTECA

v/08/2007.0357916

taurus



81127

EL ESPACIO SOCIAL Y SUS TRANSFORMACIONES

Hubiérase podido, sin duda, detener la investigación en este punto sin llegar a provocar grandes objeciones. Tan evidente parece la idea de la irreductibilidad del gusto artístico. Ahora bien, como ya lo ha puesto de manifiesto el análisis de las condiciones sociales de la disposición estética, no es posible comprender totalmente las disposiciones que orientan las elecciones entre los bienes de la cultura legítima si no es a condición de reinsertarlos en la unidad del sistema de disposiciones, de *hacer entrar* la "cultura", en el sentido restringido y normativo del uso ordinario, en la "cultura" en el sentido amplio de la etnología, y de relacionar el gusto elaborado por los objetos más depurados con el gusto elemental de los sabores alimenticios¹. El doble sentido de la palabra gusto, que sirve de ordinario para justificar la ilusión de la *generación espontánea* que tiende a producir esa disposición cultivada al presentarla bajo las apariencias de la disposición innata, debe servir, por una vez, para recordar que el gusto como "facultad de juzgar los valores estéticos de manera inmediata e intuitiva" es inseparable del gusto en el sentido de capacidad para discernir los sabores propios de los alimentos que implica la preferencia por algunos de ellos. La abstracción que lleva a aislar las disposiciones con respecto a los bienes de cultura legítima lleva consigo, en efecto, una nueva abstracción en el sistema de los factores explicativos que, siempre presente y activo, no se deja observar más que a través de aquellos de sus elementos (el capital cultural y la trayectoria en el caso analizado a continuación) que constituyen el origen de su eficacia en el campo considerado.

El consumo de los bienes culturales más legítimos es un caso particular de la competencia con respecto a bienes y prácticas singulares, cuya particularidad obedece más, sin duda, a la lógica de la oferta o, si se prefiere, a la forma específica que adopta la competencia entre productores, que a la lógica de la demanda y de los gustos o, si se quiere, a la lógica de la competencia entre los consumidores.

¹ Al elegir que la interrogación recaiga sobre el conjunto de los consumos materiales o culturales, legítimos o no, que pueden ser objeto de juicios del gusto—cocina y pintura, vestimenta y música, cine y decoración—se pretendía precisamente conseguir los medios necesarios para examinar la relación entre las disposiciones que comúnmente se tratan como estéticas y el sistema de disposiciones que constituyen el *habitus*.

Basta, en efecto, con abolir la barrera mágica que hace de la cultura legítima un universo aparte para darse cuenta de las inteligibles relaciones entre unas "elecciones" en apariencia incommensurables, como las preferencias en materia de música o de cocina, de deporte o de política, de literatura o de peinados. Esta temeraria reintegración de los consumos estéticos en el universo de los consumos ordinarios (contra los cuales no cesan aquéllos de definirse) tiene, entre otras virtudes, la de recordar que el consumo de bienes sin duda supone siempre, en grados distintos según los bienes y según los consumidores, *un trabajo de apropiación*; o, con mayor exactitud, que el consumidor contribuye a *producir el producto que consume* al precio de un trabajo de localización y desciframiento que, en el caso de la obra de arte, puede constituir la totalidad del consumo y de las satisfacciones que éste procura, y que requiere un tiempo y unas disposiciones adquiridas con el tiempo.

Importándonos poco una abstracción más o menos, los economistas pueden ignorar lo que les sucede a los productos en su relación con los consumidores, es decir, con las disposiciones que definen sus *propiedades útiles y sus usos reales*: plantear como hipótesis, como hacen algunos de ellos, que los consumidores perciben los mismos atributos decisivos, lo que viene a suponer que los productos poseen unas características objetivas —o, como se dice, "técnicas"— capaces de imponerse como tales a todos los sujetos perceptores, es hacer como si la percepción se aplicara sólo a las características que señalan los descriptivos propuestos por los productores (y la publicidad denominada "informativa") y como si los *usos sociales* pudieran deducirse de los *modos de empleo*. Los objetos, aunque de productos industriales se trate, no son *objetivos* en el sentido que de ordinario se da a esta palabra, es decir, no son independientes de los intereses y de los gustos de quienes los apprehenden y no imponen la evidencia de un sentido universal y unánimemente aprobado. La tarea del sociólogo sería mucho más fácil si, ante cada relación estadística entre una "variable independiente" y una "variable dependiente", no estuviera obligado a determinar cómo la percepción y la apreciación de lo que designa la "variable dependiente" varían según las clases que determina la "variable independiente" o, si se prefiere, cuál es el sistema de características pertinentes con arreglo al cual ha sido realmente determinada cada una de las clases de agentes². Lo que la ciencia debe demostrar es esa objetividad del objeto que se establece en la relación entre un objeto definido en las posibilidades e imposibilidades que ofrece y que no se ponen de manifiesto más que en el universo de los usos sociales (entre los cuales se encuentra, si se trata de un objeto técnico, el uso en vista o con arreglo al cual el productor lo ha concebido), y las disposiciones de un agente o de una clase de agentes, es decir, los esquemas de percepción, de apreciación y de acción que constituirán su *utilidad objetiva* en un *uso práctico*³. No se trata, por supuesto, de reintroducir una forma cualquiera de lo que se denomina lo "vivido" y que no es otra cosa, la mayor parte de las veces, que una proyección apenas enmascarada de lo "vivido" por el investigador⁴. Se trata de

² ¿Es necesario decir que los sociólogos que tienen conciencia de esta tarea previa no constituyen legión, sobre todo entre los que hacen profesión de metodología?

³ Podría sin duda mostrarse, a propósito de numerosos objetos técnicos, lo mismo que lo hemos hecho respecto a la fotografía (véase P. BOURDIEU *et al.*, *op. cit.*), que, dejando aparte lo que está implicado en los determinismos negativos, los límites, no puede deducirse casi nada referente a los usos sociales a partir de las propiedades técnicas de los objetos.

⁴ Los economistas —a quienes en la actualidad emulan aquellos sociólogos que lo que menos les

sustituir la relación abstracta entre consumidores con gustos intercambiables y productos con propiedades uniformemente percibidas y apreciadas por una relación entre unos gustos que varían de manera necesaria según las condiciones económicas y sociales de su producción y unos productos a los que confieren sus diferentes identidades sociales. Basta, en efecto, con plantear la cuestión, extrañamente ignorada por los economistas, de las *condiciones económicas de la producción de las disposiciones postuladas por la economía*, es decir, en este caso particular⁵, la cuestión de los determinantes económicos y sociales de los gustos, para percibir la necesidad de inscribir en la definición completa del producto las *experiencias diferenciales* que de ellos hacen los consumidores con arreglo a las disposiciones debidas a su posición en el espacio económico. No es preciso haber vivido estas experiencias para comprenderlas con una comprensión que puede no deber nada a la experiencia vivida y, menos aún, a la simpatía: relación objetiva entre dos objetividades, el *habitus* permite establecer una relación inteligible y necesaria entre unas prácticas y una situación de las que el propio *habitus* produce el sentido con arreglo a categorías de percepción y apreciación producidas a su vez por una condición objetivamente perceptible.

CONDICIÓN DE CLASE Y CONDICIONAMIENTOS SOCIALES

Debido a que no puede dar razón de las prácticas si no es sacando sucesivamente a la luz la serie de *efectos* que se encuentran en su origen, el análisis hace desaparecer en primer lugar la estructura del estilo de vida característico de un agente o de una clase de agentes, es decir, la unidad que se disimula bajo la diversidad y la multiplicidad del conjunto de unas prácticas realizadas en campos dotados de lógicas diferentes, luego capaces de imponer unas formas de realización diferentes (de acuerdo con la fórmula: [(*habitus*) (capital)] + campo = práctica): el análisis hace desaparecer también la estructura del espacio simbólico que resalta el conjunto de estas prácticas estructuradas, de todos *estos estilos de vida distintos y distintivos* que se definen siempre objetivamente, y a veces subjetivamente, en y por sus relaciones mutuas. Se trata, pues, de recomponer lo que ha sido descompuesto, primero a título de verificación, pero también para redescubrir lo que hay de verdad en el enfoque característico del conocimiento común, a saber, la intuición de la sistematicidad de los estilos de vida y del conjunto que éstos constituyen. Para ello se hace necesario volver al principio unificador y generador de las prácti-

preocupa es el sentido de la interrogación teórica y la atención a la complejidad de lo real—son maestros en el arte de formalizar una vivencia o un inconsciente de clase. Y cuesta trabajo resistirse al perverso placer de evocar un reciente estudio en el que Gary S. Becker —que en otras ocasiones ha conseguido situar mejor su imaginación modelizadora— trata de dar cuenta de la paradoja que pretende que la demanda de ciertos bienes aumente constantemente con la experiencia (G. J. STIGLER y G. S. BECKER "De gustibus non est disputandum", *American Economic Review*, 67, marzo 1977, pp. 76-90). Para dar cuenta de disposiciones como la "melomanía", típica de las "manías benéficas", y la "toxicomanía", característica de las "manías nocivas", Becker invoca, en el primer caso, el descenso del coste de producción del "placer musical" que resulta de la acumulación de capital humano específico, y en el segundo, por el contrario, apela al aumento del coste de producción de la "euforia" que resulta del debilitamiento de la aptitud para la euforia. *Quod erat demonstrandum*.

⁵ Para encontrar otro ejemplo de este paradójico olvido, véase P. BOURDIEU, *Travail et travail-lours en Algérie*, París, Mouton, 1963, y *Algérie 60*, París, Éd. de Minuit, 1978.

cas, es decir, al *habitus* de clase como forma incorporada de la condición de clase y de los condicionamientos que esta condición impone; por consiguiente, hay que construir la *clase objetiva* como conjunto de agentes que se encuentran situados en unas condiciones de existencia homogéneas que imponen unos condicionamientos homogéneos y producen unos sistemas de disposiciones homogéneas, apropiadas para engendrar unas prácticas semejantes, y que poseen un conjunto de propiedades comunes, propiedades *objetivadas*, a veces garantizadas jurídicamente (como la posesión de bienes o de poderes) o *incorporadas*, como los *habitus* de clase (y, en particular, los sistemas de esquemas clasificadores).⁶

Variables y sistemas de variables

Al designar a esas clases (clases de agentes o, lo que bajo este punto de vista viene a ser lo mismo, clases de condiciones de existencia) por un nombre de profesión, no se hace otra cosa que manifestar que la posición en las relaciones de producción impone las prácticas, especialmente por conducto de los mecanismos que rigen el acceso a las distintas posiciones y que producen o seleccionan una clase determinada de *habitus*. Pero esto no es una forma de volver a una variable pre-construida como es la "categoría socio-profesional": en efecto, los individuos reunidos en una clase que está construida bajo una relación particular, pero particularmente determinante, llevan siempre consigo, además de las propiedades pertinentes que constituyen el origen de su enclausamiento, unas *propiedades secundarias* que se introducen así de contrabando en el modelo explicativo⁷. Es decir, que una clase o una fracción de clase se define no sólo por su posición en las relaciones de producción, tal como ella puede ser reconocida por medio de indicadores como la profesión, los ingresos o incluso el nivel de instrucción, sino también por un cierto *sex-ratio*, una distribución determinada en el espacio geográfico (que nunca es socialmente neutra) y por un conjunto de *características auxiliares* que, a título de exigencias tácticas, pueden funcionar como principios de selección o de exclusión reales, sin estar nunca formalmente enunciadas (es, por ejemplo, el caso de la pertenencia étnica o de sexo); numerosos criterios oficiales sirven, en efecto, de careta a unos criterios ocultos, pudiendo ser el hecho de exigir una titulación determinada una forma de exigir, en realidad, un origen social determinado⁸.

⁶ La clase objetiva no debe confundirse con la clase *movilizada*, conjunto de agentes reunidos, sobre la base de la homogeneidad de las propiedades objetivadas o incorporadas que definen la clase objetiva, con vistas a la lucha destinada a salvaguardar o a modificar la estructura de la distribución de las propiedades objetivadas.

⁷ Esto es lo que expresa bien Jean Benzecri cuando dice: "Tomemos unos individuos $\alpha \beta_1 \gamma_1$, $\alpha \beta_2 \gamma_2$, ..., $\alpha \beta_n \gamma_n$, descritos cada uno por la posesión de tres características (o caracteres). Haciendo abstracción de los dos últimos elementos de cada descripción, se dirá que todos estos individuos encajan en una sola especie definida por la característica α , y que se podrá llamar, en pocas palabras, la especie α . Pero incluso si la característica α permite definir esta especie y reconocer en ella a los individuos, no puede estudiarse aquella sin tener en cuenta las características β , y de éstos. Desde este punto de vista, si denominamos B al conjunto de modalidades β que puede revestir el segundo carácter, y C al conjunto de modalidades γ del tercer carácter, estudiar la especie α será estudiar αBC , esto es, además de la primera característica que se ha fijado, todo lo que puede ser la segunda (B) o la tercera (C); y además las asociaciones permitidas entre estas últimas (como β con γ o γ'). J. Benzecri, "Definition logique et definition statistique: Notes de lecture sur un chapitre de Ernst Cassirer", *Cahiers de l'analyse des données*, Vol. III, 1978, n.º 2, pp. 239-242.

⁸ Sería necesario examinar lo que la lista de criterios utilizados por el analista debe al estado de la

Así es como los miembros de los grupos basados en la cooptación, como son la mayor parte de los *cuervos* a los que protege explícita o tácitamente un *numerus clausus* (médicos, arquitectos, profesores de enseñanza superior, ingenieros, etc.), tienen siempre en común algo más y distinto que las características exigidas de forma explícita: la percepción ordinaria de las profesiones, que sin duda constituye uno de los principios reales de las "vocaciones", es menos abstracta e irreal que la de los estadísticos y tiene en cuenta no sólo la naturaleza del puesto o el importe de los ingresos que proporciona, sino también esas características secundarias que a menudo se encuentran en la base de su valor social (prestigio y descrédito) y que, aunque ausentes de la definición oficial, funcionan como exigencias tácticas, orientando de forma más o menos abierta, como la edad, el sexo o el origen social o étnico, las elecciones de cooptación, a partir de la entrada en la profesión y a todo lo largo de la carrera, de manera que los miembros del cuerpo desprovistos de estas características son excluidos o rechazados hacia posiciones marginales (las mujeres médicos o abogados están condenadas a clientelas femeninas, y los médicos o abogados negros a clientes negros o a la investigación). En resumen, la propiedad destacada por el nombre empleado para designar una categoría, es decir, la profesión en la mayoría de los casos, puede disminuir la eficacia de todas las propiedades secundarias que, aunque realmente constitutivas de la categoría así definida, no están mencionadas de forma expresa. Igualmente, pueden cometerse errores de bulto si, tratando de apreciar la evolución de una posición social (definida por la profesión), se ignoran, por el solo hecho de tener en cuenta una *sola de las propiedades pertinentes* aunque se trate de la más importante, todos los *efectos de sustitución* en los que también se expresa esta evolución: la trayectoria colectiva de una clase social puede ponerse de manifiesto en el hecho de que se "feminice" o se "masculinice", envejecza o rejuvenezca, se empobrezca o se enriquezca, transformaciones todas ellas que pueden ser simultáneas o alternas (pudiendo manifestarse la decadencia de una posición del mismo modo por el hecho de que se feminice -lo que puede ir acompañado de una elevación del origen social- o de que se "democratice" o de que "envejecza"). Lo mismo valdría para cualquier grupo definido por la ocupación de una posición en un campo -por ejemplo, una disciplina universitaria en la jerarquía de las distintas disciplinas, un título nobiliario o académico en la jerarquía de los títulos, etc.

Las relaciones singulares entre una variable dependiente (como puede ser la opinión política) y unas variables llamadas independientes como el sexo, la edad y la religión, o incluso el nivel de instrucción, los ingresos y la profesión, tienden a disminuir el sistema completo de las relaciones que constituyen el verdadero principio

lucha entre los distintos grupos separados por estos criterios, o, con mayor exactitud, a la capacidad de los grupos definidos por estos criterios para hacerse reconocer como tales: es probable que habría menos posibilidades de olvidar que los O.S. son en una gran parte mujeres y emigrados si unos grupos fundados en el sexo o en la nacionalidad de origen se hubieran constituido como tales en el seno de la clase obrera. Por otra parte, el paralogismo del factor aparente no sería tan frecuente si no fuera la simple retraducción en el terreno científico de los juegos de legitimación mediante los cuales los grupos tienden a colocar en primera posición tal o cual propiedad legítima, principio declarado de su constitución, para ocultar los fundamentos reales de su existencia. Así es como los grupos más selectivos (como un público de concierto o de alumnos de gran escuela) pueden enmascarar(se) en cierto modo dos veces el verdadero principio de su selección: al renunciar a pregonar los principios reales de su existencia y de su reproducción, se condenan a tener que contar con la eficacia de mecanismos que, al no tener el rigor específico y sistemático de un derecho de entrada explícito, admiten *excepciones* (a diferencia de los clubes y de todas las "élites" basadas en la cooptación, no pueden controlar el conjunto de propiedades de los "elegidos", esto es, la totalidad de la persona).

pio de la fuerza y de la forma específica de los efectos registrados en tal correlación particular. La más independiente de las variables "independientes" oculta toda una red de relaciones estadísticas que están presentes, de forma soterrada, en la relación que mantiene con tal opinión o tal práctica. También aquí, en lugar de pedir a la tecnología estadística la resolución de un problema con el que no puede hacer otra cosa que desplazarlo, se necesitaría interrogarse, mediante un análisis de las divisiones y variaciones que introducen las diferentes variables secundarias (sexo, edad, etc.) en el seno de la clase definida por la variable principal, sobre todo lo que, presente en la definición real de la clase, no se ha tenido en cuenta conscientemente en la definición nominal, la que resume el nombre empleado para designarla y, en consecuencia, en la interpretación de las relaciones en las que se le hace entrar.

La relación entre la titulación académica y la profesión es un ejemplo típico de la falsa independencia entre las variables llamadas independientes: no sólo porque, por lo menos en algunos sectores del espacio social (a los que se tienen más o menos acceso según la titulación académica), la profesión depende de la titulación, sino también porque el capital cultural que se piensa que garantiza la titulación depende de la profesión ejercida, que puede suponer el mantenimiento o el aumento del capital adquirido en la familia y/o en la escuela (por y para la promoción profesional) o por el contrario la disminución de este capital (debida al hecho de la descalificación). A este efecto de la situación profesional —en la que también habría que distinguir el efecto del trabajo propiamente dicho que, por su misma naturaleza, puede reclamar una inversión más o menos grande y, por su menos constante de capital cultural, y por tanto una conservación más o menos continua del mismo, y al efecto de la posible carrera que requiere o excluye unas inversiones culturales apropiadas para asegurar la promoción profesional o para legitimarla— se añade el efecto del medio profesional, es decir, el refuerzo ejercido sobre las disposiciones y, en particular, sobre las disposiciones culturales (o religiosas y políticas) por un grupo homogéneo en la mayor parte de las relaciones que lo definen: sería necesario así examinar en cada caso la medida en que las condiciones de existencia profesional favorecen o perjudican la realización de este efecto, lo que nos llevaría a tomar en cuenta las características propias del trabajo (penosidad, etc.), las condiciones en las que se realiza —ruido o silencio favorable para la comunicación, etc.— los ritmos temporales que impone y el tiempo libre que concede, y sobre todo la forma de relaciones horizontales o verticales que favorece en los lugares de trabajo —durante éste y en los intervalos de descanso— o fuera del mismo, etc. Este efecto se encuentra, sin duda, en el origen de muchas de las diferencias que separan a los empleados de oficina (empleados contables, empleados de banca, agentes de empresas, mecanógrafos) de los empleados de comercio (vendedores de almacenes en su mayor parte), y de las cuales no dan cuenta en su totalidad ni las diferencias ligadas con la fracción de clase de origen (con alguna mayor frecuencia los empleados de comercio de pequeños patronos) ni los cultores autónomos y los empleados de comercio de pequeños patronos) ni las diferencias de capital escolar (los primeros tienen con alguna más frecuencia el BEPC y los segundos un CAP)⁹. Entre los efectos que la relación entre la fracción

⁹ Los empleados de comercio y los empleados de oficina, que presentan una distribución más o menos igual según el sexo, la edad y los ingresos, están separados por diferencias importantes en lo que se refiere a disposiciones y prácticas. Así, los empleados de oficina, más ascéticos, esperan con mayor frecuencia de sus amigos que sean concienzudos o educados, desean más a menudo un hogar claro, limpio y cuidado, les gusta Brel, Guétary, Luis Mariano, la *Rapsodia húngara*, *La Arlesiana*, Rafael,

de clase y las prácticas desvela y vela a la vez, se encuentra el efecto de la posición en la distribución de las propiedades secundarias atribuidas a una clase: así ocurre que los miembros de la clase que no poseen todas las propiedades modales —por ejemplo, los hombres en una profesión fuertemente feminizada o los hijos de obreros en la Escuela nacional de administración— están profundamente marcados en su identidad social por esa pertenencia y por la imagen social que ella impone y con respecto a la cual deben inevitablemente situarse, tanto si la asumen como si la rechazan.

Del mismo modo, unas relaciones como las que unen el capital escolar o la edad con los ingresos disimulan la relación que enlaza entre sí a las dos variables aparentemente independientes, determinando la edad los ingresos con una fuerza que varía según el capital escolar y la profesión, determinada a su vez, en alguna medida, por el capital escolar al mismo tiempo que por otros factores menos visibles, como son el sexo o el capital cultural y social heredado. En algún otro caso, una de las variables no es, en cierto modo, más que una forma transformada de la otra: así la edad escolar (esto es, la edad para un nivel escolar determinado) es una forma transformada del capital cultural heredado, al ser el retraso una etapa hacia la relegación o la eliminación; de manera más general, el capital escolar que se posee en un momento dado del tiempo expresa, entre otras cosas, el nivel económico y social de la familia de origen (al término de un proceso más o menos largo que no tiene nada que ver con una relación mecánica, puesto que el capital cultural de origen puede no ser reconvertido en capital escolar más que de una manera imperfecta, o puede ejercer unos efectos irreductibles a los del título escolar, como se ve en todos los casos en los que el origen social distingue a individuos de nivel escolar idéntico). Igualmente, en toda relación entre el capital escolar y una determinada práctica, se percibe el efecto de las disposiciones asociadas con el sexo que contribuyen a determinar la lógica de la reconversión del capital heredado en capital escolar, es decir, y con mayor precisión, a determinar la "elección" de la especie de capital escolar que se obtendrá a partir del mismo capital de origen, de preferencia literario en el caso de una chica y científico en el de un chico. También de igual modo, la relación de una determinada práctica con la edad puede ocultar una relación con el capital escolar cuando la edad señala de hecho unos modos de acceso diferentes a la posición —por el título o por la promoción profesional— y/o unas generaciones escolares y unas oportunidades desiguales de acceso al sistema de enseñanza (al tener los agentes de mayor edad un capital escolar menor que los más jóvenes), o incluso con la clase social, en razón de las variaciones de la definición social de la precocidad o del retraso en los diferentes campos y en particular en el campo escolar¹⁰. Y de igual modo, por último, no se puede imputar las variaciones de la práctica cultural según el tamaño de la aglomeración residencial al efecto propio de la distancia puramente espacial y a las variaciones de la oferta cultural, antes de haber verificado si las diferencias subsisten

Watteau, Vinci. Por el contrario, los empleados de comercio buscan, con mayor frecuencia que los de oficina, amigos sociables, *bons vivants*, divertidos y elegantes, un hogar confortable e íntimo, y también con mayor frecuencia dicen que les gusta Brassens, Ferré, Françoise Hardy, *El crepúsculo de los Dioses*, *Las cuatro estaciones*, *La Rapsodia en blue*, Utrillo o Van Gogh.

¹⁰ En realidad, la transformación de las probabilidades de acceso no es más que un aspecto de un cambio más sistemático que afecta también a la propia definición de la competencia, impidiendo, en circunstancias extremas, toda comparación entre las generaciones (los conflictos que enfrentan a los poseedores de competencias con edades y niveles escolares distintos —antiguo diploma elemental frente al nuevo bachillerato— se concentran precisamente en la definición de la competencia, reprochando la antigua generación a la nueva el no poseer las competencias juzgadas como elementales y fundamentales en la antigua definición: "ya no saben ortografía", "no saben ni siquiera contar").

cuando se elimina el efecto de las desigualdades de capital escolar que encubre (hasta en la misma categoría profesional) la distribución en el espacio geográfico¹¹.

Al conducir el análisis variable a variable, como frecuentemente se hace, se corre el riesgo de atribuir a una de las variables (por ejemplo el sexo o la edad, que pueden *expresar a su manera* toda la situación o el devenir de una clase) lo que es efecto del conjunto de las variables (error que resulta favorecido por la inclinación consiente o inconsciente de sustituir las alienaciones específicas, vinculadas a la clase, por las *alienaciones genéricas*, vinculadas al sexo o a la edad, por ejemplo). La condición económica y social, tal como es aprehendida a través de la profesión, impone su forma específica a todas las propiedades de edad o de sexo, de tal suerte que lo que se pone de manifiesto en las correlaciones entre la edad o el sexo y las prácticas es la eficacia de toda la *estructura de los factores* asociados a la posición en el espacio social: la ingenuidad de la inclinación a imputar las diferencias según la edad a un efecto genérico de envejecimiento biológico salta a la vista cuando se observa, por ejemplo, que el envejecimiento, que en los miembros de las clases más favorecidas está asociado con un deslizamiento hacia la derecha, en los obreros se acompaña de un deslizamiento hacia la izquierda. Igualmente, en la precocidad relativa de los cuadros, que mide, por ejemplo, la edad a la que acceden a una posición determinada, se expresa todo lo que, por encima de las apariencias de identidad puntual de condición, los divide, es decir, toda su trayectoria anterior y posterior, y el volumen y la estructura del capital que la determinan.

La clase construida

La clase social no se define por una propiedad (aunque se trate de la más determinante como el volumen y la estructura del capital) ni por una suma de *propiedades* (propiedades de sexo, de edad, de origen social o étnico —proporción de blancos y negros, por ejemplo, de indígenas y emigrados, etc.—, de ingresos, de nivel de instrucción, etc.) ni mucho menos por una cadena de propiedades ordenadas a partir de una propiedad fundamental (la posición en las relaciones de producción) en una relación de causa a efecto, de condicionante a condicionado, sino por la estructura de las relaciones entre todas las propiedades pertinentes, que confiere su propio valor a cada una de ellas y a los efectos que ejerce sobre las prácticas¹².

¹¹ Habría que someter la oposición entre París y las provincias a un análisis semejante al que se ha sometido la noción de "nivel de instrucción": en las relaciones en las que entra la variable "residencia" se expresan no sólo el efecto de la oferta cultural, ligada con la densidad del capital cultural objetivado, y en consecuencia con las oportunidades objetivas ofrecidas así al consumo cultural y al correlativo refuerzo de las aspiraciones a consumir, sino también todos los efectos que resultan de la desigual distribución en el espacio de las propiedades y de los propietarios (por ejemplo, de los poseedores de un importante capital escolar), y en particular el efecto de refuerzo circular que todo grupo ejerce sobre sí mismo, por ejemplo en el sentido de la intensificación de la práctica cultural, si es cultivado; en el sentido de la indiferencia e incluso de la hostilidad a esta práctica, si no lo es.

¹² Para construir las clases y fracciones de clase que han servido de base a los análisis que siguen se ha tenido en cuenta, de manera sistemática, no sólo la profesión y/o el nivel de instrucción (que se encuentran en la base de la CSP del INSEE) sino también, en cada caso, los índices disponibles del volumen de las diferentes especies de capital así como el sexo, la edad y la residencia.

Construir, como se ha hecho aquí, unas clases lo más homogéneas posible con respecto a los determinantes fundamentales de las condiciones materiales de existencia y de los condicionamientos que éstas imponen es, pues, tomar en cuenta conscientemente, en la misma construcción de estas clases, y en la interpretación de las variaciones, según las mismas, de la distribución de las propiedades y de las prácticas, la red de características secundarias que se manipula de manera más o menos inconsciente siempre que se recurre a unas clases construidas sobre la base de un criterio único, aunque sea tan pertinente como la profesión; es también comprender el principio de las divisiones objetivas, es decir, incorporadas u objetivadas en unas propiedades distintivas, con arreglo a las cuales los agentes tienen el máximo de probabilidades de dividirse y reagruparse realmente en sus prácticas ordinarias, al mismo tiempo que de movilizarse o ser movilizados (con arreglo, por supuesto, a la lógica específica, vinculada a una historia específica, de las organizaciones movilizadoras) por y para la acción política, individual o colectiva¹³.

No es posible justificar de manera unitaria y a la vez específica la infinita diversidad de las prácticas si no es a condición de romper con el *pensamiento lineal*, que sólo conoce las estructuras simples de orden de la determinación directa, para dedicarse a la reconstrucción de las *redes* de las enmarañadas relaciones que se encuentran presentes en cada uno de los factores¹⁴. La *causalidad estructural* de una red de factores es completamente irreducible a la eficacia acumulada del con-

¹³ Los principios de división lógica que se emplean para producir las clases están con toda evidencia, muy desigualmente constituidos socialmente en unos encasamientos sociales preexistentes (con la simple existencia de un nombre de oficio o profesión, o de "categoría social", producto de la acción clasificatoria de un organismo administrativo —como el INSEE— o de transacciones sociales muy próximas por ejemplo a las convenciones colectivas en un extremo, y en el otro con los grupos dotados de una verdadera identidad social, de organismos permanentes encargados de expresar y defender sus intereses, etc.). Los principios de división secundarios (como la nacionalidad de origen o el sexo), que tienen todas las posibilidades de permanecer ignorados por el análisis ordinario mientras que no sirven de base a una forma cualquiera de movilización, indican unas líneas potenciales de división según las cuales un grupo percibido socialmente como unitario puede llegar a escindirse de manera más o menos profunda y durable. Debido al hecho de que los diferentes factores que entran en el sistema de las determinaciones constitutivas de la condición de clase, y que pueden funcionar como principios de divisiones reales entre unos grupos objetivamente separados o realmente movilizados, poseen pesos funcionales diferentes y tienen por ello una eficacia estructuralmente muy desigual, estos principios de división están a su vez jerarquizados, y los grupos movilizados con arreglo a un criterio secundario (como el sexo o la edad) tienen todas las probabilidades de resultar unidos por unas afinidades y solidaridades menos duraderas y menos profundas que los grupos movilizados con arreglo a los determinantes fundamentales de la condición.

¹⁴ No se ha hecho nada, y sobre todo no han hecho nada ni la lógica práctica de la recolección o del análisis de datos ni la representación de la cientificidad que es moneda corriente en las ciencias sociales, para hacer accesible y aceptable un modo de pensamiento parecido. Por el contrario, todo lleva a pedir a la tecnología la resolución de un problema que ella misma no hace otra cosa que desplazarlo: es el caso, por ejemplo, de Goldberg, cuando en un artículo de un rigor real que es poco corriente en este tipo de ejercicio, recurre a la técnica de "la inferencia causal" para probar diferentes modelos explicativos mediante las correlaciones parciales que expresan las "relaciones causales" más determinantes para un campo particular como es el del voto (A. S. Goldberg, "Discerning Causal Pattern among Data on Voting Behavior", *American Political Science Review*, 1966, 60, pp. 913-922). Y sin embargo, quizá no sea ofrecer un sacrificio en el altar de la nostalgia metafísica el hecho de rehusar darnos por satisfechos con los innumerables modelos parciales que han sido producidos, aquí o allí, campo a campo, golpe a golpe, para dar cuenta de las prácticas religiosas, de las elecciones políticas o de los consumos alimenticios, etc., y preguntarnos si la atomización de las teorías explicativas se debe a la lógica de lo que se trata de explicar o a la lógica del modo de explicación.

junto de las relaciones lineales de fuerza explicativa diferente que las necesidades del análisis obligan a aislar, las que se establecen entre los distintos factores tomados uno a uno y la práctica considerada; por medio de cada uno de los factores se ejerce la eficacia de todos los demás, ya que la multiplicidad de determinaciones no conduce a la indeterminación sino por el contrario a la *sobredeterminación*: de este modo, la superposición de determinaciones biológicas o psicológicas y de determinaciones sociales en la formación de la identidad sexual socialmente definida (dimensión fundamental de la personalidad social) no es otra cosa que un caso particular, pero particularmente importante, de una lógica que está también actuando en el caso de otras determinaciones biológicas (como es el envejecimiento).

No hace falta decir que los factores constitutivos de la clase construida no dependen todos entre sí en el mismo grado y que la estructura del sistema que constituyen está determinada por aquellos de entre los mismos que tienen el peso funcional más importante: así es como el volumen y la estructura del capital configuran su forma y su valor específico a las determinaciones que los demás factores (edad, sexo, residencia, etc.) imponen a las prácticas. Las propiedades de sexo son tan indisolubles de las propiedades de clase como el amarillo del limón es inseparable de su acidez: una clase se define en lo que tiene de más esencial por el lugar y el valor que otorga a los dos sexos y a sus disposiciones socialmente constituidas. Es esto lo que hace que existan tantas maneras de vivir la femineidad como clases y fracciones de clase existen, y que la división del trabajo entre los sexos tome formas completamente distintas, tanto en las prácticas como en las representaciones, en el seno de las diferentes clases sociales. La verdad de una clase o de una fracción de clase se expresa, pues, en su distribución según el sexo o según la edad y, quizá más todavía, porque se trata entonces de su futuro, en la evolución en el curso del tiempo de esta distribución: las posiciones más bajas se caracterizan por el hecho de incluir una parte importante—y creciente—de extranjeros y/o de mujeres (O. S., peonaje) o de mujeres extranjeras (mujeres de servicio doméstico)¹⁵; del mismo modo, no es casual el hecho de que estén prácticamente reservadas a las mujeres las profesiones de *servicio* y de *cuidados personales*—servicios médico-sociales, establecimientos de cuidados personales, antiguos como los de peluquería o nuevos como los dedicados a la estética corporal, y sobre todo los servicios de hogar—que acumulan las dos dimensiones de la tradicional definición de las tareas femeninas, el servicio y la casa. Tampoco es casual el hecho de que las clases o las fracciones de clase de más edad sean también las clases en decadencia, como los agricultores y los patronos industriales y comerciales, no pudiendo encontrar la mayor parte de los jóvenes originarios de estas clases otro medio de escapar a la decadencia colectiva que el de su reconversión hacia algunas de las profesiones en expansión. De igual modo, en el aumento de la proporción de mujeres se expresa todo el devenir de una profesión y, en particular, la devaluación absoluta o relativa que puede

¹⁵ Entre 1968 y 1975 las categorías obreras más cualificadas se han masculinizado aún más de prisa que en el pasado, mientras que las menos cualificadas, por el contrario, se han ido feminizando muy rápidamente: la proporción de mujeres entre los obreros especializados y el peonaje, después de haber disminuido entre 1962 y 1968, ha aumentado de nuevo, pasando del 24 % en 1968 al 28 % en 1975 (véase L. Thévenot, "Les catégories sociales en 1975. L'extension du salariat", *Economie et statistique*, 91, julio-agosto 1977, p. 6).

resultar de las transformaciones de la naturaleza y organización del propio trabajo (es el caso, por ejemplo, de los empleos de oficina, con la multiplicación de tareas mecánicas y repetitivas, comúnmente dejadas a las mujeres) o de los cambios de posición relativa en el espacio social (es el caso de los profesores cuya posición ha resultado afectada por la translación global del cuerpo resultante del aumento global del número de posiciones ofertadas). Sería necesario analizar de la misma forma la relación entre el estatus matrimonial y la clase o la fracción de clase: se ha demostrado suficientemente, por ejemplo, que el celibato de los hombres del pequeño campesinado no es una propiedad secundaria de éste sino que es una manifestación esencial de la crisis que afecta a esta fracción de la clase campesina; la alteración de los mecanismos de reproducción biológica y social que determina la lógica específica de la dominación simbólica es una de las mediciones a través de las cuales se realiza el proceso de concentración que conduce a una transformación profunda de la clase. Pero incluso en este caso sería necesario, como se ha hecho para el nivel de instrucción, someter la noción común a un verdadero trabajo de análisis; el hecho de estar casado no se contrapone simplemente al hecho de estar soltero como el hecho de tener un cónyuge legítimo al de no tenerlo. Basta con pensar en algunos casos límites (muy desigualmente frecuentes), como son el de la mujer sin profesión, el del artista que vive a costa de su mujer, el del patrón o el del cuadro industrial que debe su posición al estatus de yerno, para ver que es difícil caracterizar a un individuo sin hacer intervenir a todas las *propiedades* que sobrevenen a cada uno de los cónyuges—y no sólo a las mujeres—por mediación del otro, un nombre (a veces una preposición nobiliaria), unos bienes, unos ingresos, unas relaciones, un estatus social (al resultar caracterizados, en grados distintos según su sexo, su posición social y la diferencia entre las dos posiciones, por la posición social de su cónyuge). Para dejar de incluir las propiedades adquiridas y/o poseídas *por matrimonio* en el sistema de las propiedades que pueden determinar las prácticas y las propiedades, es preciso olvidar, como de ordinario se hace, preguntarse cuál es el sujeto de las prácticas o, más sencillamente, si el "sujeto" interrogado es realmente el sujeto de las prácticas sobre las que se le interroga. Basta, en efecto, con formular la pregunta para darse cuenta de que numerosas estrategias no se definen concretamente más que en la relación entre los miembros del grupo doméstico (pareja o, a veces, familia extensa), relación que depende de la relación entre los dos sistemas de propiedades asociados a los dos cónyuges. Los bienes comunes, sobre todo cuando tienen alguna importancia económica y social, como la vivienda o el mobiliario, o incluso los bienes personales, como la vestimenta, constituyen—como en otras sociedades la elección de un esposo o esposa para el hijo o la hija—la resultante de esas relaciones de fuerza (negadas) que definen a la unidad doméstica: así por ejemplo, todo hace suponer que, dada la lógica de la división del trabajo entre los sexos, que confiere a las mujeres la precedencia en materia de gusto (como a los hombres en materia de política), el peso del gusto propio del hombre en la elección de su vestuario (y por consiguiente el grado en que su vestido expresa su gusto) depende no sólo del capital cultural heredado y del capital escolar de que dispone (la división tradicional de los papeles tiende a debilitarse, tanto en este campo como en otros, cuando aumenta el capital escolar) sino también del capital escolar y cultural poseídos por su esposa y de la diferencia que los separa (y lo mismo vale para el peso de las preferencias propias de la mujer en materia de política, al tener el efecto de asignación estatutaria que hace de ella un

asunto de hombres, tantas menos probabilidades de ejercitarse cuanto más importante es el capital escolar de la esposa y más débil o más a su favor es la diferencia entre su capital y el de su marido).

Clase social y clase de trayectorias

Pero esto no es todo. Por una parte los agentes no están completamente definidos por las propiedades que poseen en un momento dado del tiempo y cuyas condiciones de adquisición sobreviven en los *habitus* (efecto de histeresis de los *habitus*), y por otra parte la relación entre el capital de origen y el capital de llegada o, si se prefiere, entre las posiciones original y actual en el espacio social, es una relación *estadística* de intensidad muy variable. Aunque *siempre* se perpetúan en las disposiciones constitutivas del *habitus*, las condiciones de adquisición de las propiedades sincrónicamente detalladas no se evocan más que en el caso de que exista *discordancia* entre las condiciones de adquisición y las de utilización¹⁶, es decir, cuando las prácticas engendradas por el *habitus* aparecen como mal adaptadas porque se ajustan a un estado anterior de las condiciones objetivas (es lo que podría llamarse el efecto Don Quijote). El análisis estadístico que compara las prácticas de agentes que poseen las mismas propiedades y ocupan la misma posición social en un momento determinado, pero que resultan separados por su origen, realiza una operación análoga a la percepción ordinaria que, en un grupo, descubre a los "advenedizos" y a los desclasados, basándose en los sutiles indicios de las maneras o del aspecto en los que se traiciona el efecto de unas condiciones de existencia diferentes de las condiciones presentes o, lo que viene a ser lo mismo, el efecto de una trayectoria social diferente de la trayectoria modal en el grupo considerado.

Los individuos no se desplazan al azar en el espacio social, por una parte porque las fuerzas que confieren su estructura a este espacio se imponen a ellos (mediante, por ejemplo, los mecanismos objetivos de eliminación y de orientación), y por otra parte porque ellos oponen a las fuerzas del campo su propia inercia, es decir, *sus propiedades*, que pueden existir en estado incorporado, bajo la forma de disposiciones, o en estado objetivo, en los bienes, titulaciones, etc. A un volumen determinado de capital heredado corresponde un *haz de trayectorias* más o menos equiprobables que conducen a unas posiciones más o menos equivalentes —es el campo de los *posibles* objetivamente ofrecido a un agente determinado—; y el paso de una trayectoria a otra depende a menudo de acontecimientos colectivos —guerras, crisis, etc.— o individuales —ocasiones, amistades, protecciones, etc.— que comúnmente son descritos como casualidades (afortunadas o desafortunadas) aunque ellas mismas dependen estadísticamente de la posición y de las disposiciones de aquellos a quienes afectan (por ejemplo, el sentido de las "relaciones" que permite a los poseedores de un fuerte capital social conservar o aumentar este capital), cuando no están expresamente preparadas por determinadas intervenciones institucionalizadas (clubes, reuniones familiares, asociaciones de anti-

¹⁶ El hecho de que el modo de adquisición sea particularmente visible en algunos terrenos y en algunas situaciones es una manifestación particular de este efecto (p. ej., la discordancia entre el modo de adquisición escolar y las situaciones "mundanas").

guos alumnos, asociaciones de profesionales, etc.) o "espontáneas" de los individuos o de los grupos. De ello se desprende que la posición y la trayectoria individual no son estadísticamente independientes, no siendo igualmente probables todas las posiciones de llegada para todos los puntos de partida: esto implica que existe una correlación muy fuerte entre las posiciones sociales y las disposiciones de los agentes que las ocupan o, lo que viene a ser lo mismo, las trayectorias que han llevado a ocuparlas, y que, en consecuencia, la *trayectoria modal* forma parte integrante del sistema de factores constitutivos de la clase (al ser las prácticas tanto más irreductibles al efecto de la posición sincrónicamente definida cuanto más dispersas son las trayectorias, como es el caso en la pequeña burguesía).

La homogeneidad de las disposiciones asociadas a una posición y su aparentemente milagroso ajuste a las exigencias inscritas en la misma son el producto, de una parte, de los mecanismos que orientan hacia las posiciones a unos individuos ajustados de antemano, sea porque se sienten hechos para unos puestos que parecen a su vez hechos para ellos —esto es la "vocación" como adhesión anticipada al destino objetivo que se impone mediante la referencia práctica a la trayectoria modal en la clase de origen—, sea porque se presentan como tales a los ocupantes de estos puestos —es la cooptación fundada en la inmediata armonía de las disposiciones— y, por otra parte, de la dialéctica que se establece, a lo largo de toda una existencia, entre las disposiciones y las posiciones, entre las aspiraciones y las realizaciones. El *envejecimiento social* no es otra cosa que este lento trabajo de duelo* o, si se prefiere, de *desinversión* (socialmente asistida y alentada) que lleva a los agentes a ajustar sus aspiraciones a sus oportunidades objetivas, conduciéndoles así a admitir su condición, a *devenir lo que son*, a *contentarse* con lo que tienen, aunque sea esforzándose en engañarse ellos mismos sobre lo que son y sobre lo que tienen, con la complicidad colectiva, para *fabricar su propio duelo*, de todos los posibles acompañantes, abandonados poco a poco en el camino, y de todas las esperanzas reconocidas como irrealizables a fuerza de haber permanecido irrealizadas.

El carácter *estadístico* de la relación que se establece entre el capital de origen y el capital de llegada es lo que hace que no se puedan justificar por completo las prácticas con arreglo solamente a las propiedades que definen la posición ocupada en un momento dado del tiempo en el espacio social: decir que los miembros de una clase que disponen en origen de un cierto capital económico y cultural están destinados, con una probabilidad dada, a una trayectoria escolar y social que conduce a una posición dada es decir, en efecto, que una fracción de la clase (que no puede ser determinada *a priori* en los límites del sistema explicativo considerado) está destinada a desviarse con respecto a la trayectoria más frecuente para la clase en su conjunto, tomando la trayectoria, superior o inferior, con más probabilidades para los miembros de alguna otra clase, y desclasándose así por arriba o por abajo¹⁷. El efecto de trayectoria que se manifiesta en este caso tiene todas las

* Véase P. FÉDIDA, *op. cit.* (N. de la T.).

¹⁷ La orientación de estas trayectorias "desviantes" no se deja en absoluto al azar: todo parece indicar, por ejemplo, que, en caso de decadencia, los individuos originarios de profesiones liberales van más bien hacia las nuevas fracciones de las clases medias, mientras que los hijos de profesores descienden más a menudo hacia la pequeña burguesía establecida.

posibilidades de ser mal entendido, como ocurre en todos los casos en que unos individuos que ocupan posiciones semejantes en un momento dado resultan separados por unas diferencias asociadas a la evolución, en el curso del tiempo, del volumen y de la estructura de su capital, es decir, por su *trayectoria individual*. La correlación entre una determinada práctica y el origen social (medido por la posición del padre cuyo *valor real* puede haber sufrido una degradación oculta debida a la permanencia del valor nominal) es la resultante de dos efectos (del mismo sentido o no): por una parte el *efecto de inculcación* ejercido directamente por la familia o por las condiciones de existencia originales; por otra parte, el *efecto de trayectoria social* propiamente dicho¹⁸, es decir, el efecto que ejerce sobre las disposiciones y sobre las opiniones la experiencia de la ascensión social o de la decadencia, ya que la posición de origen no es otra cosa, en esta lógica, que el punto de partida de una trayectoria, el hito con respecto al cual se define la *pendiente* de la carrera social. Esta distinción se impone con evidencia en todos los casos en los que unos individuos originarios de la misma fracción o de la misma familia, y sometidos en consecuencia a unas inculcaciones morales, religiosas o políticas que pueden suponerse idénticas, se encuentran propensos a unas posturas divergentes en materia de religión o de política a causa de las diferentes relaciones con el mundo social que deben a unas trayectorias individuales divergentes, y según que, por ejemplo, hayan tenido éxito o no lo hayan tenido las estrategias de reconversión necesarias para escapar a la decadencia colectiva de su clase. Este efecto de trayectoria contribuye sin duda, en una parte muy importante, a hacer confusa la relación entre la clase social y las opiniones religiosas o políticas, debido al hecho de que dicho efecto impone la representación de la posición ocupada en el mundo social y con ello, la visión de este mundo y de su porvenir: de forma opuesta a los individuos o grupos en ascensión, plebeyos de nacimiento o de la cultura, que tienen su porvenir, es decir, su ser, delante de ellos, los individuos o los grupos en decadencia reinventan eternamente el discurso de todas las noblezas, la fe esencialista en la eternidad de las naturalezas, la celebración del pasado y de la tradición, el culto integrista de la historia y de sus rituales, porque no pueden esperar del porvenir otra cosa que el retorno del antiguo orden del que esperan la restauración de su ser social¹⁹. Esta ofuscación es particularmente visible en las clases medias y, en especial, en las nuevas fracciones de estas clases que, en calidad de lugares de indeterminación situados en *posición inestable en la estructura social*, personifican en su más alto grado la propiedad, característica de la clase en su conjunto, de hacer coexistir individuos y trayectorias extremadamente dispersas. Esta dispersión de trayectorias se observa incluso en la *unidad doméstica*, que tiene más probabilidades que en las demás clases de reunir unos cónyuges (relativamente) desiguales no sólo por su origen y trayectoria social sino también por su estatus profesional y su nivel escolar (lo que produce el resultado, entre otras cosas, de llevar a primer plano lo que la nueva vulgata denomina "los problemas de la pareja", es decir,

¹⁸ Este efecto es a su vez una dimensión esencial del efecto de inculcación por el hecho de que la pendiente de la trayectoria paterna contribuye a formar la experiencia originaria de la inserción dinámica en el universo social.

¹⁹ Hay que evitar imaginar a los grupos en ascensión por simple simetría: si la titulación escolar es para los grupos en ascensión —y tanto más cuanto más dominados están— una protección y un instrumento de defensa contra la explotación, tiende siempre a funcionar, incluso en este caso, como un instrumento de distinción y de legitimación.

esencialmente los problemas de la división sexual del trabajo y de la división del trabajo sexual).

Por oposición con el efecto de la trayectoria individual que, como *desviación* con respecto a la trayectoria colectiva (que puede ser de pendiente nula), es inmediatamente visible, el efecto de la *trayectoria colectiva* corre el riesgo de no ser visto como tal: cuando el efecto de trayectoria se ejerce sobre el conjunto de una clase o de una fracción de clase, es decir, sobre un conjunto de individuos que tienen en común el ocupar una posición idéntica y estar comprometidos en la misma *trayectoria colectiva* —la que define la clase en ascensión o en decadencia— se corre el riesgo de imputar a las propiedades sincrónicamente vinculadas a la clase unos efectos (por ejemplo, unas opiniones políticas o religiosas) que en realidad son producto de unas transformaciones colectivas. El análisis se ve complicado por el hecho de que algunos miembros de una fracción de clase pueden estar embarcados en una trayectoria individual de sentido opuesto a la de la fracción en su conjunto: lo que no significa que sus prácticas no estén marcadas por el destino colectivo (podemos preguntarnos, por ejemplo, si los artesanos o los agricultores cuyo logro individual parece ir a contracorriente de la decadencia colectiva cesan de resultar afectados por ésta)²⁰. Pero aquí también se hace preciso evitar el subtancialismo. Así es como algunas de las propiedades asociadas a la clase social que pueden no tener eficacia ni valor alguno en un campo determinado —como la naturalidad y la familiaridad cultural en un campo estrictamente controlado por la institución escolar— pueden adquirir todo su peso en otro campo —por ejemplo, en un universo mundano— o en *otro estado del campo*, como las aptitudes que, después de la Revolución francesa, permitieron a los aristócratas franceses llegar a ser, según palabras de Marx, "los maestros de baile de Europa".

Capital y mercado

Pero todo sería demasiado simple si fuera suficiente con sustituir un factor, incluso uno particularmente importante como es la categoría socio-profesional, que debe una parte considerable de sus efectos a las variables secundarias que exige, o un índice establecido una vez por todas, por un sistema de factores definidos, primordialmente, por su estructura²¹. En realidad, según el dominio considerado, lo que resulta eficiente es una configuración particular del sistema de propie-

²⁰ Sería necesario preguntarse si la decadencia individual tiene los mismos efectos sociales que la decadencia colectiva. Puede suponerse que la segunda autoriza o favorece más las reacciones colectivas (tales como el movimiento Poujade) que la primera.

²¹ Es evidente que no se trata de excluir el uso de indicadores que permitan acumular lo esencial de la información contenida en un conjunto de factores, como el indicador de estatus socio-cultural construido por Ludovic Lebart y Nicole Tabard para "resumir" la información sobre cada familia proporcionada por la profesión de los ascendientes paternos y maternos, la profesión, la edad de terminación de los estudios y el nivel de instrucción de los dos cónyuges. No es menos cierto que, como lo hacen notar estos autores muy acertadamente, no puede reconstruirse un poder "explicativo" a esta variable sintética si no es a condición de entender la palabra "explicativo" en un sentido estrictamente estadístico (véase L. LEBART, A. MORINEAU y N. TABARD, *Techniques de la description statistique*, París, Dunod, 1977, p. 22): lejos de hacer avanzar la investigación, el uso ingenuo de tales índices tendría por efecto excluir la cuestión de la configuración particular de las variables que en cada caso es operante.

dades constitutivas de la clase construida, definida de manera completamente teórica por el conjunto de todos los factores que operan en todos los dominios de la práctica: volumen y estructura del capital definidos puntualmente y en su evolución (trayectoria), sexo, edad, estatus matrimonial, residencia, etc. Es la lógica específica del campo, de lo que en él se encuentra en juego y de la especie de capital que se necesita para participar, lo que impone las propiedades mediante las cuales se establece la relación entre la clase y la práctica²². Para comprender el hecho de que el mismo sistema de propiedades (que determina la posición ocupada en el campo de las luchas de clases y que es determinado por ella) tenga siempre la mayor eficacia explicativa, sea cual sea el campo considerado —consumos alimenticios, prácticas crediticias o de fecundidad, opiniones políticas o prácticas religiosas, etc.— y que, simultáneamente, el peso relativo de los factores que lo constituyen varíe de un campo a otro, al venir a primer plano tal o cual factor, según los casos —aquí el capital escolar, allí el capital económico, más allá el capital de relaciones sociales, y así sucesivamente—, basta con darse cuenta de que, al ser el capital una relación social, es decir, una energía social que ni existe ni produce sus efectos si no es en el campo en la que se produce y se reproduce, cada una de las propiedades agregadas a la clase *recibe su valor y su eficacia de las leyes específicas de cada campo*: en la práctica, esto es, en un campo particular, todas las propiedades incorporadas (disposiciones) u objetivadas (bienes económicos o culturales) vinculadas a los agentes no siempre son simultáneamente eficientes; la lógica específica de cada campo determina aquellas que *tienen valor* en ese mercado, que son pertinentes y *eficientes* en el juego considerado, que, *en la relación con ese campo*, funcionan como capital específico y, en consecuencia, como factor explicativo de las prácticas. Esto significa, en concreto, que el rango social y el poder específico que los agentes reciben en un campo particular dependen en primer lugar del capital específico que puedan movilizar, sea cual sea por otra parte su riqueza en cualquier otra especie de capital (que, sin embargo, puede ejercer un efecto de contaminación). Así se explica que la relación que el análisis descubre entre la clase y las prácticas parezca establecerse en cada caso por la mediación de un factor o de una combinación particular de factores que varía según el campo. Esta apariencia se encuentra en la base del error que consiste en inventar tantos sistemas explicativos como campos existen, en lugar de ver en cada uno de ellos una forma transformada de todos los demás o, lo que es peor, en instaurar en principio de explicación universal una combinación particular de factores eficientes en un campo particular de prácticas. La configuración singular del sistema de los factores explicativos que hace falta construir para explicar un estado de la distribución de una clase particular de bienes o de prácticas, es decir, de un balance, confeccionado en un momento dado del tiempo, de la lucha de clases que tiene como apuesta

²² Si no se realiza esta doble relación de cada factor explicativo, nos exponemos a todas las clases de errores que tienen por principio el hecho de ignorar que lo que "actúa" en el factor considerado depende del sistema en el cual está inserto y de las condiciones en las cuales "actúa"; o, más sencillamente, el hecho de omitir el plantear la cuestión del verdadero principio de la eficacia de la "variable independiente", haciendo como si la relación comprobada entre el factor designado por lo que no es con respecto a él, lo más a menudo, más que un *indicador* (por ejemplo, el nivel de instrucción) y una determinada práctica (por ejemplo, el porcentaje de respuesta a las preguntas sobre política o, en orden completamente distinto, la aptitud para adoptar la disposición estética, la frecuentación de los museos o el conocimiento de los músicos, etc.) no tuviera que ser también *explicada*.

esa categoría particular de bienes o de prácticas (caviar o pintura de vanguardia, premio Nobel o mercado de Estado, opinión avanzada o deporte elegante, etc.), es la forma que toma, *en este campo*, el capital objetivado (propiedades) e incorporado (*habitus*) que define en propiedad la clase social y que constituye el principio de producción de prácticas distintivas, es decir, enclavadas y enclavantes; representa un estado del sistema de propiedades que hacen de la clase un principio de explicación y de clasificación universal, que define el rango ocupado en todos los campos posibles.

UN ESPACIO EN TRES DIMENSIONES

Es posible construir un espacio cuyas tres dimensiones fundamentales estarían definidas por el volumen del capital, la estructura del capital y la evolución en el tiempo de estas dos propiedades (puesta de manifiesto por la trayectoria pasada y potencial en el espacio social)²³, obedeciendo así a la preocupación por recomponer las unidades más homogéneas desde el punto de vista de las condiciones de producción de los *habitus*, es decir, bajo el aspecto de las condiciones elementales de existencia y de los condicionamientos que éstas imponen.

Las diferencias primarias, aquellas que distinguen las grandes clases de condiciones de existencia, encuentran su principio en el *volumen global del capital* como conjunto de recursos y poderes efectivamente utilizables, capital económico, capital cultural, y también capital social: las diferentes clases (y fracciones de clase) se distribuyen así desde las que están mejor provistas simultáneamente de capital económico y de capital cultural hasta las que están más desprovistas en estos dos aspectos (véase más adelante el gráfico 5). Los miembros de profesiones liberales que tienen altos ingresos y elevadas titulaciones, que muy a menudo (52,9 %) son originarios de la clase dominante (profesiones liberales o cuadros superiores), que reciben mucho y consumen mucho, tanto en bienes materiales como en bienes culturales, se contraponen casi en todos los aspectos a los empleados de oficina, con pocas titulaciones, frecuentemente originarios de las clases populares y medias, que reciben poco, gastan poco y dedican una parte importante de su tiempo al cuidado de su coche y al *bricolage*, y aún más rotundamente, a los obreros cualificados o especializados y sobre todo al peonaje y a los asalariados agrícolas, con ingresos más escasos, desprovistos de titulaciones escolares y originarios en su casi totalidad (a razón de un 90,5 % para los asalariados agrícolas y de un 84,5 % para el peonaje) de las clases populares²⁴.

²³ Para no complicar excesivamente el análisis de lo que constituye el objeto central de este trabajo, se ha dejado para otra obra, dedicada a las clases sociales, la exposición de los principios fundamentales de esta construcción, es decir, la teoría de las especies de capital, de sus propiedades específicas y de las leyes que rigen las conversiones entre estos diferentes estados de la energía social, que inseparablemente es una teoría de las clases y de las fracciones de clase definidas por la posesión de un capital de volumen y estructura determinados.

²⁴ Las diferencias son más claras y en todo caso más visibles en materia de instrucción que en materia de ingresos porque la información sobre los ingresos (basada en las declaraciones de impuestos) es mucho menos fiable que la información sobre las titulaciones: y esto sobre todo para los patrones industriales y comerciales (que, en la encuesta CESP -F.C., V-, tenían, junto con los médicos, los porcentajes más altos de "no contestar" a las preguntas sobre los ingresos), para los artesanos, los pequeños comerciantes y para los agricultores autónomos.

Las diferencias que tienen como base el volumen global del capital disminuyen casi siempre, tanto para el conocimiento común como para el conocimiento "erudito", las diferencias secundarias que, dentro de cada una de las clases definidas por el volumen global de su capital, separan distintas fracciones de clase, definidas por unas *estructuras patrimoniales* diferentes, es decir, por unas formas diferentes de distribución de su capital global entre las distintas especies de capital.²⁵ Tomar en cuenta la estructura del patrimonio—y no sólo, como implícitamente se ha hecho siempre, la *especie dominante* en una estructura determinada, "nacimiento", "fortuna" o "talento", como se decía en el siglo XIX—es conseguir el medio de proceder a unas divisiones más precisas al mismo tiempo que el de aprehender los efectos específicos de la propia estructura de la distribución entre las diferentes especies, que, por ejemplo, puede ser simétrica (como en el caso de los miembros de las profesiones liberales que unen con unos ingresos muy altos un capital cultural muy fuerte) o asimétrica (en el caso de los profesores o de los patronos, la especie dominante es en los primeros el capital cultural y en los segundos el capital económico). Se tienen así dos conjuntos de posiciones homólogas. Las fracciones cuya reproducción depende del capital económico, casi siempre heredado—industriales y grandes comerciantes en el nivel superior,²⁶ artesanos y pequeños comerciantes en el nivel medio—se contraponen a las fracciones más desprovistas de capital económico (relativamente, por supuesto) y cuya reproducción depende principalmente del capital cultural—profesores en el nivel superior, maestros en el nivel medio.²⁷

Dado que el volumen del capital económico va aumentando de manera continuada mientras que decrece el volumen del capital cultural cuando se va desde los artistas hacia los patronos de la industria y del comercio, se ve que la clase dominante se organiza según una *estructura en quiasma*. Para demostrarlo es preciso examinar sucesivamente, por medio de diferentes indicadores tomados de una encuesta que tiene el mérito de distinguir entre los cuadros del sector público y los

²⁵ Entre las dificultades de las que este modelo intentaba explicar de manera unitaria y sistemática, la más visible es la observación, hecha también por otros con frecuencia (por ej. F.C., VII), de que las jerarquías comprobadas, tanto en el seno de la clase dominante, entre los cuadros superiores por un lado y los patronos industriales y comerciantes por otro, como en el seno de las clases medias, entre los cuadros medios y los artesanos o los comerciantes, varían según las prácticas y los bienes considerados—lo que parecía dar argumentos a la crítica relativista de las clases sociales mientras que no se percibía la relación entre la naturaleza de esas prácticas o de esos bienes, por ejemplo, la frecuentación del teatro por una parte y la posesión de televisión en color por la otra, y las características del capital de los correspondientes grupos.

²⁶ Los industriales, que en las encuestas realizadas con muestras representativas—en las que son muy poco numerosos—son agrupados con los comerciantes, declaran unos ingresos netamente superiores a estos últimos (el 33,6 % declara más de 100.000 F. de ingresos frente al 14,5 % de los comerciantes). Los que en la encuesta del INSEE (F.C., I) destacan así están mucho más cercanos de la nueva burguesía que los comerciantes: declaran con más frecuencia salarios, remuneraciones, acciones, y con menos frecuencia beneficios industriales, comerciales o no comerciales.

²⁷ Para las clases populares, fuertemente jerarquizadas según el volumen global del capital, los datos disponibles no permiten apreciar las diferencias en la segunda dimensión: y esto aunque diferencias como las que separan los OS de origen rural de una fábrica de provincia, sin titulación, que viven en el campo en una granja heredada, y los OQ de una empresa de la región parisienne, que pertenecen a la clase obrera desde hace varias generaciones, que tienen una especialidad o unos títulos técnicos, estén sin duda en la base de diferencias tanto en el estilo de vida como en las opiniones religiosas o políticas.

del sector privado (F.C., V), la distribución del capital económico y la distribución del capital cultural entre las fracciones, y poner en relación las estructuras de estas distribuciones.

Evidente cuando se toman en consideración unos indicadores de patrimonio (como se hará más abajo), la jerarquía que se establece entre las fracciones para la posesión de capital económico y que va desde patronos industriales y comerciales a profesores, es ya menos aparente cuando no se trata como aquí más que con índices de *consumo* (automóvil, barco, hotel) que no son ni perfectamente adecuados ni perfectamente unívocos: el primero depende también del tipo de práctica profesional y los otros dos del tiempo libre que, como por otra parte se sabe, varía casi en razón inversa del capital económico; la posesión de una vivienda depende también de la estabilidad en la misma ciudad de residencia (más baja en los cuadros, los ingenieros y los profesores). En cuanto a los ingresos, están rebajados de forma muy desigual (el porcentaje de no declarantes puede ser considerado como un indicador de la tendencia a declarar por bajo) y asimismo muy desigualmente acompañados de ingresos secundarios, como comidas o viajes de negocios (de los que por otra parte se sabe que aumenta conforme se va de los profesores a los cuadros del sector privado y a los patronos).

Tabla 6—Variaciones de algunos indicadores del capital económico según la fracción de la clase dominante (F.C., V)

	profesores	cuadros públicos	miembros de profesiones liberales	ingenieros	cuadros privados	patronos industriales	patronos comerciales
propietarios de vivienda	51	38	54	44	40	70	70
propietarios de automóviles de categoría superior	12	20	28	21	22	34	33
propietarios de barcos	8	8	14	10	12	14	33
vacaciones en hoteles	15	17	23	17	21	26	32
ingresos medios (en millares de F)	33	32	41	36	37	36	33
porcentaje de no declarantes de ingresos	6	8	27	9	13	28	24

En lo que concierne al capital cultural, con la excepción de algunas inversiones en las que se expresa la acción de variables secundarias tales como el lugar de residencia, con la oferta cultural que le es solidaria, y los ingresos, con los medios que asegura, las diferentes fracciones se organizan según una jerarquía inversa (las diferencias según la especie de capital poseído—literario, científico o económico, político—se ven sobre todo en el hecho de que los ingenieros testimonian más interés por la música, y también por los juegos "intelectuales" como el bridge o el ajedrez, que por las actividades literarias—lectura de *Le Figaro littéraire* o frecuentación del teatro).

Tabla 7—Variaciones de algunos indicadores de la práctica cultural según las diferentes fracciones de la clase dominante (F.C., V)

	profesores	cuadros públicos	miembros de profesiones liberales	ingenieros	cuadros privados	patrones industriales	patrones comerciales
lectores de libros no profesionales (1)	21	18	18	16	16	10	10
espectadores de teatro (2)	38	29	29	28	34	16	20
oyentes de música clásica	83	89	86	89	89	75	73
visitantes de museos	75	66	68	58	69	47	52
visitantes de galerías	58	54	57	45	47	37	34
poseedores de radio de FM	59	54	57	56	53	48	48
no poseedores de TV	46	30	28	33	28	14	24
lectores de <i>Le Monde</i> (3)	410	235	230	145	151	82	49
lectores de <i>Le Figaro littéraire</i> (3)	168	132	131	68	100	64	24

(1) 15 y más horas por semana.

(2) Una vez cada dos o tres meses por lo menos.

(3) Índice de penetración por 1.000.

Estos indicadores tienden sin duda a reducir mucho la importancia de las diferencias entre las diferentes fracciones: en efecto, la mayor parte de los consumos culturales implican también un coste económico, por ejemplo la frecuentación del teatro, que depende no sólo del nivel de instrucción sino también de los ingresos; además, unos aparatos como los receptores de frecuencia modulada o los equipos de alta fidelidad pueden ser objeto de muy distintas utilizaciones (p. ej., la escucha de música clásica o de música de baile) y resultar dotados con valores tan desiguales, por referencia a la jerarquía dominante de los usos posibles, como las diferentes formas de lectura o de teatro. En realidad, el rango de las diferentes fracciones, jerarquizadas según el interés que otorgan a los diferentes tipos de lectura, tiende a aproximarse a su rango en la jerarquía establecida según el volumen del capital cultural poseído, a medida que se va hacia las lecturas más especiales y, ya se sabe por lo que hemos visto en otro lugar, más vinculadas con el nivel de instrucción y situadas más alto en la jerarquía de los grados de legitimidad cultural (véase tabla 8).

Asimismo se observa (F. C., XIV, tabla 215 a) que la sobre-representación de los profesores (y de los estudiantes) en el público de los diferentes teatros decrece continuamente, mientras que aumenta la sobre-representación de las otras fracciones (jefes de empresa, cuadros superiores y miembros de profesiones liberales, desafortunadamente mezclados en la estadística), cuando se pasa del teatro de vanguardia, o percibido como tal, al teatro clásico y sobre todo cuando se pasa de este último al teatro de boulevard, que obtiene entre la tercera y la cuarta parte de su público de las fracciones menos "intelectuales" de la clase dominante.

Tabla 8—Tipo de lectura según las diferentes fracciones de la clase dominante (F.C., V)*

	profesores	cuadros públicos	miembros de profesiones liberales	ingenieros	cuadros privados	patrones industriales	patrones comerciales
novelas policíacas	25 (6)	29 (1)	27 (4)	28 (3)	29 (1)	27 (4)	25 (6)
novelas de aventuras	17 (7)	20 (3)	18 (6)	24 (1)	22 (2)	19 (4)	19 (4)
relatos históricos	44 (4)	47 (2)	49 (1)	47 (2)	44 (4)	36 (6)	27 (7)
libros de arte	28 (2)	20 (3)	31 (1)	19 (5)	20 (3)	17 (6)	14 (7)
novelas	64 (2)	68 (1)	59 (5)	62 (3)	62 (3)	45 (6)	42 (7)
filosofía	20 (1)	13 (3)	12 (5)	13 (3)	15 (2)	10 (7)	12 (5)
política	15 (1)	12 (2)	9 (4)	7 (5)	10 (3)	5 (6)	4 (7)
economía	10 (1)	8 (3)	5 (6)	7 (5)	9 (2)	8 (3)	5 (6)
ciencias	15 (3)	14 (4)	18 (2)	21 (1)	9 (7)	10 (6)	11 (5)

* Se ha recalado la tendencia más fuerte en cada línea. La cifra entre paréntesis representa el rango de cada fracción. Se ha puesto aparte la lectura de las obras de economía y ciencias en la medida en que el interés por este género de literatura depende de factores secundarios, a saber, el tipo de práctica profesional para los unos (de ahí el rango de los cuadros del sector privado y de los patrones) y el tipo de formación intelectual para los otros (de ahí el rango de los ingenieros).

Después de establecer que la estructura de la distribución del capital económico es simétrica e inversa de la estructura de la distribución del capital cultural, se puede plantear la cuestión de la jerarquía de los dos principios de jerarquización (sin olvidar que esta jerarquía es en cada momento lo que está en juego en las luchas y que, en algunas coyunturas, el capital cultural puede ser, como sucede actualmente en Francia, una de las condiciones del acceso al control del capital económico). Como indicador del estado de la relación de fuerzas entre estos dos principios de dominación, se puede tomar la frecuencia de los desplazamientos intergeneracionales entre las fracciones. Si se consideran como índices de la rareza de una posición (o, lo que viene a ser lo mismo, de su cerramiento) la proporción de sus miembros que son originarios de la clase dominante en su conjunto o de la fracción considerada en sí misma, se ve que la jerarquía así obtenida se corresponde con bastante precisión, para uno y otro índice, con la jerarquía establecida según el volumen del capital económico: la proporción de los miembros de cada fracción que son originarios de la clase dominante, así como la proporción de los individuos originarios de la fracción a la cual pertenecen, decrecen paralelamente cuando se va desde los patrones industriales hacia los profesores, con un marcado corte entre las tres fracciones de rango superior (patrones industriales y comerciales y profesiones liberales) y las tres fracciones de rango inferior (ingenieros, cuadros del sector público y profesores).

A la utilización de estos indicadores puede oponerse el hecho de que las diferentes fracciones tienen un control muy desigual de las condiciones de su repro-

Tabla 9— Variaciones del origen social de los miembros de la clase dominante según la fracción de clase (F.C., II)

Padres:	Hijos:						
	patronos industriales	patronos comerciales	profesores liberales	ingenieros publicos	cuadros	profesores	
patronos industriales	33,5	2,8	2,3	6,1	4,4	1,5	
patronos comerciales	1,9	31,0	—	1,8	5,0	0,8	
miembros de profesiones liberales	0,6	0,9	20,0	0,9	2,4	7,6	
ingenieros	—	—	6,4	6,7	2,3	4,6	
cuadros del sector público	1,9	3,3	9,9	13,2	14,2	7,6	
profesores	0,6	—	2,9	2,7	0,3	6,1	
conjunto de la clase	38,5	38,0	41,5	31,4	28,7	29,2	

ducción social, de manera que la alta proporción de patronos endógenos puede no expresar otra cosa que la capacidad propia de estas fracciones (o por lo menos de una parte de sus miembros) para transmitir sin mediación ni control sus poderes y privilegios. En realidad, esta capacidad es en sí misma uno de los privilegios más especiales que, al dar una libertad mayor con respecto a los veredictos escolares, hace menos indispensables o menos urgentes las inversiones culturales a que no pueden escapar aquellos que dependen por completo del sistema de enseñanza para su reproducción. De hecho, las fracciones más ricas en capital cultural se inclinan a invertir preferentemente en la educación de sus hijos al mismo tiempo que en las prácticas culturales apropiadas para mantener y acrecentar su particularidad específica; las fracciones más ricas en capital económico relegan las inversiones culturales y educativas en beneficio de las inversiones económicas, mucho más, sin embargo, los patronos industriales y comerciales que la nueva burguesía de los cuadros del sector privado, que manifiesta la misma preocupación por la *inversión racional* tanto en el terreno económico como en el de la educación; relativamente provistos de las dos formas de capital pero demasiado poco integrados en la vida económica como para comprometer en ella de forma activa su capital, los miembros de las profesiones liberales (y en particular los médicos y los abogados) invierten en la educación de sus hijos, pero también, y sobre todo, en unos consumos apropiados para simbolizar la posesión de los medios materiales y culturales aptos para ajustarse a las reglas del arte de vivir burgués y capaces de asegurarles con ello un *capital social*, capital de relaciones mundanas que pueden, llegado el caso, proporcionar "apoyos" útiles, capital de honorabilidad y de respetabilidad que a menudo es indispensable para atraerse o asegurarse la confianza de la buena sociedad y, con ello, su clientela, y que puede convertirse, por ejemplo, en una carrera política.

Debido al hecho de que el éxito escolar depende principalmente del capital cultural heredado y de la propensión a invertir en el sistema escolar (y de que ésta es tanto mayor, para un individuo o para un grupo determinado, cuanto más completamente depende de ella el mantenimiento o la mejora de su posición social), se comprende que la proporción de alumnos originarios de las fracciones más ricas en capital cultural sea tanto mayor en una institución escolar determinada cuanto más alto esté situada ésta en la jerarquía *propriadamente escolar* de las instituciones de enseñanza (medida, por ejemplo, por el índice de éxitos escolares anteriores), llegando a su máximo en la institución encargada de asegurar la reproducción del cuerpo profesoral (Escuela normal superior). En realidad, de igual modo que la clase dominante que contribuye a reproducir, las instituciones de enseñanza superior se organizan según *dos principios opuestos de jerarquización*: la *jerarquía dominante en el interior de la institución escolar*, esto es, la que ordena las instituciones según los criterios propiadamente escolares y, correlativamente, según la proporción que dentro de su público corresponde a las fracciones más ricas en capital cultural, se contraponen diametralmente a la *jerarquía dominante fuera de la institución escolar*, esto es, la que ordena las instituciones según la proporción en su público de las fracciones más ricas en capital económico o en poder y según la posición en la jerarquía del capital económico y del poder de las profesiones a las que conducen. Si los hijos de las fracciones dominadas están menos representados en las instituciones temporalmente más altas (como la ENA o la HEC) de lo que podrían dejar esperar sus éxitos escolares anteriores y la posición de estas instituciones se separan con respecto a los criterios propiadamente escolares, pero también a que la jerarquía escolar se impone de manera tanto más exclusiva (determinando, por ejemplo, a elegir Ulm Ciencias* mejor que la Politénica, o la facultad de Letras mejor que Ciencias Políticas) cuanto que la dependencia con respecto al sistema escolar es más total (la ceguera ante los otros principios de jerarquización nunca es tan perfecta como en los hijos de profesores, inclinados por toda su formación familiar a identificar cualquier logro con el logro escolar).

La misma estructura en quiasma se observa en las clases medias, en las que se ve también decrecer el volumen del capital cultural mientras que aumenta el volumen del capital económico, cuando se va desde los maestros a los patronos medios de la industria y del comercio, ocupando los cuadros medios, los técnicos y los empleados una posición intermedia, homóloga de la que ocupan los ingenieros y los cuadros superiores en el espacio superior. Los artesanos y comerciantes artísticos que, por vivir de beneficios industriales y comerciales, están próximos, bajo este aspecto, a los demás pequeños patronos, se distinguen de ellos, sin embargo, por un capital cultural relativamente importante, que los aproxima a la nueva pequeña burguesía. En cuanto a los miembros de los servicios médico-sociales, originarios, en una proporción relativamente importante, de la clase dominante²⁸, ocupan una posición central, casi homóloga de la de los miembros de las profesiones liberales (aunque estén ligeramente más desplazados hacia el polo del capital cultural): son los únicos que disponen no sólo de salarios sino también, en algunos

* Escuela normal superior de la calle de Ulm. Comprende una sección de Ciencias y otra de Letras. (N. de la T.).

²⁸ La categoría de los miembros de los servicios médico-sociales se caracteriza por el hecho de que acoge a hombres que han nacido, la mayor parte de ellos, en las clases populares, y mujeres de las que una buena parte (25 %) es originaria de las clases superiores (véanse los dos histogramas).

casos, de beneficios no comerciales (como los miembros de las profesiones liberales).

De inmediato se ve que la homología entre el espacio de la clase dominante y el espacio de las clases medias se explica por el hecho de que su estructura es producto de los mismos principios: en los dos casos se ve la contraposición entre los propietarios (poseedores de su vivienda, de propiedades rurales o urbanas y de valores mobiliarios), que con frecuencia tienen más edad, disponen de poco tiempo libre y a menudo son hijos de patronos o de agricultores autónomos, y los no-propietarios, dotados sobre todo de capital escolar y de tiempo libre, originarios de fracciones asalariadas de las clases medias y superiores o de la clase obrera. Los ocupantes de posiciones homólogas, maestros y profesores, por ejemplo, o pequeños comerciantes y grandes comerciantes, están separados principalmente por el volumen de la especie de capital dominante en su estructura patrimonial, es decir, por unas diferencias de grado que separan a individuos desigualmente provistos de los mismos recursos especiales. Las posiciones inferiores –y, correlativamente, las disposiciones de sus ocupantes– deben una parte de sus propiedades al hecho de que están objetivamente referidas a las posiciones correspondientes del nivel superior hacia las que tienden y a las que pretenden; esto se ve claramente en el caso de la pequeña burguesía asalariada, cuyas virtudes ascéticas y buena voluntad cultural –que manifiesta de todas las maneras posibles, siguiendo cursos de tarde, inscribiéndose en bibliotecas, haciendo colecciones– expresan con toda claridad la aspiración de la ascensión a la posición superior, destino objetivo de los ocupantes de la posición inferior que manifiestan estas disposiciones.²⁹

Para explicar mejor las diferencias de estilo de vida entre las distintas fracciones –y particularmente en materia de cultura– habría que tener en cuenta su *distribución en un espacio geográfico socialmente jerarquizado*. En efecto, las probabilidades que un grupo puede tener de apropiarse una clase cualquiera de bienes singulares (y que miden las esperanzas matemáticas de acceso) dependen, de una parte, de sus capacidades de apropiación específica, definidas por el capital económico, cultural y social que puede utilizar para apropiarse material y/o simbólicamente los bienes considerados, es decir, de su posición en el espacio social, y de otra parte de la relación entre su distribución en el espacio geográfico y la distribución de los bienes singulares en ese espacio (relación que puede medirse en distancias medias a unos bienes o a unos equipos, o en tiempos de desplazamiento –lo

²⁹ Para reconstruir tan completamente como sea posible las condiciones sociales de producción de los *habitus*, es preciso tener en cuenta también la trayectoria social de la clase y de la fracción de clase de pertenencia que, a través de la pendiente probable del porvenir colectivo, impone las disposiciones progresivas o regresivas con respecto al porvenir, y la evolución a través de varias generaciones del patrimonio de las dos líneas genealógicas que, perpetuándose en los *habitus*, introduce divisiones en el interior de grupos tan homogéneos como las fracciones. Para dar una idea de la diversidad de los casos, bastará con indicar que una *trayectoria social* representa la *combinación* de la evolución en el curso de la vida de ego del volumen de su capital que puede ser descrito, de forma muy *grosera*, como creciente, decreciente o estacionario, del volumen de cada una de las especies (susceptibles de las mismas distinciones), y por tanto de la estructura del capital (un volumen global constante puede ocultar una transformación de la estructura) y, del mismo modo, del volumen y de la estructura de los patrimonios paternos y maternos y de sus pesos respectivos bajo sus diferentes especies (p. ej., asimetría en favor del padre con respecto al capital económico y de la madre con respecto al capital cultural o a la inversa, o equivalencia), y por consiguiente del volumen y de la estructura del capital de los abuelos paternos y maternos.

que hace intervenir al acceso a unos medios de transporte, individuales o colectivos)³⁰. Dicho de otra manera, la distancia social real de un grupo a unos bienes debe integrar la distancia geográfica, que a su vez depende de la distribución del grupo en el espacio, y con mayor precisión, de su distribución con respecto al “centro de los valores” económicos y culturales, es decir, con respecto a París o a las grandes metrópolis regionales (se conocen, por ejemplo, las obligaciones en materia de residencia que implican algunas carreras en las que el acceso a la profesión –v.g., algunos servicios postales– o el ascenso en la misma está subordinado a un exilio más o menos prolongado)³¹. Así, por ejemplo, la distancia de los agricultores a los bienes de la cultura legítima no sería tan inmensa si, a la distancia propiamente cultural correlativa a su escaso capital cultural, no viniera a añadirse el alejamiento geográfico resultante de la dispersión en el espacio que caracteriza a esta clase. De igual modo, las numerosas diferencias observadas en las prácticas (culturales o de cualquier otro tipo) de las distintas fracciones de la clase dominante tienen mucho que ver, sin duda alguna con su distribución según el tamaño de la ciudad de residencia: así, la contraposición entre los ingenieros y los cuadros del sector privado, de un lado, y los patronos industriales y comerciales, del otro, obedece, por una parte, al hecho de que los primeros son de preferencia parisienses y pertenecen a empresas relativamente importantes (solamente el 7 % de los cuadros del sector privado trabajan en empresas que tienen de 1 a 5 asalariados, frente al 34 % que lo hacen en empresas medias y el 40 % que trabajan en empresas de más de 50 asalariados), mientras que los segundos se encuentran en su mayor parte a la cabeza de empresas pequeñas (el 6 % de los industriales de la encuesta SOFRES 1966 –F.C., V– emplean de 1 a 5 asalariados; el 70 %, de 6 a 49, el 24 % emplean a más de 50; de estos porcentajes corresponden a los patronos de comercio el 30 %, el 42 % y el 12 % respectivamente) y en su mayor parte son provincianos, e incluso rurales (según el censo de 1968, el 22,3 % y el 15,5 % de los patronos comerciales residen en un municipio rural; el 14,1 % y 11,8 % en un municipio de menos de 10.000 habitantes).

La representación que de este modo se obtiene no sería tan difícil de alcanzar si no supusiera una ruptura con la representación espontánea del mundo social (que resume la metáfora de “la escala social” y que evoca todo el lenguaje corriente de la “movilidad”, con sus “ascensiones” y sus “degradaciones”, y una ruptura, no menos resuelta, con toda la tradición sociológica que, cuando no se contenta con recuperar fácilmente y por su cuenta la representación unidimensio-

³⁰ Sería preciso detallar todas las propiedades culturales que obtienen los individuos por el hecho de su posición en el espacio geográfico, y, entre otras cosas, por medio de la calidad de los contactos sociales (las “frecuentaciones”) que favorece la proximidad espacial. Una de las que más marcan es, sin lugar a dudas, la pronunciación, que evidencia de la manera más infalible un origen más o menos estigmatizado o valorizado.

³¹ Además de constituir una de las manifestaciones de su posición en el espacio social, la distribución de una clase o de una fracción de clase en el espacio geográfico socialmente jerarquizado –y en particular su distancia con respecto a los “centros” económicos y culturales– es casi siempre una manifestación de sus jerarquías internas. Así, por ejemplo, si es posible establecer mediante el análisis secundario de la encuesta sobre el tiempo libre realizada por el INSEE en 1968 que, en todas las categorías socio-profesionales, la práctica cultural aumenta cuando el tamaño de la aglomeración urbana (un buen indicador de la oferta cultural) va siendo más grande es, sin duda y en parte, porque la homogeneidad aparente de las categorías utilizadas oculta diferencias, dentro de cada una de las categorías, según el tamaño de la aglomeración, en particular con respecto al capital cultural poseído.

nal del espacio social —como hacen, por ejemplo, las investigaciones sobre “movilidad social”— la somete a una elaboración falsamente científica, reduciendo el universo social a un *continuum* de estratos abstractos (*upper middle class*, *lower middle class*, *etc.*), obtenidos mediante la agregación de especies diferentes de capital que permite la construcción de índices (los instrumentos por excelencia de la destrucción de las estructuras)³². La proyección sobre un solo eje que supone la construcción de la serie continua, lineal, homogénea y unidimensional a la que ordinariamente se identifica la jerarquía social, implica una operación extremadamente difícil (y en particular arriesgada cuando es inconsciente), que consiste en reducir a un único patrón las distintas especies de capital y en medir con la misma vara, por ejemplo, la contraposición entre patronos de industrias y profesores (o entre artesanos y maestros) y la contraposición entre patronos y obreros (o entre cuadros superiores y empleados). Esta operación abstracta encuentra un fundamento objetivo en la posibilidad, siempre disponible, de convertir una especie de capital en otra —con unos porcentajes de conversión variables según los momentos, es decir, según el estado de la relación de fuerza entre los poseedores de las diferentes especies—. Al obligar a formular el postulado de la *convertibilidad de las diferentes especies de capital* que es la condición para la reducción del espacio a la unidimensionalidad, la construcción de un espacio en dos dimensiones permite, en efecto, darse cuenta de que los porcentajes de conversión de las diferentes especies de capital es una de las apuestas fundamentales de las luchas entre las diferentes fracciones de clase cuyos poderes y privilegios están vinculados a una u a otra de estas especies y, en particular, de la lucha sobre el principio dominante de dominación (capital económico, capital cultural o capital social, este último estrechamente vinculado con la antigüedad en la clase por mediación de la notoriedad del nombre y de la extensión y calidad de la red de relaciones) que enfrenta en todos los momentos a las diferentes fracciones de la clase dominante.

LAS ESTRATEGIAS DE RECONVERSION

Las estrategias de reproducción, conjunto de prácticas fenomenalmente muy diferentes, por medio de las cuales los individuos a las familias tienden, de manera consciente o inconsciente, a conservar o a aumentar su patrimonio, y correlativamente, a mantener o mejorar su posición en la estructura de las relaciones de clase, constituyen un sistema que, al ser producto de un mismo principio unificador y generador, funciona y se transforma como tal sistema. Por medio de la disposición con respecto al porvenir, determinado a su vez por las oportunidades objetivas de reproducción del grupo, estas estrategias dependen en primer lugar del volumen y de la estructura del capital que hay que reproducir, esto es, del volumen actual y potencial del capital económico, del capital cultural y del capital

Una de las dificultades del discurso sociológico obedece al hecho de que, como todo discurso, se desarrolla de forma estrictamente lineal mientras que, para escapar al simplismo y a la falsedad de las apreciaciones parciales y de las intuiciones unilaterales, se necesitaría poder reflexionar, en cada uno de esos puntos, sobre la totalidad de la red de relaciones que en ellos se encuentran, en cierta manera, implicada. Por eso nos ha parecido necesario dar —en forma de un esquema que tiene la propiedad, como dice Saussure, de poder “ofrecer complicaciones simultáneas en varias dimensiones”— el medio de captar la correspondencia entre la estructura del espacio social, cuyas dos dimensiones fundamentales corresponden al volumen y a la estructura del capital de los grupos que en dicha estructura se distribuyen, y la estructura del espacio de las propiedades simbólicas vinculadas con los grupos distribuidos en este espacio. Pero este esquema no quiere ser la bola de cristal que, según los alquimistas, permitía apreciar con una sola mirada todo lo que ocurre sobre la tierra y que, a la manera de los matemáticos que tratan siempre lo que ellos llaman “*imaginería*” como un mal inevitable, el mismo movimiento realizado para darlo lleva en sí la tentación de retirarlo. ¿Cómo no tener, en efecto, que dicho esquema no favorezca las lecturas que reducirían las homologías entre unos sistemas de variaciones diferenciales a unas relaciones directas y mecánicas entre grupos y propiedades? ¿O cómo no tener que no aliente esa forma de *voyeurismo* inherente a la intención objetivista, siguiendo al sociólogo en el papel del Diabolo cojuelo que levanta los tejados y descubre a su maravillado lector los secretos de las intimidades domésticas?

Para darnos una idea tan exacta como sea posible del modelo teórico propuesto, hace falta imaginar que se superponen (en la forma en que puede hacerse con unas láminas transparentes) tres esquemas: el primero (gráfico 5) presentaría el espacio de las condiciones sociales tal como lo organiza la distribución sincrónica y diacrónica del volumen y de la estructura del capital en

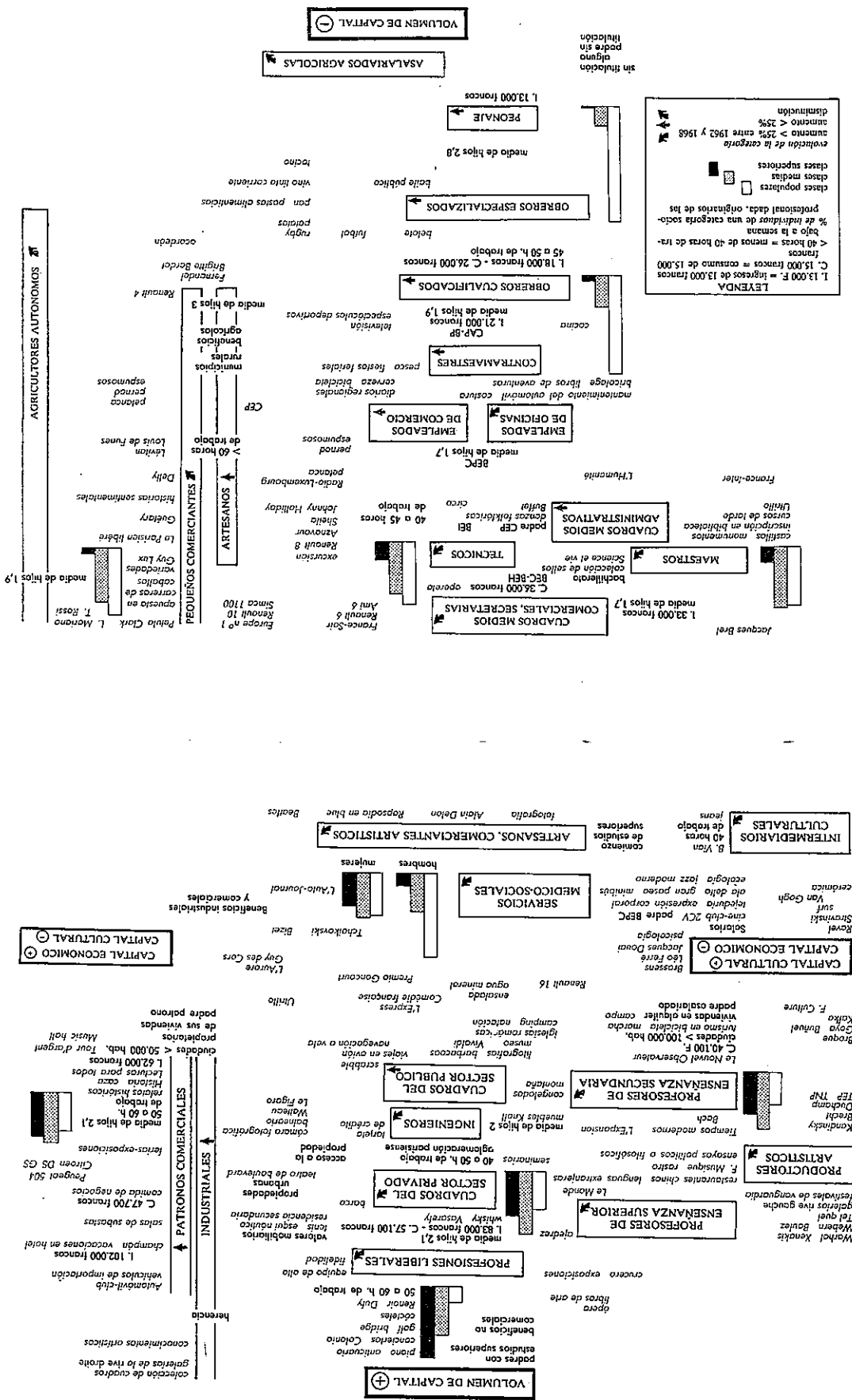
sus diferentes especies encontrándose determinada, la posición de cada uno de los grupos (fracciones de clase) en este espacio por el conjunto de las propiedades características en las relaciones así definidas como pertinentes; el segundo (gráfico 6) presentaría el espacio de los estilos de vida, es decir, la distribución de las prácticas y de las propiedades que son constitutivas del estilo de vida en el que se manifiesta cada una de las condiciones; por último, entre los dos esquemas precedentes, sería necesario introducir además un tercero que presentara el espacio teórico de los *habitus*, es decir, de las fórmulas generadoras (por ejemplo, para los profesores, el ascetismo aristocrático) que se encuentran en la base de cada una de las clases de prácticas y de propiedades, esto es, de la *transformación* en un estilo de vida distinto y distintivo de las necesidades y de las habilidades características de una condición y de una posición¹.

Entre las limitaciones de una construcción de este tipo, las más importantes provienen de las lagunas de la estadística, que mide mucho mejor los consumos o incluso, en rigor, los ingresos (dejando aparte los beneficios secundarios y ocultos) y el patrimonio, como conjunto de propiedades destinadas a unos individuos o a unas familias, que el capital propiamente dicho (en particular el capital invertido en el ahorro): les siguen las que provienen de las imperfecciones de las categorías de análisis que son muy desigualmente homogéneas, incluso desde el punto de vista de los criterios pertinentes, y que, en el caso de los industriales y de los grandes comerciantes, impiden aislar, por ejemplo, a los poseedores de un capital capaz de ejercer un poder sobre el capital —es decir,

¹ Los esquemas aquí presentados no son unos diagramas-plano de análisis de correspondencias, aunque tengan de ello una cierta apariencia y se hayan apoyado en distintos análisis de las correspondencias para construirlos, y aunque numerosos análisis de dichas correspondencias hayan producido unos espacios que se organizan según la misma estructura (comenzando por los análisis de datos de nuestra encuesta que se presentarán más adelante).

³² Gerhard Lenski, que ha tenido el mérito de darse cuenta del problema de las discordancias entre las diferentes especies de capital, y de señalar algunos de los más ocultos efectos que pueden ejercer (en particular la propensión al “liberalismo” asociada a una fuerte “descristalización” del estatuto), no se ha permitido sin duda sacar todas las consecuencias posibles de su intuición al mostrarse sumiso al ritual positivista de la construcción de un índice (Véase G. Lenski, “Status Crystallisation: A Non-vertical Dimension of Social Status”, *American Sociological Review*, 19, 1954, pp. 405-413).

Gráfico 5—Espacio de las posiciones sociales



el gran patronato-. (A falta de poder disponer de rigurosos indicadores de la dispersión de las diferentes categorías, se ha hecho patente la dispersión económica y cultural de las categorías más heterogéneas -agricultores, patronos industriales y comerciales, artesanos y comerciantes- escribiendo verticalmente, entre los límites extremos que la definen, la denominación correspondiente.) Es preciso tener presente que la posición marcada por la denominación no representa nunca otra cosa que el punto central de un espacio más o menos extenso que puede organizarse, en algunos casos, como campo de competencia.

Al no poder contar con la encuesta (quizá prácticamente irrealizable) que suministrara, respecto a la misma muestra representativa, el conjunto de indicadores del patrimonio económico, cultural y social, y de su evolución que son necesarios para construir una representación adecuada del espacio social, se ha construido un *modelo simplificado* de este espacio a partir de conocimientos adquiridos en el curso de investigaciones anteriores y sobre la base de un conjunto de datos sacados de diferentes encuestas, realizadas todas por el INSEE y en consecuencia homogéneas por lo menos en lo que concierne a la construcción de categorías (véase anexo 3); de la encuesta realizada por el INSEE, en 1967, sobre la utilización del tiempo libre (en las tablas referidas a los hombres) se han tomado unos indicadores del mismo tales como el del tiempo de trabajo (F. C., IV); de la encuesta sobre la formación y la calificación profesional, de 1970 (tablas referidas a los hombres), se han tomado los datos sobre la categoría socio-profesional del padre (trayectoria social), la titulación del padre (capital cultural heredado) y la titulación del sujeto (capital escolar) (F. C., II); de la encuesta sobre los ingresos, de 1970, se han tomado las informaciones sobre el importe de los ingresos, las propiedades rurales y urbanas, las acciones, los beneficios industriales y comerciales y los salarios (capital económico) (F. C., I); y por último, de la encuesta sobre el consumo de las familias, de 1972, se han tomado

los datos sobre el importe del consumo, la posesión de lava-vajillas, teléfono, el estatus de ocupación de la vivienda y de la segunda vivienda (F. C., III), y del censo de 1968, los datos sobre el tamaño del lugar de residencia.

Se ha representado así, para cada uno de los grupos que figuran, en primer lugar, la distribución de los ocupantes de cada una de las posiciones consideradas según la *trayectoria social* que les ha conducido a ellas, con los histogramas que representan la proporción en cada fracción de los individuos originarios de las diferentes clases², y en segundo lugar, la *historia* de la fracción en su conjunto: a ello responden las flechas ascendentes, descendentes y horizontales que señalan que entre 1962 y 1968 la fracción considerada ha aumentado -por lo menos en un 25 %-, ha disminuido o ha permanecido estable, y que hacen visible así la contraposición entre las fracciones nuevas, en fuerte expansión, y las fracciones establecidas, estables o en decadencia. Nos hemos esforzado así por poner de manifiesto simultáneamente el estado de la relación de fuerzas entre las clases que forma parte de la estructura del espacio social en un momento dado del tiempo y lo que constituye a la vez uno de los efectos y uno de los factores de la transformación de esta estructura, a saber, las estrategias de reconversión mediante las cuales los individuos (y los grupos) se esfuerzan por mantener o por mejorar su posición en el espacio social.

Al yuxtaponer informaciones per-

² A fin de no perjudicar la legibilidad del esquema, sólo se han incluido estos histogramas para algunas de las categorías definidas: lo que basta para dejar ver que la proporción de los individuos originarios de las clases superiores -en negro- aumenta claramente a medida que nos elevamos en la jerarquía social, mientras que disminuye la proporción de los que son originarios de las clases populares -en blanco- (el histograma de los obreros especializados, que no ha podido ser incluido, presenta unas características intermedias entre las del peonaje y las de los obreros cualificados). Habría sido preciso, por lo menos para las clases superiores y medias, poder dar la distribución por *fracción* de origen.

tenecientes a unos campos que los sistemas ordinarios de clasificación separan -hasta el punto de hacer impensable o escandalosa la simple asociación- y al poner así de manifiesto las relaciones entre la que se guían las clasificaciones de la existencia ordinaria- entre todas las propiedades y prácticas características de un grupo, el esquema sinóptico obliga a buscar el fundamento de cada uno de los sistemas de "elección", por una parte, en las condiciones y condicionamientos sociales característicos de una posición determinada en el espacio objetivo en el que se expresan, aunque bajo una forma irreconocible y, por otra, en la relación con los otros sistemas de "elección" con respecto a los cuales se definen su significación y su valor propio: los estilos de vida son esencialmente distintos, numerosas características no toman todo su sentido si no se relacionan, no sólo con las posiciones sociales que expresan, sino también con otras características situadas en otro polo del espacio: es, por ejemplo, el caso de las oposiciones que se establecen primordialmente entre las posiciones más alejadas en una y/o en otra de las dos dimensiones fundamentales del espacio social (se decir, con respecto al volumen y a la estructura del capital): Goya y Renoir, teatro de vanguardia y teatro de boulevard, Jacques Brel y Tino Rossi, France-Musique y France-Inter o Radio-Luxembourg, cine-club y variedades, etc.

Además de las informaciones recogidas directamente por la encuesta, se ha utilizado un conjunto de índices de consumo cultural, tales como la posesión de piano o discos, la utilización de la televisión, la frecuentación de museos, exposiciones, espectáculos de variedades, cine; la inscripción en una biblioteca, cursos; la posesión de una colección, la práctica de algún deporte, tomados todos ellos de la encuesta del INSEE, de 1967, sobre la utilización del tiempo libre; informaciones sobre los consumos y el estilo de vida de los miembros de la clase dominante (equipo de alta fidelidad, barco, crucero, bridge, colección de cuadros, champán,

whisky, deportes practicados, etc.) sacadas de las encuestas de la SOFRES y del CESP (F. C., V y VI); y también informaciones sobre la frecuentación del teatro suministradas por la encuesta de la SEMA (F. C., XIV); sobre los actores favoritos, por las encuestas IFOP (F. C., IX y X); sobre la lectura de diarios, semanarios, revistas, por las encuestas del CSE y del CESP (F. C., XXVIII); sobre diferentes actividades y prácticas culturales (cerámica, alfarería, ferias, etc.), por la encuesta del Secrétariat de estado para la cultura (F. C., VII).

Sobre el diagrama así construido, cada información pertinente no figura más que una sola vez y vale, pues, para toda una zona (*más o menos amplia según el caso*) del espacio social, aunque caracterice tanto más a una categoría cuanto más cerca figure de su denominación (así la mención *salarios* que, situada a media altura en la parte izquierda del gráfico 5, se contraponen a *beneficios industriales y comerciales*, vale para toda la mitad izquierda del espacio social, es decir, tanto para los profesores, cuadros o ingenieros como para los maestros, cuadros medios, técnicos, empleados u obreros; del mismo modo, la posesión de *valores mobiliarios* -en la parte de arriba a la derecha- vale a la vez para los patronos, los miembros de profesiones liberales, los cuadros del sector privado y los ingenieros). Puede, pues, leerse de forma inmediata que la posesión de un piano y la elección de *El concierto para la mano izquierda* corresponden sobre todo a los miembros de las profesiones liberales; o que la *marcha* y la *montaña* son particularmente características al mismo tiempo de los profesores de enseñanza secundaria y de los cuadros del sector público; o que la *natación*, situada a media distancia entre la nueva pequeña burguesía y los cuadros del sector privado o los ingenieros, participa de los estilos de vida de estos dos conjuntos de profesiones. De esta forma, alrededor de la denominación de cada fracción se encuentran reunidas las características más pertinentes, puesto que son las más *distintivas*, de su estilo de vida -que, por otra parte, puede compartir con otros grupos.

social que el grupo posee, y de su peso relativo en la estructura patrimonial; y, en segundo lugar, del estado del sistema de los instrumentos de reproducción, institucionalizados o no (estado de la costumbre y de la ley sucesoria, del mercado de trabajo, del sistema escolar, etc.), con arreglo a su vez, al estado de la relación de fuerzas entre las clases: con mayor precisión, estas estrategias dependen de la relación que se establece en cada momento entre el patrimonio de los diferentes grupos y los diferentes instrumentos de reproducción, y que define la transmisibilidad del patrimonio, fijando las condiciones de su transmisión, es decir, dependen del rendimiento diferencial que los distintos instrumentos de reproducción pueden ofrecer a las inversiones de cada clase o fracción de clase.

Debido a que las estrategias de reproducción constituyen un sistema y a que dependen del estado del sistema de los instrumentos de reproducción y del estado (volumen y estructura) del capital a reproducir, todo cambio en relación con cualquiera de ellos lleva consigo una *reestructuración* del sistema de las estrategias de reproducción: la *reconversión* del capital poseído bajo una particular especie en otra especie distinta, más accesible, más rentable y/o más legítima en un estado dado del sistema de instrumentos de reproducción, tiende a determinar una transformación de la estructura patrimonial.

Las reconversiones se traducen en otros tantos desplazamientos en un espacio social que no tiene nada en común con el espacio simultáneamente irreal e ingenuamente realista de los estudios denominados de "movilidad social". La misma ingenuidad positivista que lleva a describir como "movilidad ascendente" los efectos de las transformaciones morfológicas de las diferentes clases o fracciones de clase, conduce a ignorar que la reproducción de la estructura social puede, en determinadas condiciones, exigir una muy escasa "herencia profesional": esto sucede siempre que los agentes no pueden mantener su *posición* en la estructura social ni las propiedades ordinales inherentes a la misma más que al precio de una *translación* asociada a un cambio de *condición* (tal como el paso de la condición de pequeño propietario de tierras a la de pequeño funcionario o de la condición de pequeño artesano a la de empleado de oficina o de comercio).

El hecho de que el espacio social esté jerarquizado en sus dos dimensiones —por una parte la del volumen del capital global, desde el más importante al menos importante, y por otra, la de la especie de capital dominante a la especie de capital dominado— permite dos formas de desplazamiento que los tradicionales estudios de movilidad confunden, aunque de ninguna manera sean equivalentes y aunque sean muy desigualmente probables: en primer lugar, los *desplazamientos verticales*, ascendentes o descendentes, en el mismo sector vertical del espacio, es decir, en el mismo campo (como el maestro que llega a profesor, el pequeño patrono que llega a gran patrono); después, los *desplazamientos transversales*, que implican el paso de un campo a otro distinto y que pueden realizarse ya sea en el mismo plano horizontal (cuando el maestro, o su hijo, se hacen pequeños comerciantes), ya sea en planos diferentes (como el maestro —o su hijo— que llegan a patrono de industria). Los desplazamientos verticales, que son los más frecuentes, suponen sólo una modificación del volumen de la especie de capital ya dominante en la estructura patrimonial (del capital escolar en el caso del maestro que llega a profesor), y por consiguiente un desplazamiento en la estructura de la distribución del volumen global de capital que toma la forma de un desplazamiento en los límites de un campo específico (campo empresarial, campo escolar, campo administrativo, cam-

po médico, etc.) Por el contrario, los desplazamientos transversales suponen el paso a un campo distinto, y en consecuencia la *reconversión* de una especie de capital en otra especie diferente, o de una sub-especie de capital económico o de capital cultural en otra distinta (por ejemplo, de propiedad agrícola en capital industrial, o de una cultura literaria o histórica en una cultura económica), y, por tanto, una transformación de la estructura patrimonial que es la condición de la salvaguardia del volumen global del capital y del mantenimiento de la posición en la dimensión vertical del espacio social.

La probabilidad de acceder a una fracción determinada de la clase dominante a partir de otra clase cualquiera es tanto más baja, ya se ha visto, cuanto más alto sea el rango que dicha fracción ocupe en la jerarquía de las fracciones según el capital económico (la única discordancia proviene de las profesiones liberales que, pudiendo en muchos casos acumular la transmisión de capital cultural y de capital económico, tienen el porcentaje más elevado de reclutamiento endógeno). De igual modo, los desplazamientos de gran amplitud dentro de la clase, hijos de patronos que se hacen profesores o hijos de profesores que se hacen patronos, son extremadamente raros: así, en 1970, las probabilidades de llegar a ser patrono industrial o comercial son, para un hijo de profesor, del 1,9 %, mientras que las probabilidades de llegar a ser profesor son, para un hijo de patrono industrial, del 0,8 %, y para un hijo de patrono comercial, del 1,5 % (representando, sin duda, las profesiones liberales una especie de punto de pasaje obligado entre los dos polos de la clase dominante); las probabilidades de hacerse artesano o comerciante son del 1,2 % para un hijo de maestro, y las de llegar a ser maestro para un hijo de artesano son del 2,4 %, y del 1,4 % para un hijo de pequeño comerciante (F. C., II, análisis secundario).

Enclasmiento, desclasmiento, reenclasmiento

Las recientes transformaciones de la relación entre las diferentes clases sociales y el sistema de enseñanza, que han tenido como consecuencia la explosión escolar y todos los cambios correlativos del sistema de enseñanza en sí mismos —y también todas las transformaciones de la estructura social que (por lo menos en parte) resultan de la transformación de las relaciones establecidas entre las titulaciones y los puestos— son el resultado de una intensificación de la competencia por las titulaciones académicas a la que ha contribuido mucho, sin duda, el hecho de que las fracciones de la clase dominante (patronos industriales y comerciales) y de las clases medias (artesanos y comerciantes) más ricas en capital económico, para asegurar su reproducción, han tenido que intensificar con gran fuerza la utilización que antes hacían del sistema de enseñanza.

La diferencia entre el capital escolar de los adultos de una clase o de una fracción de clase (medida por el porcentaje de los poseedores de una titulación igual o superior al BEPC) y el porcentaje de escolarización de los correspondientes adolescentes es claramente más marcada en los artesanos, los comerciantes y los industriales que en los empleados y los cuadros medios, siendo la ruptura de la correspondencia que de ordinario se observa en las probabilidades de escolarización de los jóvenes y el patrimonio cultural de los adultos el índice de una profunda transformación de las disposiciones con respecto a la inversión escolar. Mien-

tras que la proporción de los poseedores del BEPC o de una titulación superior es claramente más baja en los pequeños artesanos y en los comerciantes de edades comprendidas entre los 45 y 54 años que en los empleados de oficina (referido a 1962, el 5,7 % frente al 10,1 %), sus hijos, a los 18 años, están escolarizados en las mismas proporciones (el 42,1 % y el 43,3 % respectivamente en 1962). Del mismo modo, los industriales y los grandes comerciantes que tienen un capital escolar más bajo que el de los técnicos y cuadros medios (respectivamente el 20 % y el 28,9 % de los poseedores de una titulación por lo menos equivalente al BEPC) escolarizan a sus hijos en las mismas proporciones (el 65,8 % y el 64,2 % respectivamente). Por lo que se refiere a los agricultores, se ha iniciado el mismo proceso, como lo muestra el muy rápido aumento de los porcentajes de escolarización entre 1962 y 1975 de los niños originarios de esta clase. (Fuentes: M. Praderie, «Héritage social y chances d'ascension»; en Darras, *Le partage des bénéfices*, París, Ed. de Minuit, 1966, p. 348; INSEE, *Recensement général de la population de 1968, Résultats du sondage au 1/20e pour la France entière, Formation*, París, Imprimerie nationale, 1971.)

La entrada en la carrera y en la competencia por la titulación académica de fracciones que hasta entonces han utilizado poco la escuela, ha tenido como efecto obligar a las fracciones de clase cuya reproducción estaba asegurada principal o exclusivamente por la escuela, a intensificar sus inversiones para mantener la particularidad relativa de sus titulaciones y, correlativamente, su posición en la estructura de las clases, llegando a ser así la titulación académica y el sistema escolar que la otorga una de las apuestas privilegiadas de una competencia entre las clases que engendra un aumento general y continuo de la demanda de educación y una inflación de las titulaciones académicas³³.

Relacionando el número de poseedores de una titulación cualquiera con el número de jóvenes en edad modal de aprobación de cada uno de los exámenes correspondientes, puede hacerse una estimación rudimentaria de la evolución de la particularidad relativa de los poseedores de una titulación: por cada 100 jóvenes de 15 años había 6,8 nuevos titulados de un BEPC, BE o BS en 1936, 7,9 en 1946, 23,6 en 1960, 29,5 en 1965. Por cada 100 jóvenes de 18 años, había 3 bachilleres en 1936, 4,5 en 1946, 12,6 en 1960, 16,1 en 1970. Por cada 100 jóvenes de 23 años, había 1,2 nuevos diplomados de enseñanza superior en 1936, 2 en 1946, 1,5 en 1950, 2,4 en 1960 y 6,6 en 1968.

La comparación de los puestos que ocupan en dos épocas distintas los poseedores de una misma titulación de una idea aproximada de las variaciones en el valor de las titulaciones en el mercado de trabajo. Mientras que los hombres de 15 a 24 años que no tienen ninguna titulación o sólo poseen el CEP ocupan en 1968

³³ A los efectos de la competencia entre los grupos que luchan por el reencasamiento y contra del desclasamiento que se organiza alrededor de la titulación académica (y, más generalmente, alrededor de cualquier clase de títulos mediante los cuales los grupos afirman y constituyen su particularidad con relación a los otros grupos), es preciso añadir un factor de inflación que se puede llamar *estructural*. El aumento generalizado de la escolarización tiene como efecto el aumento de la masa del capital cultural que, en cada momento, existe en estado incorporado, de manera que, sabiendo que el éxito de la acción escolar y la durabilidad de sus efectos dependen de la importancia del capital cultural directamente transmitido por las familias, se puede suponer que el rendimiento de la acción escolar tiende continuamente a acrecentarse, si todo lo demás, por otra parte, permanece igual. En resumen, el rendimiento de una misma inversión escolar es mayor, lo que contribuye sin duda a producir un efecto inflacionista al hacer accesibles las titulaciones a un mayor número de personas.

posiciones completamente iguales a las que ocupaban sus homólogos en 1962, los titulados con el BEPC que pertenecen a las mismas clases de edad y que, en 1962, ocupaban principalmente posiciones de empleados, en 1968 han visto aumentar sus posibilidades de llegar a ser contra maestros, obreros profesionales o incluso obreros especializados. Mientras que en 1962 los titulados de bachillerato que entraban en la vida activa directamente llegaban en su gran mayoría a ser maestros, en 1968 tenían grandes probabilidades de llegar a ser técnicos, empleados de oficina o incluso obreros. La misma tendencia se observa para los poseedores de una titulación superior al bachillerato con edades entre 25 y 34 años, que tenían en 1968 más probabilidades que en 1962 de llegar a ser maestros o técnicos y claramente menos de llegar a ser cuadros administrativos superiores, ingenieros o miembros de profesiones liberales³⁴.

Cada 100 jóvenes (varones) de 15 a 24 años, titulados con el BEPC y que ocupaban un empleo en 1962, había 41,7 empleados frente a sólo 36,3 en 1968, y, a la inversa, 5,8 obreros especializados y 2 peones en 1962 frente a 7,9 y 3,8 respectivamente en 1968. Los jóvenes de la misma edad que sólo poseían el título de bachiller tenían muchas menos probabilidades de llegar a ser cuadros medios en 1968 (57,4 %) que en 1962 (73,9 %), y a la inversa, muchas más probabilidades de llegar a ser empleados (19,9 % frente a 8,8 %) o incluso obreros (11 % frente a 6,4 %). En cuanto a los hombres de 25 a 34 años que estaban en posesión de una titulación superior al bachillerato, tenían menos probabilidades de ejercer profesiones superiores en 1968 (68 %) que en 1962 (73,3 %) y en particular menos de ser miembros de profesiones liberales (7,6 % frente a 9,4 % respectivamente); por el contrario, tenían mayores probabilidades de ser maestros (10,4 % frente a 7,5 %) o técnicos (5,4 % frente a 3,7 %). Por lo que respecta a los jóvenes, se observan fenómenos análogos, pero ligeramente atenuados. Para ellas la titulación que ha sufrido una mayor devaluación ha sido la de bachiller: en 1968 una joven de 15 a 24 años con título de bachiller, siempre que trabajase, tenía más probabilidades de llegar a ser empleada que en 1962 (23,7 % frente a 12 %) y menos de llegar a ser maestra (50 % frente a 71,7 %).

Si tenemos en mente que el volumen de los puestos correspondientes puede haber variado también en el mismo intervalo, es posible considerar que una titulación tiene todas las posibilidades de haber sufrido una devaluación ya que el aumento del número de poseedores de titulaciones académicas es más rápido que el aumento del número de puestos a los que esas titulaciones conducían al principio del período considerado. Todo parece indicar que el bachillerato y las titulaciones inferiores han sido las más afectadas por la devaluación: en efecto, entre los hombres activos, el número de los titulados con el BEPC o con bachillerato (con exclusión de un diploma de enseñanza superior) ha aumentado en un 97 % entre 1954 y 1968, mientras que el número de empleados y cuadros medios no ha aumentado en el mismo tiempo más que en un 41 %; del mismo modo, el número de los poseedores de una titulación superior al bachillerato, entre los hombres, ha aumentado en un 85 %, mientras que el número de cuadros superiores y miembros de profesiones liberales no ha aumentado más que en un 68 % en el período considerado (el conjunto de las profesiones superiores ha aumentado en un 49 %).

³⁴ Véase C. DELCOURT, "Les jeunes dans la vie active", *Economie et statistique*, n.º 18, diciembre 1970, pp. 3-5.

Sin duda la diferencia es más fuerte de lo que las cifras muestran; en efecto, la proporción de los que poseen los medios para resistir a la devaluación, y en particular los que poseen un capital social vinculado a un origen social elevado, aumenta a medida que se llega más alto dentro de la jerarquía de las titulaciones.

A lo cual hay que añadir una devaluación más encubierta que es la que resulta del hecho de que las posiciones (y las titulaciones que a ellas conducen) pueden haber experimentado pérdidas en su valor distintivo, aunque el número de puestos haya aumentado en la misma proporción que las titulaciones que al principio del período considerado daban paso a estos puestos, y por esta misma razón: es el caso, por ejemplo, de la posición de profesor que ha perdido su rareza en todos los niveles.

El rapidísimo aumento que ha conocido la escolarización de las chicas tiene bastante que ver con la devaluación de las titulaciones académicas. Y esto tanto más cuanto que la transformación de las representaciones de la división del trabajo entre los sexos (que el aumento del acceso de las jóvenes a la enseñanza superior ha contribuido mucho, sin duda, a determinar) ha sido acompañada de un aumento de la proporción de mujeres que lanzan al mercado de trabajo unas titulaciones hasta entonces parcialmente mantenidas en reserva (y "situadas" sólo en el mercado matrimonial); aumento que resulta tanto más marcado cuanto más elevada es la titulación poseída: así es como la proporción de mujeres de 25 a 34 años, poseedoras de una titulación superior a la de bachiller, que ejercen una profesión ha pasado del 67,9 % en 1962 al 77,5 % en 1968 y alcanzaba cerca del 85 % en 1975.

De paso esto supone decir que por el hecho de que toda segregación (según el sexo o según cualquier otro criterio) contribuye a frenar la devaluación por un efecto de *numerus clausus*, toda integración tiende a restituir su plena eficacia a los mecanismos de devaluación (lo que hace que, como lo ha puesto de relieve un estudio norteamericano sobre los efectos económicos de la integración racial, son los que menos titulaciones han conseguido los que experimentan más directamente los efectos).

Puede adelantarse, sin que ello resulte una paradoja, que las principales víctimas de la devaluación de las titulaciones académicas son aquellos que entran

Tabla 10—Porcentaje de actividad de las mujeres entre los 25 y los 34 años según las titulaciones en 1962 y 1968

	CEP	CAP	BEPC	bachiller	> bachiller
1962	43,8	59,7	59,8	67,1	67,9
1968	46,3	60,6	63,5	74,3	77,5

Fuente: INSEE, *Recensement général de la population de 1968. Résultats du sondage au 1/20ème pour la France entière. Formation*. París. Imprimerie nationale, 1971 (no ha sido posible aislar a las mujeres que no tienen titulación alguna).

en el mercado de trabajo sin poseer ninguna de ellas. En efecto, la devaluación de las titulaciones se acompaña de la progresiva extensión del monopolio de los poseedores de las mismas sobre unas posiciones hasta entonces abiertas a los no titulados, lo que tiene como efecto el limitar la devaluación de las titulaciones al limitar la competencia, pero al precio de una restricción de las posibilidades de carrera que se ofrecen a los no titulados (es decir, "por la puerta pequeña") y de un fortalecimiento de la predeterminación escolar de las posibilidades de trayectoria profesional. Entre los cuadros administrativos medios (hombres entre 25 y 34 años), sólo existía en 1975 un 43,1 % que no tenían ninguna titulación de enseñanza general o sólo tenían el CEP, frente al 56 % en 1962; para los cuadros administrativos superiores las proporciones eran respectivamente del 25,5 % y 33 %, y para los ingenieros, del 12 % y 17,4 %. Por el contrario, la proporción de los poseedores de una titulación de enseñanza superior pasaba entre 1962 y 1975 del 7,4 % al 13,8 % para los cuadros administrativos medios, del 32,2 % al 40,1 % para los cuadros administrativos superiores, y del 68 % al 73,4 % para los ingenieros. De aquí se desprende, para algunos sectores del espacio social y en especial para la función pública, una disminución de la dispersión de los poseedores de las mismas titulaciones entre puestos diferentes y de la dispersión según la titulación académica de los ocupantes de un mismo puesto, o lo que es lo mismo, un fortalecimiento de la dependencia entre la titulación académica y el puesto ocupado.

Se ve que el mercado de los puestos ofertados a la titulación académica no ha cesado de aumentar, en detrimento, por supuesto, de los no titulados. La generalización del reconocimiento otorgado a la titulación académica tiene como resultado, sin lugar a dudas, la unificación del sistema oficial de los títulos y cualidades que dan derecho a la ocupación de unas posiciones sociales, y la reducción de los efectos de aislamiento, vinculados con la existencia de espacios sociales dotados de sus propios principios de jerarquización: sin que por ello la titulación académica llegue nunca a imponerse por completo, al menos fuera de los límites del sistema escolar, como el patrón único y universal del valor de los agentes económicos.

Fuera del mercado propiamente escolar, la titulación vale lo que vale económica y socialmente su poseedor, siendo el rendimiento del capital escolar función del capital económico y social que puede ser dedicado a su valorización. De manera general, los cuadros tienen tantas más probabilidades de acceder a las funciones de dirección en lugar de a las de producción, fabricación, mantenimiento, cuanto más alto es su origen social: el análisis secundario que hemos realizado de la encuesta efectuada por el INSEE en 1964 sobre la movilidad profesional demuestra que el 41,7 % de los hijos de miembros de profesiones liberales y el 38,9 % de los hijos de profesores que son ingenieros, cuadros administrativos superiores o medios, o técnicos en las empresas, ocupan puestos administrativos y de dirección general frente al 25,7 % del conjunto. Por el contrario, el 47,9 % de los hijos de obreros cualificados, el 43,8 % de los hijos de contramaestres y el 41,1 % de los hijos de técnicos cumplen funciones de producción, fabricación o mantenimiento frente al 29,7 % del conjunto. Se sabe también que los cuadros superiores originarios de familias de empleados recibían en 1962 un salario anual medio de 18.027 francos frente a 29.470 francos para los hijos de industriales o de grandes comerciantes; los ingenieros hijos de asalariados agrícolas y de los agricultores autónomos recibían 20.227 francos frente a 31.388 francos para los hijos de industriales y grandes comerciantes.

La transformación de la distribución de los puestos entre los poseedores de titulaciones que se produce automáticamente por el aumento del número de titulados hace que, en cada momento, una parte de los poseedores de las titulaciones —y en primer lugar, sin duda alguna, aquellos que están más desprovistos de medios heredados para hacer valer sus titulaciones— sea víctima de la devaluación. Las estrategias con las que los más expuestos a la devaluación se esfuerzan por luchar a corto plazo (en el curso de su propia carrera) o a largo plazo (mediante estrategias de escolarización de sus hijos) contra esta devaluación constituyen uno de los factores determinantes del aumento de las titulaciones distribuidas, factor que a su vez contribuye a la devaluación. La dialéctica de la devaluación y de la recuperación tiende así a alimentarse a sí misma.

Estrategias de reconversión y transformaciones morfológicas

Las estrategias a las que recurren los individuos y las familias para salvar o mejorar su posición en el espacio social se manifiestan en unas transformaciones que afectan inseparablemente al *volumen* de las diferentes fracciones de clase y a su *estructura patrimonial*.

Para dar una idea aproximada de estas transformaciones, se ha construido una tabla que permite relacionar unos índices de la evolución del volumen de las diferentes fracciones con unos indicadores (por desgracia muy imperfectos) del volumen y de la estructura del capital que dichas fracciones poseen. No habiéndose podido establecer, como se habría deseado, la evolución por categorías afinadas del importe de los ingresos, por una parte, y de la estructura de los mismos, por otra, para el período 1954-1975 (lo que nos ha llevado a reproducir una tabla —12— que presenta esta evolución mediante categorías más imprecisas para el período 1954-1968), se ha indicado, además de la distribución por procedencias de los ingresos, el total de los ingresos declarados a los servicios fiscales, fuente explotada por el INSEE, aun sabiendo que están subestimados en proporciones muy variables: según A. Villeneuve —“Les revenus primaires des ménages en 1975”, *Economie et statistique*, 103, sept. 1978, p. 61— habría que multiplicar por 1,1 los salarios y las remuneraciones, por 3,6 los beneficios agrícolas, por 2,9 las rentas de capitales mobiliarios, etc.; como puede verse, basta con aplicar estas correcciones para situar en su verdadero sitio a las profesiones independientes y en particular a los agricultores y artesanos o a los pequeños comerciantes. Las categorías más ricas (relativamente) en capital económico (tal como puede captarse a través de indicadores de la posesión de valores mobiliarios, propiedades rurales o urbanas, etc.) tienden a sufrir una fortísima regresión como lo muestran la disminución de su volumen (es el caso de los agricultores, artesanos y de los comerciantes e industriales) y el hecho de que la proporción de jóvenes disminuya en ellas o aumente más despacio que en otros casos (el hecho de que la evolución de los 25-34 años sea en los pequeños comerciantes y artesanos igual o ligeramente superior a la del conjunto de la categoría puede explicarse por la llegada de comerciantes y artesanos de un estilo nuevo). Una parte del aumento aparente del capital escolar (y también del económico) en estas categorías se debe, sin duda, al hecho de que el éxodo que ha originado su decadencia numérica les ha afectado sobre todo en sus capas inferiores. Al contrario que las fracciones precedentes, las fracciones ricas en capital cultural (medido, por ejemplo, por el porcentaje de posee-

Tabla 11—Evolución morfológica y estructura patrimonial de las diferentes clases y fracciones de clase (1954-1975)

Volumen en 1975	Propor- ción de hombres en 1975 (%)	Índice de evolución Base 100 en 1954 Conjunto de 20 a 34 años	Evolución del capital escolar en 1962	Evolución del capital escolar en 1975	Ingresos medios por familia (en francos) en 1975	Capital económico Porcentaje de familias poseedoras de (en 1970)	Beneficios indust. y comerc. rentas propiedades urbanas valores inmobiliarios
375 480	88,4	32	27	0,1	27 740	86,0	0,8
1 630 865	65,7	42	26	0,9	22 661	19,3	6,4
1 612 725	61,9	143	146	0,4	27 027	59,4	2,3
2 946 860	73,2	162	185	0,2	35 515	97,7	2,3
2 985 865	86,5	112	128	0,1	39 527	98,2	2,7
443 305	94,1	191	168	0,5	56 692	99,5	4,1
3 104 105	35,0	141	158	0,7	42 785	98,8	2,1
736 595	40,6	167	183	1,3	49 196	97,5	3,4
533 635	88,1	71	88	1,0	50 335	34,1	2,2
912 695	51,8	73	73	2,4	60 160	24,3	93,2
758 990	85,6	39,3	374	7,0	59 005	84,2	2,4
298 455	21,0	269	345	7,7	53 450	84,2	10,0
737 420	36,5	66	66	10,0	54 013	84,2	12,4
59 845	86,5	71	65	55,0	132 594	83,0	26,0
186 915	69,2	103	98	7,3	107 342	99,6	47,5
653 755	83,9	236	233	15,5	132 435	64,0	3,6
256 290	95,6	338	263	7,3	105 989	98,7	2,1
377 215	53,0	469	517	2,7	87 795	97,6	10,4
172 025	77,8	143	130	4,5	150 108	41,0	30,3
asaltados agrícolas				0,2	27 740	86,0	0,8
agricultores autónomos				0,5	22 661	19,3	6,4
peonaje				0,4	27 027	59,4	2,3
obreros especializados				0,2	35 515	97,7	2,3
obreros cualificados				0,1	39 527	98,2	2,7
contramaestres				0,5	56 692	99,5	4,1
empleados para oficina				0,7	42 785	98,8	2,1
empleados de comercio				1,3	49 196	97,5	3,4
artesanos				1,0	50 335	34,1	2,2
pequeños comerciantes				2,4	60 160	24,3	93,2
técnicos				7,0	59 005	84,2	2,4
servicios médico-sociales				7,7	53 450	84,2	10,0
maestros				10,0	54 013	84,2	12,4
industriales				55,0	132 594	83,0	26,0
grandes comerciantes				7,3	107 342	99,6	47,5
cuanteros aduaneros, superintendentes				15,5	132 435	64,0	3,6
ingenieros				7,3	105 989	98,7	2,1
profesores				2,7	87 795	97,6	10,4
profesiones liberales				4,5	150 108	41,0	30,3

Fuentes: INSEE, Censos de 1954, 1962, 1968 y 1975; para la evolución del capital escolar: INSEE, *Recensement général de la population de 1968: résultats du sondage au 120ème pour la France entière*, *Formation*, Paris, Impr. nationale 1971 (este fascículo presenta también los datos sobre formación para el censo de 1962); e INSEE, Censo de 1975, *Tabla de población total de más de 16 años por categoría socio-profesional, edad, sexo, diploma de enseñanza general*. (Datos comunicados por L. Villeneuve para la encuesta de 1970).

Tabla 12—Evolución morfológica y estructura patrimonial de las diferentes clases y fracciones de clase (1954-1968)

Volumen de la categoría (1968)	Índice de evolución de la categoría (1968)	de Forc.	de la evolución de Forc.	de los (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)	de Forc. (base 100 en 1954)
--------------------------------	--	----------	--------------------------	---------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------	-----------------------------

la de agricultores, experimenta una marcada caída, mientras que aumenta la proporción de maestros, técnicos o personal de los servicios médico-sociales. Además, la relativa estabilidad morfológica de un grupo profesional puede encubrir una transformación de su estructura, resultante de la *reconversión en la misma posición* de los agentes presentes en el grupo al comienzo del período (o de sus hijos) y/o de su sustitución por agentes originarios de otros grupos. Así, por ejemplo, la relativamente débil disminución del volumen global de la categoría de los comerciantes, poseedores en su gran mayoría (93 %) de pequeñas empresas individuales, que en parte han debido al aumento del consumo doméstico el poder resistir a la crisis, oculta una transformación de la estructura de esta profesión: el estancamiento o la disminución de los pequeños comercios de alimentación —particularmente afectados por la competencia de los supermercados— o del vestido están casi compensados por un aumento del comercio del automóvil y del relacionado con el mueble y la decoración domésticos, y sobre todo con el comercio deportivo, del ocio y de la cultura (librerías, tiendas de discos, etc.), y de las farmacias. Es posible suponer que incluso dentro del campo de la alimentación, la evolución que las cifras indican enmascara unas transformaciones que conducen a una progresiva redefinición de la profesión, pudiendo coexistir el cierre de tiendas de alimentación general, las más fuertemente afectadas por la crisis, y de panaderías situadas en zonas rurales, con la apertura de *boutiques* de dietética, de productos naturales de las distintas regiones, de alimentos biológicos o de panaderías especializadas en la fabricación artesana del pan. Estas transformaciones de la naturaleza de las empresas comerciales —que son correlativas con las transformaciones, en el mismo período, de la estructura del consumo doméstico, que a su vez está en correlación con el incremento de los ingresos y sobre todo, quizá, con el aumento del capital cultural ocasionado por la traslación de la estructura de las oportunidades de acceso al sistema de enseñanza— están vinculadas por una relación dialéctica con una elevación del capital cultural de los propietarios o de los directivos. Todo hace pensar que la categoría de los artesanos ha experimentado unas transformaciones internas más o menos parecidas a las experimentadas por los comerciantes, al compensar la decadencia de las capas más desfavorecidas del artesanado tradicional el impulso experimentado por el artesanado de lujo y el artesanado artístico, que exigen la posesión de un patrimonio económico pero también la de un capital cultural. Se comprende que la disminución del volumen de estas categorías medias se vea acompañada de una elevación del capital cultural medido por el nivel de instrucción.

Artesanos o comerciantes de lujo, culturales o artísticos, gerentes de “*boutiques*” de confección, revendedores de prendas a las que se les ha quitado la etiqueta de marca, vendedores de vestidos y joyas exóticas u objetos rústicos, de discos; anticuarios, decoradores, propietarios de *boutiques* de objetos “diseño”, fotógrafos, o incluso dueños de restaurantes o patronos de “tabernas” a la moda, “alfareros” provenzales y librerías de vanguardia afanados en prolongar más allá del tiempo de los estudios el estado de indistinción entre el ocio y el trabajo, el militantisismo y el “diletantismo”, característico de la condición de estudiante, vendedores todos ellos de bienes o servicios culturales, encuentran en unas profesiones ambiguas a la medida de sus deseos, en las que el éxito depende por lo menos tanto de la distinción sutilmente desenvuelta del vendedor y de sus productos como de la naturaleza y calidad de las mercancías, un medio de obtener el mejor rendimiento para un capital cultural donde la competencia técnica cuenta menos que la familia-

Tabla 13—Cambios morfológicos en el seno de la clase dominante

	Estructura (%)				Porcentaje anual de variación (%)				Proporción de mujeres (%)			
	1954	1962	1968	1975	1954	1962	1968	1975	1954	1962	1968	1975
grandes comerciantes	22,0	17,0	16,4	11,0	-1,5	0,0	-4,2		29,2	30,2	32,9	30,8
membros de profesiones liberales	11,0	7,9	6,3	3,5	-0,6	3,3	-1,7		14,9	14,2	1,7	13,5
cuadros admvos. sup.	14,6	12,3	10,8	10,1	0,5	2,0	2,9		15,6	17,3	19,3	22,2
ingenieros	33,5	37,0	35,3	38,3	3,9	3,1	5,3		8,6	11,1	13,4	17,1
profesores	9,2	13,5	14,5	15,0	7,8	5,1	4,7		2,1	3,2	3,4	4,4
profesiones literarias y científicas	9,7	12,3	16,6	22,1	5,7	9,3	8,5		39,9	43,0	44,7	47,0

Tabla 14—Cambios morfológicos en el seno de la clase media

	Estructura (%)				Porcentaje anual de variación (%)				Proporción de mujeres (%)			
	1954	1962	1968	1975	1954	1962	1968	1975	1954	1962	1968	1975
artesanos	14,6	11,2	9,3	16,6	-2,1	-0,5	-2,1		18,3	16,0	14,7	11,9
pequeños comerciantes	24,1	20,0	15,4	11,3	-1,2	-1,7	-1,7		51,7	51,3	50,2	48,2
empleados de comercio	8,5	9,0	9,4	9,1	1,9	3,4	2,4		52,0	57,0	57,7	59,4
empleados de oficina	31,3	33,2	35,7	38,5	1,9	3,9	3,0		53,0	59,4	61,9	65,0
cuadros admvos. medios	10,2	11,0	11,1	12,0	2,0	2,8	3,9		24,6	31,9	34,9	44,9
maestros	7,4*	7,4	8,4	9,1	4,1*	4,9	4,0		68,3*	65,1	62,7	63,5
técnicos	3,7	6,1	8,0	9,4	7,5	7,5	5,2		7,1	7,9	11,3	14,4
membros de los servicios médico-sociales	1,9	2,6	3,7		7,8	8,1			84,8	83,2	79,0	

* Comprendiendo en ellos los miembros de los servicios médico-sociales

Fuente: L. Thévenot. «Las categorías sociales en 1975: l'extension du salariat», *Economie et statistique*, 91, julio-agosto 1977, pp. 4-5. Los datos de esta tabla proceden de un análisis exhaustivo de los censos de 1954 y 1962, del sondeo al 25% de la población realizado en 1968 y del sondeo al 20% de la misma realizado en 1975. Constituyen los más precisos datos comerciales de que se puede disponer sobre este período.

Se sabe que entre 1954 y 1975 la estructura de la población activa se ha modificado notablemente: mientras que el porcentaje de agricultores en general, autónomos y asalariados, pasaba del 26,7% al 9,3% y el porcentaje de obreros aumentaba muy ligeramente (del 33,8% al 37,7%), el conjunto de la clase media conocía un alto porcentaje de incremento (pasando del 27% al 37% de la población activa) debido —como lo muestra la tabla 14— al aumento de la población asalariada en este sector, y la clase dominante veía pasar sus efectivos del 4,3% al 7,8%.

ridad con la cultura de la clase dominante y el dominio de los signos y emblemas de la distinción y del gusto. Todos estos rasgos predisponen a este nuevo tipo de artesanado y de comercio con una fuerte inversión cultural, que permite rentabilizar la herencia cultural transmitida directamente por la familia, a servir de refugio a los hijos de la clase dominante eliminados por la Escuela.

Tiempo para comprender

Entre los efectos más importantes del proceso de inflación de las titulaciones académicas y de la correlativa devaluación que, poco a poco, ha forzado a todas las clases y fracciones de clase, comenzando por las más grandes usufructuarias de la escuela, a intensificar sin descanso su utilización de la misma y a contribuir así por su parte a la superproducción de titulaciones, el principal es, sin duda alguna, el conjunto de estrategias que los poseedores de titulaciones devaluadas han elaborado para mantener su posición heredada o para obtener de sus títulos el equivalente real de aquello que garantizaban en un estado anterior de la relación entre las titulaciones y los puestos.

Al saber que lo que garantiza la titulación académica, más próxima en esto al título de nobleza que a esa especie de título de propiedad que de la misma hacen las definiciones estrictamente técnicas, es infinitamente más, y algo distinto, en la experiencia social, que el derecho a ocupar una posición y la capacidad para desempeñarla, es fácil imaginar que los poseedores de titulaciones devaluadas sean poco dados a darse cuenta (cosa siempre difícil) —y a confesárselo a sí mismos— de la devaluación de aquellas con las que se sienten fuertemente identificados, tanto objetivamente (puesto que en gran medida son constitutivos de su *identidad social*) como subjetivamente. Pero la preocupación por salvaguardar la estima de sí mismo que lleva a asirse al *valor nominal* de los títulos y de los puestos no llegaría a sostener e imponer el desconocimiento de esta devaluación si no encontrara la complicidad de mecanismos objetivos, entre los cuales los más importantes son la *hítesis* de los *habitus*, que lleva a aplicar al nuevo estado del mercado de las titulaciones unas categorías de percepción y apreciación que corresponden a un estado anterior de las posibilidades objetivas de evaluación, y la existencia de unos mercados relativamente autónomos en los que el debilitamiento del valor de las titulaciones académicas se opera a un ritmo más lento.

El efecto de *hítesis* es tanto más marcado cuanto mayor es la distancia con el sistema escolar y tanto más débil o más abstracta es la información sobre el mercado de las titulaciones académicas. Entre las informaciones constitutivas del capital cultural heredado, una de las que más valor tienen es el conocimiento práctico o intelectual de las fluctuaciones del mercado de las titulaciones académicas, el *sentido de la inversión* que permite obtener el mejor rendimiento del capital cultural heredado en el mercado escolar o del capital escolar en el mercado laboral, sabiendo, por ejemplo, abandonar a tiempo las vías o carreras devaluadas para orientarse hacia vías o carreras de porvenir, en lugar de aferrarse a los valores escolares que procuraban los más altos beneficios en un estado anterior del mercado. La *hítesis* de las categorías de percepción y apreciación hace, por el contrario, que los poseedores de titulaciones devaluadas de alguna manera se hagan cómplices de su propia mistificación puesto que, mediante un efecto típico de

alodoxia, conceden a las titulaciones devaluadas que les otorgaron, un valor que no les es reconocido objetivamente: así se explica que los más desprovistos de información sobre el mercado de las titulaciones, que desde hace mucho tiempo saben reconocer el debilitamiento del salario real que hay detrás del mantenimiento del salario nominal, puedan continuar aceptando y buscando el “papel moneda” académico que reciben en pago de sus años de estudios (y ello aunque sean los primeros afectados, al estar faltos de capital social, por la devaluación de las titulaciones).

El apego a una antigua representación del valor de titulación que la *hítesis* del *habitus* favorece sin duda, contribuye a la existencia de mercados donde las titulaciones pueden escapar (por lo menos en apariencia) a la devaluación; en efecto, el valor objetiva o subjetivamente vinculado a una titulación académica sólo se define dentro de la totalidad de los usos sociales que de ella puede hacerse. Así es como la evaluación de las titulaciones que se efectúa en los grupos de interconocimientos más directamente vividos, como el conjunto de parientes, de vecinos, de condiscípulos (la “promoción”), de colegas, puede contribuir a enmascarar bastante los efectos de la devaluación. Todos estos efectos de desconocimiento individual y colectivo no tienen nada de ilusorios puesto que pueden orientar de manera real las prácticas y, en particular, las estrategias individuales y colectivas que intentan afirmar o restablecer en la objetividad el valor subjetivamente atribuido a la titulación o al puesto y que pueden también contribuir a determinar la revalorización real de ambos.

Conociendo que en las transacciones en las que se define el valor de mercado de la titulación académica, la fuerza de los vendedores de la fuerza de trabajo depende, si se deja de lado su capital social, del valor de sus titulaciones escolares y ello tanto más estrechamente cuanto más rigurosamente codificada esté la relación entre la titulación y el puesto (lo que ocurre en las posiciones establecidas, por oposición a las nuevas posiciones), se ve que la devaluación de las titulaciones académicas sirve directamente los intereses de los poseedores de puestos: si los poseedores de titulaciones están totalmente a favor del valor nominal de las mismas —esto es, de lo que por derecho éstas garantizaban en el estado anterior—, los poseedores de puestos están totalmente a favor del valor real, el que se determina en el momento considerado en la competencia entre los titulados (los efectos de esta especie de descalificación estructural vienen a añadirse a todas las estrategias de descalificación elaboradas por las empresas desde hace mucho tiempo). En esta lucha tanto más desigual cuanto menos valor relativo tiene una titulación en la jerarquía de las titulaciones y más devaluada esté, puede ocurrir que el poseedor de alguna titulación no tenga otro recurso, para defender el valor de la suya, que el de rehusar vender su fuerza de trabajo al precio que se le ofrece; la opción de permanecer en paro reviste entonces el sentido de una huelga (individual)³⁵.

³⁵ El estudio de la evolución de las demandas y de las ofertas de empleo permite hacerse una idea, sin duda completamente parcial e imperfecta, del desajuste entre las aspiraciones de los agentes y los empleos que de manera efectiva les proporcionan: se observa así que desde septiembre de 1958 a septiembre de 1967, el número de solicitantes de empleo con edades menores de 18 años se había casi triplicado mientras que el número de ofertas de empleo permanecía estacionario; el desajuste es particularmente importante en lo que concierne a los empleos de oficina y asimilados, que son los más buscados: las demandas con respecto a estos empleos representan el 30,2 % del conjunto de las demandas, mientras que las ofertas correspondientes no representan más que el 3,3 % del conjunto de las

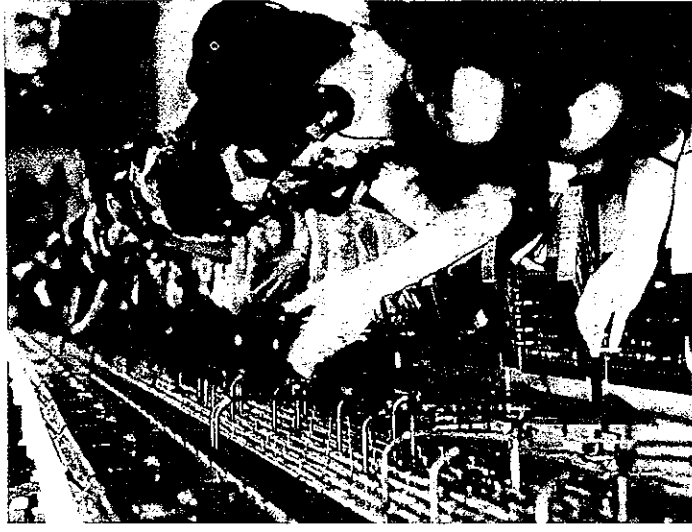
Una generación engañada

El desajuste entre las aspiraciones que el sistema de enseñanza produce y las oportunidades que realmente ofrece, en una fase de inflación de las titulaciones, es un hecho estructural que afecta, en diferentes grados según la singularidad de las mismas y según el origen social, al conjunto de los miembros de una generación escolar. Las clases recientemente llegadas a la enseñanza secundaria están expuestas a esperar de ella, por el sólo hecho de haber tenido acceso a la misma, lo que proporcionaba en el tiempo en que estaban prácticamente excluidas de dicha enseñanza. Estas aspiraciones que, en otros tiempos y para otro público, eran perfectamente realistas, puesto que se correspondían con unas posibilidades objetivas, son frecuentemente desmentidas, con mayor o menor rapidez, por los veredictos del mercado escolar o del mercado laboral. La menor paradoja de lo que se denomina la "democratización escolar" no es que habrá sido preciso que las clases populares, que hasta entonces no pensaban demasiado en la ideología de la "escuela liberadora" o la aceptaban sin saber lo que era, pasen por la enseñanza secundaria para descubrir, mediante la relegación y la eliminación, a la escuela conservadora. La desilusión colectiva que resulta del desajuste estructural entre las aspiraciones y las oportunidades —entre la identidad social que el sistema de enseñanza parece prometer y la que propone a título provisional y la identidad social que realmente ofrece, al salir de la escuela, el mercado de trabajo— se encuentra en la base de la desafección con respecto al trabajo y de las manifestaciones del rechazo de la *finitud social*, que está en la raíz de todas las fugas y de todos los rechazos constitutivos de la "contra-cultura" adolescente. Sin duda esta discordancia —y el desencanto que en ella se engendra— reviste formas objetiva y subjetivamente distintas según las clases sociales. Así es como, para los hijos de la clase obrera, el paso por la enseñanza secundaria y por el ambiguo estatus de "estudiante" provisionalmente liberado de las necesidades del mundo del trabajo, tiene como efecto el de introducir fracasos en la dialéctica de las aspiraciones y oportunidades que llevaba a aceptar, a veces con impaciencia (como ocurría con los hijos de mineros que identificaban su entrada en el estatus de hombre adulto con su bajada a la mina), casi siempre como inevitable, el destino social. El malestar en el trabajo que sienten y expresan de forma particularmente viva las víctimas más evidentes del desclasamiento, como esos bachilleres condenados a un papel de OS o de cartero, es, en cierta manera, común a toda una generación; y si se expresa en formas de lucha, de reivindicación o de evasión insólitas, a menudo mal comprendidas por las tradicionales organizaciones de lucha sindical o política, es porque está en juego algo más y distinto que el puesto de trabajo, la "situación", como se decía antaño. Profundamente dudosos de su identidad social, de su propia imagen, por un sistema escolar y un sistema social que les han pagado con vanas promesas, no pueden restablecer su integridad personal y social de otra forma que oponiendo a estos veredictos un rechazo global. Todo ocurre como si sintieran que lo que está en

mismas. La mayor parte de los jóvenes que se encuentran buscando empleo parecen por lo menos tan preocupados por obtener uno que se corresponda con su cualificación como por tener un salario conforme con sus aspiraciones: el 44 % no aceptarían un empleo que no se correspondiera con su cualificación; el 35 % rechazarían percibir un salario inferior al que piensan que pueden pretender (véase M. MANGENOT, N. ALISÉ, F. REMOUSSIN, *Les jeunes face à l'emploi*, París, Ed. Universitaires, 1972, p. 230).



Las nuevas cadenas



Los desencantados

"Primero hice encuestas. Había encontrado a un amigo de L. que las hacía. Yo tenía la lista de todas las empresas de encuestas de París. Telefoné, busqué durante dos meses y al final pues encontré. Después, al cabo de varios meses, ya no me han vuelto a llamar más, ya no les quedaban encuestas. Tenía derecho al paro (1.000 francos al mes) y así hemos vivido siete meses, después me fui a la vendimia durante dos meses. Luego he vuelto a hacer encuestas durante siete meses más o menos, yo estaba harta, he dejado la empresa, allí dentro no había más que lesbianas que daban el trabajo a su capricho, me fui. De todas maneras mi marido y yo trabajamos un poco por turno. En un tipo de sociedad así el trabajo no es esencial para mí. Si se concibiera como en China, quizá yo pudiera trabajar diez horas diarias" (F., 24 años, casada, bachillerato y algunos meses en la facultad de letras, padre rentista).

"Cuando no se ha conseguido terminar el bachillerato, uno ya se ha quedado en la cuneta; en un momento dado ya no hay orientación que valga y además los trabajos que se encuentran no son trabajos a los que se les vea la utilidad.

Siempre he hecho trabajos poco apasionantes, entonces ahorro lo que puedo para poder parar algunos meses. De todos modos, me gusta parar para no dejarme ganar por la costumbre.

Después de mi fracaso con el examen final de bachillerato, estuve en un campamento al aire libre durante las vacaciones. Después encontré un trabajo en un periódico de Dreux. Era redactor en prácticas, pero al cabo de dos meses necesitaba sacar el carnet de periodista para poder ser redactor fijo, y entonces pasé a trabajar como destajista en esa tarea, y además no debía encajar bien con ellos. Todo lo que escribía era corregido y deformado. También hacía fotos. Pero existían unas relaciones de fuerza en el trabajo, yo no era bastante combativo y además no tenía ganas de pelearme. Al cabo de seis meses ya no me daban trabajo y me fui. Después de esto me dejé enganchar por el mito de la administración, y me inscribí para trabajar en los P.T.T. Estuve seleccionando cartas tres semanas. Esto me encogió el corazón, caí en un mundo de trabajo que no conocía. No son las personas las que me han impresionado sino quizá las relaciones entre ellas, la denuncia, no existía ningún tipo de solidaridad. Al cabo de tres semanas presenté la dimisión: éramos cinco auxiliares, y hubo uno al que echaron de la noche a la mañana (se había tomado un cuarto de hora de más en el descanso) y entonces todos presentamos la dimisión. Lo que es el colmo es que tú acabas de fracasar en tu bachillerato y que los estudios no te han interesado nunca, y en seguida te encuentras considerado como un intelectual.

Luego a través de la A.N.P.E. encontré un trabajo de contabilidad en un organismo de regularización de la carne de bovino. En seguida hubo una historia de una prima de mercado que no se repartía entre todo el mundo y entonces, después de una agarrada, me largué. Y así pasaron otros dos meses y medio. En septiembre estuve un mes en la vendimia y después volví a la A.N.P.E. para tratar de encontrar trabajo. He sido mensajero en una *mobyette* durante seis meses. Es la cosa más dura que he hecho en mi vida. Es un trabajo infernal, pronto estás completamente "paranoico" en tu *mobyette*, tienes la impresión de que todos quieren tu pellejo; lo he dejado, ya tenía bastante.

Después de dos meses de paro, me inscribí en la S.C.N.F., estuve contratado en algo relacionado con las vacaciones, hacía reservas electrónicas (operador o algo parecido...) y allí duré cuatro meses pero me fui porque tenía la intención de irme a vivir al campo, y desde entonces sigo aquí" (G., 21 años, no consiguió obtener el título de bachillerato D, padre agente de policía, madre asistente).

Véase C. Mahey, "Recherche de travail y temps de chômage", entrevistas a 50 jóvenes trabajadores sin empleo, *L'entrée dans la vie active*, Cahiers du centre d'études de l'emploi, 15, París, PUF, 1977, pp. 479-658.

juego no es ya, como antes, un fracaso individual vivido —con los estímulos del sistema escolar— como imputable a las limitaciones de la persona, sino la propia lógica de la institución escolar. La descalificación estructural que afecta al conjunto de los miembros de esta generación, destinados a obtener de sus titulaciones menos de lo que hubiera obtenido de ellas la generación precedente, se encuentra en la base de una especie de desilusión colectiva que lleva a esta generación engañada y desengañada a hacer extensiva a todas las instituciones la rebeldía unida al resentimiento que le inspira el sistema escolar. Esta especie de carácter anti-institucional (que se nutre de crítica ideológica y científica) conduce, en última instancia, a una especie de denuncia de unos supuestos tácitamente asumidos en el orden social, a una suspensión práctica de la adhesión dóxica a las metas que éste propone, a los valores que profesa, y al rechazo de las inversiones que constituyen la condición *sine qua non* para su funcionamiento.

Puede comprenderse que el conflicto entre las generaciones —que se expresa no sólo en el seno de las familias sino también en la institución escolar, en las organizaciones políticas o sindicales y sobre todo, quizá, en el medio de trabajo, siempre que, por ejemplo, unos autodidactas a la antigua usanza, que empezaron hace treinta años con un certificado de estudios o un diploma de enseñanza general y una inmensa buena voluntad cultural, se encuentran enfrentados a unos jóvenes bachilleros o a unos autodidactas de nuevo estilo que llevan con ellos a la institución su carácter anti-institucional— tome a menudo la forma de un conflicto final sobre los propios fundamentos del orden social: más radical y también más problemático que el conflicto político en su forma ordinaria, esta especie de carácter desencantado que evoca el de la primera generación romántica, dirige sus ataques, en efecto, contra los dogmas fundamentales del orden pequeño-burgués, "carriera", "situación", "promoción", "progreso".

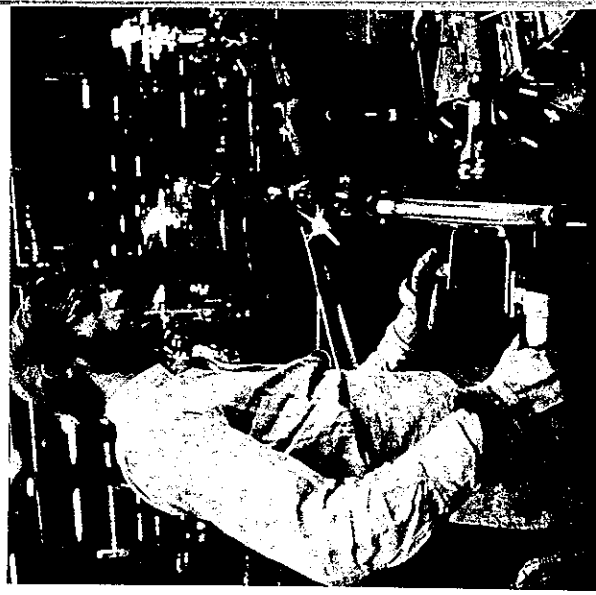
La lucha contra el desclasamiento

La contradicción específica del modo de reproducción con componente escolar reside en la oposición entre los intereses de la clase que la Escuela sirve *estadísticamente* y los intereses de los miembros de esta clase que la misma sacrifica, es decir, los de aquéllos que se denominan "fracasados" y que se ven amenazados de desclasamiento al no poseer las titulaciones formalmente exigidas a los miembros de pleno derecho; sin olvidar a los poseedores de titulaciones que "normalmente" dan derecho —"normalmente", es decir, en un estado anterior de la relación entre las titulaciones y los puestos— a una profesión burguesa que, no siendo originarios de la clase, no cuentan con el capital social necesario para obtener el pleno rendimiento de sus titulaciones académicas. La superproducción de titulaciones y su consecuencia, la correspondiente devaluación de las mismas, tienden a devenir una constante estructural cuando se ofrecen a todos los hijos de la burguesía (tanto los últimos como los primogénitos, tanto las chicas como los chicos) unas probabilidades teóricamente iguales de obtener determinadas titulaciones, mientras que aumenta también (en números absolutos) el acceso de las otras clases a esas titulaciones. Las estrategias que emplean los unos para intentar escapar al desclasamiento e incorporarse a su trayectoria de clase y los otros para

prolongar el curso interrumpido de una trayectoria que se daba por descontada, constituyen en la actualidad uno de los factores más importantes de la transformación de las estructuras sociales: en efecto, las estrategias individuales de recuperación que permiten a los poseedores de un capital social de relaciones heredadas suplir la ausencia de titulaciones u obtener el máximo rendimiento de las que han podido conseguir, mediante su orientación hacia regiones todavía poco burocratizadas del espacio social (donde las disposiciones sociales cuentan más que las "competencias" escolarmente garantizadas), se conjugan con las estrategias colectivas de reivindicación que intentan hacer valer las titulaciones y obtener de ellas la contrapartida que les estaba asegurada en un estado anterior, para favorecer la creación de un gran número de *posiciones semi-burguesas*, nacidas de la redefinición de antiguas posiciones o de la invención de posiciones nuevas y bien proyectadas para evitar el desclasamiento a los "herederos" desprovistos de titulaciones, y para ofrecer a los advenedizos una contrapartida aproximada a sus devaluados títulos.

Las estrategias que emplean los agentes para evitar la devaluación de las titulaciones correlativa a la multiplicación de los titulados encuentran su fundamento en el desajuste, particularmente señalado en ciertas coyunturas y en ciertas posiciones sociales, entre las oportunidades objetivamente ofrecidas en un momento dado del tiempo y las aspiraciones realistas, que no son otra cosa que el producto de un estado distinto de las oportunidades objetivas: este desajuste es, con frecuencia, el efecto de una decadencia con respecto a la trayectoria individual o colectiva que se encontraba inscrita como potencialidad objetiva en la posición anterior y en la trayectoria que conducía a esa posición. Este efecto de *trayectoria interrumpida* hace que las aspiraciones, a semejanza de un proyectil arrastrado por su propia

Mientras que en 1962 únicamente el 1,5 % de los obreros especializados con edades comprendidas entre los 15 y los 24 años están en posesión del BEPC y el 0,02 tienen el baccalauréat o un título superior, en 1975 los porcentajes correspondientes son del 8,2 % y del 1,0 %. Entre los empleados, en los que en 1962, e incluso entre los de más edad, se contabilizaba una proporción relativamente alta de poseedores de titulaciones, la proporción de los diplomas más importantes aumenta más rápidamente entre los jóvenes que entre los de más edad, de manera que la proporción de titulaciones elevadas deviene más alta en los primeros que en los segundos (en 1962, el 25 % de los empleados de edades comprendidas entre los 15 y los 24 años tenían el diploma de estudios del primer ciclo de enseñanza secundaria, el 2 %, el título de bachiller, el 0,2 %, un título de facultad o gran escuela, frente al 38 %, 8 % y 1,7 % en 1975, siendo los porcentajes correspondientes para los de más edad del 16,1 %, 3,3 % y 1,4 % respectivamente). Además de todas las transformaciones en las relaciones entre colegas de generaciones diferentes que se encuentran inscritas en estas distribuciones, es preciso tener en cuenta las transformaciones en las relaciones con el trabajo que resultan de la instalación en unos *puestos a menudo degradados* (con la automatización y todas las formas de mecanización de las tareas que hacen de numerosos empleados los obreros especializados (OS) de las grandes burocracias) de agentes provistos de *titulaciones más altas* que en el pasado. Todo permite suponer que la oposición entre el rigor un poco estricto de los de mayor edad y la relajación, percibida sin duda como negligencia, de los más jóvenes, con la combinación, en particular, de la barba y los cabellos largos, atributos tradicionales de la bohemia, expresa otra cosa que un simple enfrentamiento entre generaciones.



inercia, tracen, por encima de la trayectoria real —la del hijo y la del nieto del político que se han hecho ingeniero comercial o psicólogo, o la del licenciado de derecho que, no teniendo capital social, se ha hecho animador cultural— una trayectoria no menos real y que en todo caso no tiene nada de imaginaria en el sentido que de ordinario se da a este término: inscrita en lo más profundo de las disposiciones, esta imposible potencialidad objetiva, especie de esperanza o de promesa traicionada, es lo que puede reconciliar, a despecho de todas las diferencias, a los hijos de la burguesía que no han obtenido del sistema escolar los medios para proseguir la trayectoria más probable para su clase, y a los hijos de las clases medias y populares que, careciendo de capital cultural y social, no han obtenido de sus titulaciones académicas lo que éstas aseguraban en otro estado distinto del mercado, dos categorías particularmente impulsadas a orientarse hacia las nuevas posiciones.

Aquellos que intentan escapar al desclasamiento pueden, en efecto, o bien producir nuevas profesiones más ajustadas a sus pretensiones (fundadas socialmente en un estado anterior de las relaciones entre las titulaciones y los puestos), o bien acomodar confortablemente a sus pretensiones, mediante una redefinición que implique una revalorización, aquellas profesiones a las que sus titulaciones les dan acceso³⁶. La llegada a un puesto de agentes que, dotados de titulaciones distintas de las de sus ocupantes ordinarios, introducen en su relación con el puesto —considerado tanto en su definición técnica como en su definición social— aptitudes, disposiciones y exigencias desconocidas, lleva consigo necesariamente unas transformaciones del mismo: entre las que se observan cuando los recién llegados poseen titulaciones superiores, las más visibles son el *acrecentamiento de la división del trabajo* que resulta de la autonomización de una parte de las tareas que hasta entonces estaban teóricas o prácticamente aseguradas por unas profesiones con una extensión más amplia (piénsese en la diversificación de las profesiones de enseñanza o de asistencia), y, a menudo, la redefinición de las carreras vinculada con la aparición de reivindicaciones nuevas tanto en su forma como en su contenido. Todo permite suponer que la amplitud de la redefinición de un puesto que resulta del cambio de las propiedades escolares de sus ocupantes —y de todas las propiedades asociadas— tiene todas las probabilidades de ser tanto mayor cuanto más importante es la *elasticidad* de la definición técnica y social del mismo (la cual es probable que aumente conforme más alto sea el puesto dentro de su jerarquía), y cuanto más elevado sea el origen social de los nuevos ocupantes, que estarán, por consiguiente, menos inclinados a aceptar las ambiciones limitadas, progresivas y previsibles en la escala de toda una vida, de los pequeños-burgueses normales. Estas dos propiedades

³⁶ Contra la representación realista e inmovilista que se encuentra implicada en algunas tradiciones de la sociología del trabajo, es preciso recordar que el *puesto* no es reducible ni al puesto teórico, es decir, a la actividad tal como puede ser descrita en los reglamentos, circulares, organigramas, ni al puesto real tal como puede ser descrito mediante la observación de la actividad real del que lo ocupa, ni siquiera a la relación entre los dos. En verdad, los puestos, tanto en su definición teórica como en su realidad práctica, constituyen la apuesta de las luchas permanentes que pueden enfrentar a los que los ocupan con sus superiores o sus subordinados o con los ocupantes de puestos próximos y competidores, o incluso entre ellos mismos (por ejemplo entre los antiguos y los recién llegados, los titulados y los no titulados, etc.). Los pretendientes a un puesto o sus ocupantes actuales pueden tener interés en redefinir en hecho y/o en derecho el puesto de tal manera que no pueda ser ocupado por otros que no sean los poseedores de propiedades idénticas a las suyas (véanse las luchas entre los antiguos alumnos de la ENA y de la X, o en las clases medias entre las enfermeras de las diferentes generaciones).

des no son, sin duda, independientes: en efecto, bien porque se vean llevados por su sentido de la inversión rentable o por su preocupación de no degradarse al orientarse hacia las profesiones establecidas, particularmente odiosas en su transigente univocidad, los hijos de la burguesía amenazados de desclasamiento se dirigen prioritariamente hacia las más indeterminadas de las antiguas profesiones y hacia los sectores donde se elaboran las nuevas profesiones. El efecto de redefinición creadora se observa sobre todo en las ocupaciones que tienen una mayor dispersión y están poco profesionalizadas, y en los sectores más nuevos de la producción cultural y artística, como las grandes empresas públicas o privadas de producción cultural (radio, televisión, *marketing*, publicidad, investigación en ciencias sociales, etc.), en los que los puestos y las carreras no han adquirido todavía la rigidez de las viejas profesiones burocráticas y el reclutamiento aún se hace, casi siempre, por cooptación, es decir, en base a las “relaciones” y a las afinidades de *habitus*, mucho más que en nombre de las titulaciones académicas (de suerte que los hijos de la burguesía parisense, que tienen más oportunidades de acceder a los estatus intermedios entre los estudios y la profesión que ofrecen, por ejemplo, las grandes burocracias de la producción cultural, y que pueden “mantenerse” en ellas mucho más tiempo, en lugar de entrar directamente en una ocupación bien definida pero definitiva —como la de profesor—, tienen más probabilidades de entrar y de triunfar en unas profesiones que las titulaciones específicas —diploma del Instituto de altos estudios cinematográficos o de la Escuela técnica de foto y cine, licenciatura de sociología o de psicología, etc.— no abren, en realidad, más que a aquellos que se encuentran en condiciones de añadir a sus títulos formales unos títulos reales)³⁷.

El peso relativo de las diferentes categorías que participan en el sistema de producción cultural se ha transformado profundamente en el curso de los dos últimos decenios; las nuevas categorías de productores asalariados surgidas del desarrollo de la radio y la televisión o de los organismos públicos o privados de investigación (en especial en ciencias sociales) han conocido un considerable aumento, así como también el profesorado, sobre todo en sus capas inferiores, mientas que decaen las profesiones artísticas y las jurídicas, esto es, el artesano intelectual; estos cambios morfológicos, que se acompañan con el desarrollo de nuevas entidades para la organización de la vida intelectual (comisiones de reflexión, coloquios, debates, etc.) y de nuevos modos institucionalizados de comunicación (productores intelectuales más directamente subordinados a la demanda de los poderes económicos y políticos, y portadores de nuevos modos de pensamiento y de expresión, de nuevas temáticas y de nuevas maneras de concebir el trabajo intelectual y la función del intelectual. Pudiera ser que estas transformaciones, a las que hay que añadir el considerable acrecentamiento de la población de estudiantes, situados en una posición de aprendizajes intelectuales, y el desarrollo de todo un conjunto de profesiones semi-intelectuales, hubieran tenido como principal efecto el de proporcionar a la producción “intelectual” aquello de lo que antes sólo podía

³⁷ Estas nuevas estrategias vienen a unirse o a reemplazar a unas estrategias ya experimentadas, como la concesión de una ayuda financiera directa, especie de herencia anticipada, o la reconversión del capital social de la familia en un rico patrimonio, o también la orientación hacia mercados menos tensos, donde la rentabilidad del capital económico, cultural o social es más alta (como en otros tiempos lo fueron las colonias o unas instituciones prestigiosas, o por lo menos honorables, como podían ser el ejército o la iglesia, cuyo acceso no estaba subordinado ni a la posesión de capital económico ni siquiera a la posesión de capital cultural).

disponer el "arte burgués", esto es, un público lo suficientemente importante como para justificar el desarrollo y el funcionamiento de entidades de producción y difusión específicas, y la aparición, en las márgenes del campo universitario y del intelectual, de una especie de alta vulgarización —de la que los "nuevos filósofos" representan el espécimen límite—. (Sobre la evolución de las diferentes categorías socio-profesionales, véase L. Thévenot, "Les catégories sociales en 1975. L'extension du salariat", *Economie et statistique*, n.º 91, julio-agosto 1977, pp. 3-31; y sobre el desenvolvimiento regular, entre 1962 y 1975, del sector de los "estudios y asesoramientos prestados a las empresas" —asesores jurídicos, contables y financieros, publicitarios, estudios de arquitectura, etc.—, que emplea a muchas mujeres y constituye una importante salida para los diplomados, véase P. Trogan, "Croissance régulière de l'emploi dans les activités d'études et de conseils", *Economie et statistique*, n.º 93, oct. 1977, pp. 73-80).

Pero el lugar por excelencia de esta forma de cambio debe buscarse en todo el conjunto de profesiones que tienen en común el asegurar el máximo rendimiento al capital cultural transmitido de forma más directa por la familia, buenas maneras, buen gusto o encanto físico: profesiones artísticas o semi-artísticas, inte-

L. AUBRE
8 avril 1966

Cette école où l'on acquiert la « classe »

Si vous pensez, Madame, que votre mari n'est pas le parfait gentleman que vous aimiez avoir à vos côtés; si vous trouvez, Mademoiselle, que votre fiancé, ou votre soupirant, manque de raffinement, donnez-lui donc cette adresse avec tact: 50, rue de Pontlieu. C'est là, en effet, que Claude Lellief, déjà directrice de la célèbre école de mannequins Lucky, vient d'ouvrir la première « école de bon goût et de galanterie française ».

Les élèves — dont l'âge varie entre 18 et 60 ans — y apprennent, en dix leçons particulières d'une heure et demie, à s'habiller avec chic et recherche (tout comme Cory Grant et le duc de Windsor, qui figurent parmi les hommes les plus élégants du monde), à se conduire d'une manière irréprochable, à bien se tenir à table, à connaître les fleurs et à les offrir.

On se familiarise également avec le façon de marcher comme un grand de ce monde et d'arrêter discrètement (ce que, parait-il, une personne sur sept sait faire). En un mot, cette école de bon goût dispense ce qui paraît pour impossible à acquérir: la classe. Les reprises lentes du sexe faible, quant à elles, y apprendront l'art de descendre d'une voiture sans attirer les regards indiscrets des messieurs et de repousser avec tact les avances d'un patron trop entreprenant.

Les célibataires désolés se perfectionneront avant une réunion supplémentaire de fréquenter cet établissement: Michael, fils d'un grand diplomate, qui tient à conserver l'anonymat, a mis au point un « cours accéléré de séduction » dont les leçons ouvrent — affirme-t-il — tous les cœurs féminins.

Esa escuela en la que se adquiere "clase"

Si usted cree, señora, que su marido no es el perfecto caballero que le gustaría tener a su lado; si usted encuentra, señorita, que su novio, o su pretendiente, no tiene el suficiente refinamiento, déle, pues, con tacto, la siguiente dirección: 50 rue de Pontlieu. Es ahí, en efecto, donde Claude Lellief, hasta ahora directora de la célebre escuela de maniqués Lucky, acaba de abrir la primera "escuela de buen gusto y de galantería francesa".

Los alumnos — los de 18 años hasta los de 60 años — aprenden en ella, en diez lecciones particulares de una hora y media, a vestirse con elegancia y refinamiento (todo como Cory Grant y el duque de Windsor, que figuran entre los hombres más elegantes del mundo), a portarse de una manera impecable, a conducirse con elegancia en la mesa, a conocer las flores y a saber regalarlas.

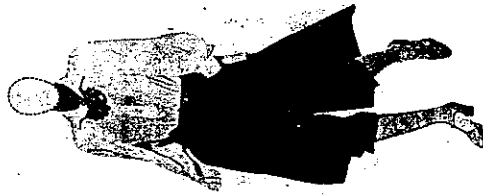
Se familiarizan también con la forma de andar como un grande de este mundo y con la de estornudar con discreción (lo que, al parecer, sólo una persona entre diez sabe hacer). En una palabra, esta escuela de buen gusto enseña lo que parecía imposible de adquirir: la clase. Por lo que se refiere a las repeticiones lentes del sexo débil, adquirirán en ella el arte de bajar de un vehículo sin arder las ruedas traseras de los caballeros y el de manejar con tacto las insinuaciones de un jefe demasiado atrevido.

Los solteros que desean perfeccionarse tendrán una razón suplementaria para visitar este establecimiento: Michael, hijo de un importante diplomático, que desea conservar el anonimato, ha preparado un "curso acelerado de seducción" cuyas lecciones abren — según él afirma — todos los corazones femeninos.

lectuales o semi-intelectuales, asesoras (psicólogos, orientadores, ortofonistas, es-teticistas, consejeros conyugales, dietéticos, etc.), profesiones pedagógicas o para-pedagógicas (educadores, animadores culturales, etc.), profesiones de presentación y de representación (animadores de turismo, azafatas, guías artísticos, presentadores de radio o de televisión, agregados de prensa, etc.).

La necesidad que tienen las burocracias públicas y sobre todo las privadas de ejercitar funciones de recepción y acogida que difieren profundamente, tanto por su amplitud como por su estilo, de las que tradicionalmente confiaban a hombres (diplomáticos, miembros de gabinetes ministeriales) originarios frecuentemente de las fracciones más ricas en capital social de la clase dominante (aristocracia, burguesía con tradición) y también más ricas en técnicas de sociabilidad indispensables para el mantenimiento de este capital, ha determinado la aparición de todo un conjunto de profesiones femeninas y de un *mercado legítimo para las propiedades corporales*. El hecho de que algunas mujeres obtengan un beneficio profesional de su encanto, de que la belleza reciba así un valor en el mercado de trabajo, ha contribuido sin duda a determinar, además de numerosos cambios en las normas del vestido, de la cosmética, etc., todo un conjunto de transformacio-

DEUXIEME EPISODE: COMMENT MAIGRIR SANS S'USER LA VOLONTE



Une profession qui prolonge votre vocation de femme.

Une femme, selon Monsieur TUNON — Président-fondateur de l'École de la Femme — n'est pas une femme, qui vous rend service avec la volonté, la gentillesse, l'amabilité, la joie de vivre de celle qui est chère à son mari ?

Car l'homme, dans l'exercice de sa profession, met en valeur en premier lieu ses qualités de femme et prolonge sa vocation féminine.



La classe, l'élégance, la distinction, la grâce, toutes ces qualités qui concourent à la réussite professionnelle d'une femme sont indispensables au succès de la vie personnelle. Et c'est pourquoi la profession d'homme, c'est vouloir aussi donner à sa propre vie équilibre et harmonie.

Una profesión que prolonga vuestra vocación de mujer

Una mujer, según el Sr. Tunon —Presidente-fundador de la Escuela de la Mujer— es "una muchacha", una mujer joven, que os sirve sonriendo".

¿Ha comprobado usted alguna vez la gentileza, la amabilidad, la elegancia de vivir de quienes han elegido esta vía?

¡Su sonrisa no es una "courtois profesional"!

Es simplemente la manifestación externa de la elegancia y la dicha que les proporciona una profesión en armonía con sus deseos y con su personalidad.

Porque la azafata, en el ejercicio de su profesión, hace valer sus cualidades de mujer y prolonga su vocación femenina.

El encanto, la elegancia, la distinción, la gracia, todas esas cualidades que concurren en el éxito profesional de una azafata son indispensables para el éxito de la vida personal de toda mujer. Y elegir la profesión de azafata es querer dar también a su propia vida equilibrio y armonía.

Segundo episodio: cómo adelgazar sin valerse de la voluntad

Recorre su cabeza de una foto de carne de identidad y adhiérela en la parte correspondiente a esta silueta. Ver el resultado, el fin de un régimen ayuda a soportar el hambre.

nes éticas, al mismo tiempo que una redefinición de la imagen legítima de la femineidad: las revistas femeninas y todas las entidades legítimas en materia de definición de la imagen y del uso legítimo del cuerpo difunden la imagen de la mujer encarnada por estas profesionales del encanto burocrático, seleccionadas y formadas racionalmente, de acuerdo con una carrera rigurosamente programada (con sus escuelas especializadas, sus concursos de belleza, etc.) con vistas a cumplir, según las normas burocráticas, las funciones femeninas más tradicionales.

En los sectores más indeterminados de la estructura social es donde se da el máximo de probabilidades de que tengan éxito los esfuerzos para lograr producir unas especialidades reservadas, en especial de "asesoramiento", cuyo ejercicio no exige más que una forma racionalizada de una competencia cultural de clase. La constitución de un cuerpo socialmente reconocido de especialistas del asesoramiento en materia de sexualidad, que está a punto de realizarse a través de la progresiva profesionalización de asociaciones gratuitas, filantrópicas o políticas, representa la forma paradigmática del proceso por el que unos agentes tienden a satisfacer sus intereses indiscutibles con la íntima convicción de desinterés que se encuentra en la base de cualquier tipo de proselitismo, considerándose autorizados —ante las clases excluidas de la cultura legítima, y por la parcela de legitimidad cultural de que han sido dotados por el sistema de enseñanza— para producir a la vez la necesidad y la singularidad de su cultura de clase. Desde los consejeros conyugales a los vendedores de productos dietéticos, todos cuantos hoy día hacen profesión del hecho de ofrecer los medios de cubrir la separación entre el ser y el deber ser para todo aquello que tiene relación con la imagen o el uso del cuerpo, nada podrían hacer sin la inconsciente colusión de los que contribuyen a producir un mercado inagotable para los productos que ofrecen, al imponer unos nuevos usos del cuerpo y una nueva hexis corporal, la que la nueva burguesía de la sauna, de la sala de gimnasia y del esquí ha descubierto para ella misma, y al producir al mismo tiempo otras tantas necesidades, expectativas e insatisfacciones: médicos y dietéticos que imponen, con la autoridad de la ciencia, su definición de la *normalidad* —"tablas de proporción entre el peso y la estatura en el hombre normal", regímenes alimenticios equilibrados o modelos de la plena realización sexual—, modistas que confieren la sanción del buen gusto a las imposibles medidas de los modelos, publicitarios que encuentran en los nuevos y obligados usos del cuerpo la ocasión para llamadas al orden sin cuento ("vigilad vuestro peso", etc.), periodistas que dejan ver y hacen valer su propio arte de vivir en los semanarios femeninos y en las revistas para ambientes "dorados" que producen y en las que se producen, todos compiten, en la propia competencia que a veces los enfrenta, en hacer progresar una causa a la que sólo sirven tan bien porque no siempre tienen conciencia de que la están sirviendo ni incluso de que se sirven de ella al servirla. Y no es posible comprender la propia aparición de esta nueva pequeña burguesía, que pone al servicio de su función de intermediaria entre las clases nuevos instrumentos de manipulación y que determina, con su misma existencia, una transformación de la posición y de las disposiciones de la pequeña burguesía tradicional, si no es por referencia a las transformaciones del modo de dominación que, al sustituir la represión por la seducción, la fuerza pública por las relaciones públicas, la autoridad por la publicidad, la manera fuerte por la manera suave, espera de la imposición de unas necesidades, más que de la inculcación de unas normas, la integración simbólica de las clases dominadas.

Las transformaciones del sistema escolar

Vemos, pues, cuán ingenuo sería tratar de reducir a un proceso *mecánico* de inflación y devaluación el conjunto de transformaciones que, tanto en el sistema escolar como fuera de él, han estado determinadas por el masivo crecimiento de la población escolarizada; y en particular todos los cambios que, a través de las transformaciones morfológicas ocurridas en todos los niveles del sistema escolar, pero también mediante las reacciones de defensa de los tradicionales usuarios del sistema, han afectado a la organización y al funcionamiento del mismo, como por ejemplo la multiplicación de vías de carrera sutilmente jerarquizadas y de vías muertas sabiamente enmascaradas que contribuyen a complicar la percepción de las jerarquías. Para una mayor claridad, podemos enfrentar dos estados del sistema de enseñanza secundaria: en el estado más antiguo, la propia organización de la institución, las vías que proponía, las enseñanzas que aseguraba, los títulos que otorgaba, descansaban en unos cortes claros, en unas fronteras netas, determinando la división entre la enseñanza primaria y la secundaria unas diferencias sistemáticas en todas las dimensiones de la cultura enseñada, unos métodos de enseñanza, unas carreras aseguradas (es significativo que el corte se haya mantenido e incluso reforzado en aquellos lugares en los que, de ahora en adelante, se juega el acceso a la clase dominante, es decir, en el momento de la entrada en el bachillerato, con la oposición entre la sección de "élite", la secundaria C, y las demás, y el nivel de la enseñanza superior, con la oposición entre las grandes escuelas o, con mayor precisión, las escuelas del poder, y las demás instituciones). En el estado actual, la exclusión de la gran masa de los hijos de las clases populares y medias no se opera ya a la entrada en el bachillerato, sino progresivamente, insensiblemente, a lo largo de los primeros años del mismo, mediante unas formas *negadas* de eliminación como son el *retraso* como eliminación diferida, la *relegación* a unas vías de segundo orden que implica un efecto distintivo y de *estigmatización*, adecuado para imponer el reconocimiento anticipado de un destino escolar y social, y por último la *concesión de títulos devaluados*³⁸.

Si la representación de los hijos de las diferentes categorías socioprofesionales en las clases de 4.º y de CPN refleja el reparto global de la población activa de Francia, las diferencias entre las clases están ya puestas de manifiesto en la distribución entre las secciones: la proporción de los chicos que son eliminados *de facto* de la enseñanza extensa (esto es, que quedan relegados a unos CPN o a unas clases prácticas) varía en razón inversa de la jerarquía social, pasando del 42 % en los asalariados agrícolas al 29 % en los obreros y personal de servicios, al 4 % en los cuadros medios y al 1 % en los cuadros superiores. Los chicos originarios de las clases populares están sobre-representados en la enseñanza técnica corta, pero la proporción de hijos de cuadros medios y de empleados aumenta de forma regular conforme se va de la formación en un año (Certificado de estudios profesionales), pasando por las Clases preparatorias para el aprendizaje (en las

³⁸ Es notable que haya sido en el mismo momento en que la división en dos vías —en rigor, siempre ha habido tres, con la primaria superior y sobre todo con el conjunto de formaciones y concursos internos que ofrecían todas las grandes administraciones— tendía a desaparecer para reconstruirse a un nivel distinto, cuando Baudelot y Establiet descubrieron esta oposición, cuya existencia nadie hubiera soñado con ponerla en duda, puesto que constituía la más evidente manifestación de los mecanismos escolares de reproducción.

que son más numerosos los hijos de artesanos) y el primer año de CAP, hasta el Diploma de enseñanza profesional (de segundo nivel) y la secundaria técnica, mientras que la proporción de los hijos de obreros disminuye paralelamente (la proporción de hijos de la clase dominante permanece ínfima). Pero si se va más lejos, se observa que, en el nivel del CAP, los muchachos de las clases medias se orientan más hacia la electricidad que hacia la construcción y tienen un abanico de opciones más amplio que los otros; que las chicas de clases medias se dirigen con mayor frecuencia hacia un tipo de formación económica y financiera mientras que los chicos de las clases populares están más representados en el sector del vestido. O también, que en el nivel del BEP, los jóvenes de las clases medias, bastante más representados que en el nivel del CAP, se orientan más hacia los servicios comerciales, mientras que los hijos de obreros son mayoritarios en el diseño industrial. Hay, pues, que entenderse las con toda una selva de vías jerarquizadas desde la más teórica y la más abstracta hasta la más técnica y la más práctica, contentiendo cada una de ellas una jerarquía que obedece a los mismos principios —con la contraposición, por ejemplo, entre la electricidad y la construcción (véase F. Oeuvarard, en un artículo de próxima aparición)—. En el nivel de la enseñanza secundaria, las diferencias entre las clases sociales de origen, que pueden verse con toda claridad en los propios porcentajes de representación, se manifiestan con toda precisión en el reparto entre las secciones, con la clase de “élite” en uno de los polos, la segunda o secundaria C, en la que los hijos de cuadros medios, cuadros superiores, miembros de profesiones liberales, y de industriales y grandes comerciantes representan más de la mitad de los efectivos, y en el otro polo las segundas o secundarias especiales, “pasarela” entre el segundo ciclo corto y el segundo ciclo largo, reservado de hecho a un pequeño número, en el que los hijos de obreros están sobre-representados; y, entre los dos polos, las secciones A, AB o T. La devaluación impuesta por la recuperación, que actúa como mecanismo de entrenamiento, y la transformación de los puestos profesionales más cualificados que, a causa del progreso tecnológico, exige de una minoría una competencia técnica incrementada, hacen que el recurso a la enseñanza técnica más o menos extensa se imponga cada vez más a los hijos de la clase obrera y en particular a los que son originarios de las capas más “favorecidas” de la misma (técnicos, obreros cualificados), como condición para el mantenimiento en la posición y como único medio de escapar a la carrera negativa que conduce al sub-proletariado.

Mientras que el sistema de fronteras muy definidas hacia interiorizar unas divisiones escolares que claramente se correspondían con unas divisiones sociales, el sistema de clasificaciones vagas y confusas favorece o consiente (por lo menos en los niveles *intermedios* del espacio escolar) unas aspiraciones a su vez vagas y confusas, al imponer, de manera menos estricta y también menos brutal que el sistema antiguo, simbolizado por el implacable rigor de la oposición, el ajuste de unos “niveles de aspiración” con unas barreras y unos niveles escolares. Si bien es cierto que a una gran parte de sus utilizadores les paga en titulaciones académicas devaluadas —jugando con unos errores de percepción que favorecen la anárquica floración de vías y titulaciones a la vez relativamente insustituibles y sutilmente jerarquizadas—, no es menos cierto que no les impone una *desinversión* tan brutal como la que les imponía el sistema antiguo, y que la confusión de jerarquías y fronteras entre los elegidos y los excluidos, entre los verdaderos y los falsos títulos, contribuye a imponer la eliminación suave y la aceptación también suave de esta eliminación, pero favoreciendo la instauración de una relación menos realista y

menos resignada con el porvenir objetivo que la que favorecía el antiguo *sentido de las limitaciones* que se encontraba en la base de un sentido muy agudizado de las jerarquías. La *alodoxia* que el nuevo sistema fomenta de mil maneras es lo que hace que los relegados ayuden a su propia relegación al sobreestimar las vías en las que se internan, al sobrevalorar sus titulaciones y al concederse unas posibilidades que en realidad les son negadas, pero también lo que hace que no acepten realmente la verdad objetiva de su posición y de sus titulaciones. Y las posiciones nuevas o renovables no ejercerían un atractivo como el que ejercen si, vagas y mal definidas, mal localizadas en el espacio social, sin ofrecer a menudo —a la manera del oficio de artista o de intelectual de antaño— ninguno de los criterios materiales o simbólicos —promoción, recompensas, subidas de salarios— con los que se siente y se mide el *tiempo social* y asimismo las jerarquías sociales, no dejaran un margen tan grande a las aspiraciones, permitiendo así escapar a la brutal y definitiva desinversión que imponen las profesiones con límites y perfil bien trazados, desde la entrada en ellas y hasta la jubilación: el indeterminado porvenir que ofrecen, reservado hasta ahora a los artistas e intelectuales, permite hacer del presente una especie de *prórroga constantemente renovada*, y tratar aquello que la vieja lengua denominaba un *estado* como una condición provisional, a la manera del pintor que, aunque trabaje en la publicidad, continúa considerándose como un “verdadero” artista y haciendo protestas de que ese oficio mercenario no es más que una ocupación temporal que abandonará en el momento en que haya ganado lo bastante como para asegurarse su independencia económica³⁹. Estas profesiones ambiguas permiten ahorrarse el trabajo de desinversión y reinversión que implica la reconversión de una “vocación” de filósofo en “vocación” de profesor de filosofía, de artista pintor en dibujante publicitario o en profesor de dibujo; ahorrarse ese trabajo o, por lo menos, remitirlo indefinidamente para más tarde. Se comprende que estos agentes en situación de prórroga estén totalmente de acuerdo con la educación permanente (o con la permanencia en el sistema educativo) que, perfecta antítesis del sistema de las grandes oposiciones, partidario de marcar los límites temporales, de dejar bien claro de una vez por todas y lo más pronto posible que lo que está acabado está acabado, ofrece un porvenir abierto, sin límites⁴⁰. Y se comprende también que, a la manera de los artistas, se consagren con tanta diligencia a las modas y a los modelos estéticos y éticos de la *juventud*, una manera de poner de manifiesto, para sí y para los otros, que después de todo, no se está acabado, definido, en final de trayecto. Las brutales discontinuidades del todo o del nada entre los estudios y la profesión, la profesión y la jubilación, se sustituyen por unas transiciones, por unos deslizamientos insensibles e infinitesimales (piénsese en todas las ocupaciones temporales o semi-permanentes, desempeñadas a menudo por estudiantes al final de sus estudios, que circundan las posiciones establecidas de la investigación científica

³⁹ M. GRIFF, “Les conflits intérieurs de l'artiste dans une société de masse”, *Diogenes*, n.º 46, 1964, pp. 61-94. En el mismo artículo de Mason Griff se puede encontrar una descripción muy precisa de los procedimientos que los publicitarios, “artistas comerciales”, imponen a sus aprendices, con frecuencia artistas en potencia, para determinar la desinversión (“hacer los recados”, etc.) y la reinversión en un campo “inferior”.

⁴⁰ Así es como una parte de los productos sobrantes del sistema de enseñanza encuentra su empleo en la gestión de los problemas y conflictos sociales engendrados por la “superproducción” escolar y por las nuevas “demandas” que ésta a su vez ha engendrado (por ejemplo, la “necesidad” de educación permanente, etc.).

o de la enseñanza superior o, en otro orden distinto, en la jubilación progresiva que ofrecen las empresas de "vanguardia"). *Todo ocurre como si* la nueva lógica del sistema escolar y del sistema económico alentara a diferir el mayor tiempo posible el momento en el que acaba por determinarse el límite hacia el que tienden todos los cambios infinitesimales, esto es, el balance final que toma a veces la forma de una "crisis personal". ¿Es necesario decir que el ajuste entre las oportunidades objetivas y las aspiraciones que así se obtiene es a la vez más sutil y más sutilmente logrado, pero también más ariegado y más inestable? La vaguedad en las representaciones del presente y del porvenir de la posición es una forma de aceptar los límites, pero con un esfuerzo por enmascararlos que equivale a rechazarlos o, si se prefiere, una manera de rechazarlos pero con la mala fe de un revolucionarismo ambiguo basado en el resentimiento contra el desclasamiento con respecto a unas expectativas imaginarias. Mientras que el sistema antiguo tendía a producir unas identidades sociales bien definidas, dejando poco sitio al onirismo social, pero tan confortables y tranquilizadoras en la propia renuncia que exigían sin concesiones, la especie de *inestabilidad estructural* de la representación de la identidad social y de las aspiraciones que en ella se encuentran legítimamente incluidas tiende a llevar a los agentes, mediante un movimiento que no tiene nada de personal, desde el terreno de la crisis y de la crítica sociales al terreno de la crítica y de la crisis personales.

Las luchas competitivas y la translación de la estructura

Podemos ver cuán ingenua es la pretensión de resolver el problema del "cambio social" asignando a la "novación" o a la "innovación" un *lugar* en el espacio social —en lo más alto para los unos, en lo más bajo para los otros, siempre en otra parte, en todos los grupos "nuevos", "marginales", "excluidos"— para todos aquellos cuya primera preocupación es la de introducir a cualquier precio la "novación" en el discurso: caracterizar una clase como "conservadora" o "novadora" (incluso sin precisar con respecto a qué), recurriendo fácilmente a un patrón ético, necesariamente situado socialmente, es producir un discurso que no dice apenas otra cosa que el lugar donde se produce porque hace desaparecer lo esencial, esto es, el *campo de lucha* como sistema de relaciones objetivas en el que las posiciones y las tomas de posición se definen *relacionalmente* y que domina además a las luchas que intentan transformarlo: sólo por referencia al espacio de juego que las define y que ellas tratan de mantener o de redefinir más o menos por completo en tanto que tal espacio de juego, pueden comprenderse las estrategias individuales o colectivas, espontáneas u organizadas, que tienen como punto de mira el conservar, el transformar o el transformar para conservar.

Las estrategias de reconversión no son sino un aspecto de las acciones y reacciones permanentes mediante las cuales cada grupo se esfuerza por mantener o cambiar su posición en la estructura social; o, con mayor exactitud, en un estadio de la evolución de las sociedades divididas en clases en las que no es posible conservar si no es cambiando, cada grupo se esfuerza *por cambiar para conservar*. En el caso particular, pero que es el que se da con mayor frecuencia, en que las acciones mediante las cuales cada clase o fracción de clase trabaja para conquistar

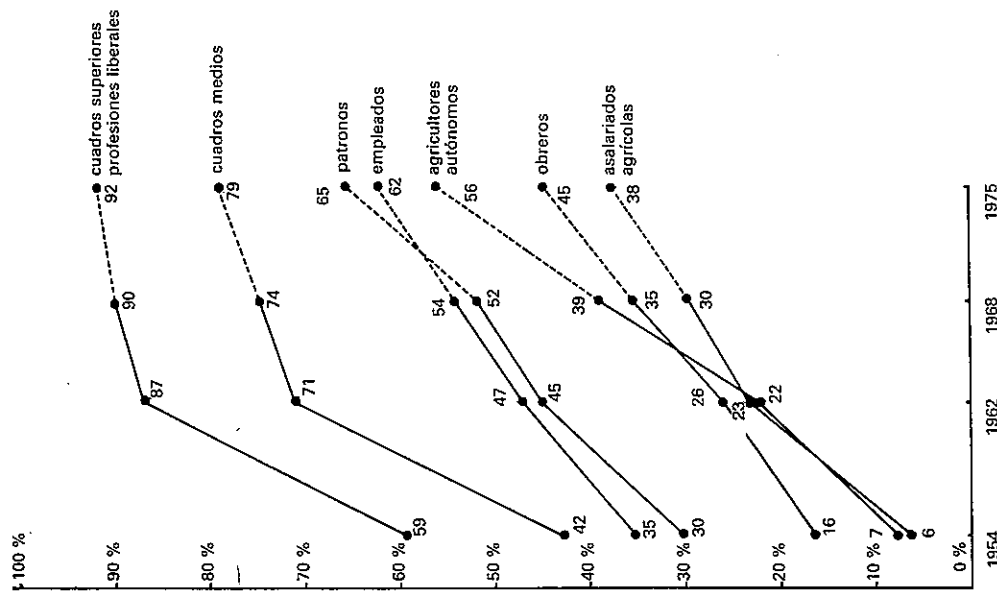
nuevas mejoras —es decir, para aventajar a las demás clases y por consiguiente, objetivamente, para *deformar la estructura* de las relaciones objetivas entre las clases (las que registran las *distribuciones* estadísticas de propiedades)— están compensadas (luego *ordinalmente* anuladas) por las reacciones, orientadas hacia los mismos objetivos, de las demás clases, la resultante de estas acciones enfrentadas, que se anulan en el propio movimiento que ellas suscitan, es una *translación global* de la estructura de la distribución entre las clases o las fracciones de clases de los bienes que están en juego en la competencia (es el caso de las oportunidades de acceso a la enseñanza superior) (véanse tabla 15 y gráfico 7).

Puede verse en la tabla la relación entre la evolución morfológica de las diferentes clases y fracciones de clases y la evolución del grado en que los miembros de las mismas utilizan el instrumento escolar de reproducción: el volumen de los grupos cuyo modo de reproducción estaba fundado sobre todo, al principio del período, en la transmisión del patrimonio económico, tiende a disminuir o a permanecer estacionario, mientras que se acrecienta durante el mismo tiempo la utilización de la escuela por parte de los chicos originarios de estos grupos que, en una parte importante, irán a engrosar las categorías asalariadas situadas en un mismo nivel de la jerarquía social; los miembros de las fracciones de clase en expansión morfológica (cuadros medios, cuadros superiores, empleados) que, ricos sobre todo en capital cultural, aseguraban su reproducción principalmente gracias a la escuela, tienden a incrementar la escolarización de sus hijos casi en la misma proporción que las categorías independientes que ocupan una posición equivalente en la estructura de las clases. La inversión de la posición relativa de los patrones comerciales y de los empleados por una parte, de los agricultores y de los obreros por la otra, se explica simultáneamente por la intensificación de su recurso a la escuela que se ha impuesto para las dos categorías, en decadencia numérica, y por la elevación de las características estadísticas globales de esas categorías (visible, por ejemplo, en materia de titulaciones académicas) que resulta de la trans-

Tabla 15—Evolución morfológica de las diferentes clases y evolución de su relación con el sistema de enseñanza (1954-1968)

	Porcentaje de evolución morfológica (base 100 en 1954)	Porcentaje de titulados del BEPC y más (hombres) (%)		Probabilidades de acceso a la enseñanza superior (%)		Porcentaje de escolarización de los 16 a los 18 años (%)		
		1962	1968	1961	1962	1965	1962	1968
asalariados agrícolas	53.7	0.8	1.6	0.7	2.7	8.0	23.3	29.7
agricultores autónomos	65.2	1.6	2.7	3.6	8	7.5	22.5	38.8
obreros	122.8	2.0	2.9	1.4	3.4	16.3	22.5	38.8
patrones industriales	89	8.5	11.3	16.4	23.2	30	45.0	51.7
empleados	120.4	14.7	19.2	9.5	16.2	34.9	47.0	54.3
cuadros medios	168.3	39.9	43.3	29.6	35.4	42.6	71.0	74.6
cuadros superiores, profesiones liberales	167.8	69.5	73.4	48.5	58.7	59.3	87.0	90.0

Gráfico 7—Traducción de los porcentajes de escolarización de los jóvenes con edades comprendidas entre los 16 y los 18 años, entre 1954 y 1968.



* Con la línea de trazos se han indicado los porcentajes de escolarización en 1975 de los jóvenes de 18 años.

Fuentes: INSEE, *Recensements de la population 1954, 1962, 1968*. "Probabilités d'accès à l'enseignement supérieur", P. Bourdieu, J. C. Passeron, *Les héritiers*, Paris, Ed. de Minuit, 1964, p. 15, y P. Bourdieu, J. C. Passeron, *La reproduction*, Paris, Ed. de Minuit, 1970, p. 260; "Taux de scolarisation de 16 à 18 ans", *Données sociales*, INSEE, 1973, p. 105 (para 1975 los cálculos están hechos a partir del sondeo a 1/5 del censo, tabla SCO 38 C).

formación de su estructura interna—en el sentido de una menor dispersión—y, con mayor precisión, del hecho de que sus capas inferiores han resultado particularmente afectadas por la crisis y se han visto forzadas a la desaparición o a la reconversión. Las tasas de escolaridad que figuran en el gráfico están, sin duda, sobreestimadas debido al hecho de que las estadísticas no tienen en cuenta más que a los jóvenes censados en su familia—con exclusión de los que viven solos o en un internado, una residencia colectiva, etc.—y sin duda tanto más cuanto más se desciende en la jerarquía social. El ligero acortamiento del abanico que parece dibujarse en el período reciente es imputable, por una parte, al efecto de saturación que afecta a las categorías más elevadas, y, por otra parte, al hecho de que la estadística ignora la distribución de los adolescentes de las diferentes clases entre las vías de enseñanza que están a su vez fuertemente jerarquizadas. Entre 1967-1968 y 1976-1977, la proporción de hijos de obreros en clase de segunda de la enseñanza pública (que representaban en 1975 el 40,7 % de los jóvenes de 17 años) ha permanecido constante (pasando del 25,7 % al 25,9 %) mientras que la proporción de hijos de cuadros y de miembros de profesiones liberales pasaba durante el mismo período del 15,4 % al 16,8 %. Además, en 1976-77, entre los alumnos de segunda el 57,6 % de los hijos de cuadros superiores y miembros de profesiones liberales estaban en la sección C (con dominante científica) frente al 20,6 % de los hijos de asalariados agrícolas y el 23,5 % de los hijos de obreros. A la inversa, sólo el 9,8 % de los hijos de primeros estaban en una sección con dominante técnica frente al 24,6 % de los hijos de asalariados agrícolas y el 28,7 % de los obreros (véase F. Oeuviard, artículo citado). Análogas tendencias se observan en el nivel de la enseñanza superior, en el que los estudiantes originarios de las clases populares son cada vez más y más relegados a las facultades de letras y de ciencias o a las formaciones cortas de carácter técnico, mientras que los estudiantes originarios de la clase dominante se dirigen hacia las grandes escuelas, la facultad de medicina y, en los casos de un menor éxito escolar, hacia las pequeñas escuelas de comercio y de gestión.

En el caso de las ciencias sociales, el discurso científico no puede ignorar las condiciones de su propia recepción: ésta depende, en efecto, en cada momento, del estado de la *problemática social* en vigor, definida a su vez, por lo menos en parte, por las reacciones a un estado anterior de este discurso. Quienes, con el alibi de la claridad pedagógica, simplifican hasta el simplismo los análisis propuestos en *Les héritiers* y en *La reproduction*, y profundizados posteriormente por todo un conjunto de trabajos que han tenido al menos como efecto mostrar que los primeros pecaban aún de exceso de simplificación, tienen en común con los que los critican sin comprenderlos, además del gusto por las verdades simples, la incapacidad de pensar *relacionalmente*. La obstinación ideológica no basta, en efecto, para explicar ingenuidades tales como la que consiste en hablar de un "alza de reclutamiento medio" de la universidad entre 1950 y 1960 (lo que más o menos quiere decir nada) y en deducir de ello la transformación de la universidad burguesa en "universidad dominada por las clases medias" (véase R. Boudon, "La crise universitaire française: essai de diagnostic sociologique", *Annales*, 3, mayo-junio 1969, pp. 747-748). Una simple ojeada sobre la posición que ocupan las facultades —y en particular las facultades de letras y de ciencias— en la distribución de las instituciones de enseñanza superior, según el origen social de su clientela, basta para dar la medida de un análisis estadístico de tal clase, muy celebrado por el autor de *Le Mal français* que deplora que dicho análisis no haya conocido todo el éxito que merece, dando así otra prueba más de su gran conocimiento de las realidades universitarias (véase A. Peyrefitte, *Le Mal français*, París, Plon, 1978, *passim* y especialmente, pp. 408-409 y pp. 508-509): situadas en el punto más bajo de un campo evidentemente dominado por las grandes escuelas, más bajo incluso

actualmente, si se juzga por el rendimiento económico y social de las titulaciones que proporcionan, que las menos prestigiosas y las más recientes de las escuelas de comercio que han proliferado desde hace algunos años, las facultades de letras y de ciencias tienen todas las propiedades de los lugares de relegación, comenzando por el porcentaje de "democratización" (y de feminización) particularmente alto, del que se maravillan los medidores. ¿Qué podría decirse de quien midiera la "democratización" de la enseñanza secundaria por la estructura social de un CET de Aubervilliers o de un CES de Saint Denis? Para hablar de universidad "dominada por las clases medias" es preciso, además, operar una confusión, consciente o inconsciente, entre el porcentaje de *representación* de las clases medias en la población de las facultades (expresado por el porcentaje de estudiantes originarios de las clases medias en la población de las facultades) y las *probabilidades de acceso a las facultades* que están objetivamente vinculadas a estas clases, entre el cambio de la *composición social* de las facultades (que puede tener efectos importantes —por ejemplo en materia de comunicación pedagógica, con la multiplicación de estudiantes desprovistos de pre-requisitos implícitamente exigidos en el sistema antiguo—, y esto aunque un grupo pueda permanecer *socialmente dominado* incluso cuando es *numéricamente dominante*) y la evolución de la *estructura de las probabilidades de escolarización* características de las diferentes clases, tal como pueden ser calculadas relacionando la proporción de supervivientes escolares de cada clase (para un nivel dado de la carrera) *con el conjunto de su clase de origen* (y no con el *conjunto de sus condiscípulos*), estructura que ha sufrido una simple translación hacia arriba y no una verdadera transformación.

Un proceso semejante de *desarrollo homotético* se observa, según parece, siempre que las fuerzas y los esfuerzos de los grupos en competencia por una especie determinada de bienes o de titulaciones especiales tienden a equilibrarse como en una *carrera* en la que, al término de una serie de adelantamientos y recuperaciones, se mantienen las diferencias iniciales, es decir, siempre que las tentativas de los grupos inicialmente más carentes por apropiarse los bienes y las titulaciones poseídos hasta entonces por los grupos situados inmediatamente *por encima de ellos* en la jerarquía social, o inmediatamente *delante de ellos* en la carrera, resultan casi compensadas, en todos los niveles, por los esfuerzos que hacen los grupos mejor situados por mantener la singularidad y la distinción de sus bienes y de sus titulaciones. Piénsese en la lucha que la venta de títulos nobiliarios, suscitó, en la segunda mitad del siglo XVI, en el seno de la nobleza inglesa, al desencadenar un proceso automantenido de inflación y devaluación de estos títulos: los más bajos, como el de *Esquire* o el de *Arms*, fueron los primeros afectados, después le tocó el turno al título de *Knight*, que se devaluó de forma tan rápida que los más antiguos poseedores del mismo tuvieron que presionar para obtener la creación de uno nuevo, el de *Baronet*; pero este nuevo título, que venía a ocupar un vacío entre el de *Knight* y el de par del reino, se presentó como una amenaza para los poseedores del título superior, cuyo valor estaba ligado con una cierta *diferencia*⁴¹. Así, los pretendientes fraguaron la ruina de los poseedores por el hecho de apropiarse los títulos que constituirían su singularidad: no hay nada mejor para devaluar un título nobiliario como comprarlo cuando se es plebeyo. Por lo que respecta a los poseedores, éstos persiguen objetivamente la desvalorización de los

pretendientes, ya sea abandonándoles de alguna manera sus títulos para procurarse otros más escasos, ya sea introduciendo entre los titulados unas diferencias vinculadas con la antigüedad en el acceso al título (como la manera). Se desprende de ello que todos los grupos que se encuentran comprometidos en la carrera, sea en el puesto que sea, no pueden conservar su posición, su singularidad, su rango, si no es a condición de correr para mantener la separación con los que les siguen inmediatamente y amenazar así en su *diferencia* a los que les preceden; o, bajo otro punto de vista, a condición de aspirar a tener lo que los grupos situados justo delante de ellos poseen en ese momento y que ellos mismos llegarán a tener, pero en un *tiempo ulterior*.

Los poseedores de las titulaciones más escasas pueden también colocarse de alguna manera fuera de carrera, fuera de concurso, fuera de competencia, instaurando un *numerus clausus*. El recurso a medidas de este tipo se impone, en general, cuando se muestran insuficientes los mecanismos estadísticos que aseguran "normalmente" la protección de la singularidad del grupo privilegiado y cuya eficacia discreta y lógica verdadera (en particular los criterios reales de eliminación) sólo pueden captarse por el análisis estadístico: el *laissez-faire*, que resulta conveniente mientras esté asegurada la protección de los intereses del grupo privilegiado, se sustituye por una especie de *proteccionismo* consciente, que reclama de las *instituciones* que hagan *al descubierto* lo que de manera invisible hacían unos mecanismos que presentaban todas las apariencias de la necesidad natural. Para protegerse contra un número excesivo de individuos, los poseedores de las titulaciones especiales y de los puestos también especiales a que aquéllas dan acceso, deben defender una definición del puesto que no es otra que la definición de los que ocupan ese puesto en un estado determinado de la singularidad de la titulación y del puesto: declarando que el médico, el arquitecto o el profesor del porvenir deben ser lo que hoy día son, es decir, lo que ellos mismos son, inscriben para toda la eternidad en la definición del puesto todas las propiedades que le son conferidas por el pequeño número de sus ocupantes (como pueden ser las propiedades secundarias asociadas a una fuerte selección, tales como un origen social alto), esto es, por los límites impuestos a la competencia y con ello a las transformaciones del puesto que aquélla no dejaría de ocasionar.

A las fronteras estadísticas —que trazan alrededor de los grupos ese terreno "espúreo" de que habla Platón, a propósito de la frontera del ser y del no-ser, desafío lanzado al poder de discriminación de los sistemas de encasamientos sociales (¿Joven o viejo? ¿De ciudad o de pueblo? ¿Rico o pobre? ¿Burgués o pequeño-burgués?, etc.)— las sustituye el *numerus clausus*, en la forma límite que le dan las medidas discriminatorias, por unos límites netos, rígidos; a los principios de selección, de inclusión y de exclusión, fundados en una pluralidad de criterios más o menos estrechamente ligados entre sí y la mayor parte de las veces implícitos, los sustituye una operación institucionalizada, y por tanto consciente y organizada, de segregación, de discriminación, fundada en un solo y único criterio (no a las mujeres, o a los judíos, o a los negros) que no deja lugar a nadie que no haya tenido éxito en el encasamiento. En realidad, los grupos más selectivos prefieren ahorrar-se la brutalidad de las medidas discriminatorias y acumular los encantos de la aparente ausencia de criterios, que deja a los miembros del grupo la ilusión de una elección fundada en la singularidad de la persona, y las garantías de la selección, que asegura al grupo el máximo de *homogeneidad*.

⁴¹ L. STONE, "The Inflation of Honours, 1558-1641", *Past and Present*, 14, 1958, pp. 45-70.

Los clubes elegantes protegen su *homogeneidad* sometiendo a los pretendientes a unos procedimientos muy estrictos, acta de candidatura, recomendación, a veces presentación —en el sentido propio del término— por unos padrinos miembros del club, con cierto número de años de antigüedad en el mismo, elección confiada al conjunto de los miembros o a una comisión de admisión, pago de derechos de entrada a veces extremadamente altos —5.000 F por persona en 1973 en el Círculo del Bois de Boulogne, 9.500 F en el golf de Saint-Cloud en 1975, a los que vienen a añadirse unas cotizaciones anuales, 2.050 F en Saint-Cloud—. En realidad, sería inútil tratar de determinar si las reglas formales que sirven sobre todo para proteger al grupo frente al exterior —no tanto frente a las otras clases, excluidas de antemano, como frente a las otras fracciones de clase o frente a los advenedizos de la propia fracción— y que lo más frecuente es que no tengan necesidad de funcionar, están hechas para disimular la arbitrariedad de la elección o si, por el contrario, la arbitrariedad pregonada, que deja a un tacto indefinible el cuidado de la elección, está hecha para disimular las reglas oficiales: “Es a decisión del cliente”, dice un presidente de un círculo; y otro: “Hay clubes en los que es preciso tener dos padrinos y en los que se recibe a todo el mundo; hay otros en los que es preciso tener dos padrinos y en los que se recibe casi a todo el mundo; y hay otros clubes con dos padrinos en los que se ponen muchas dificultades para recibir a la gente.” Además, todo depende del peso de los padrinos: “La duración de la espera es de dos o tres años: con buenos padrinos no hay que esperar nada” (Director de sociedad, miembro del Círculo del Bois de Boulogne). De igual modo, aunque los derechos de pertenencia no sean oficialmente hereditarios, a cualquier mujer joven que desea inscribirse en dicho círculo se le pregunta si su padre o su hermano primogénito forma parte del mismo. Todo parece indicar que, aunque muchos de ellos se organicen oficialmente alrededor de una actividad singular y selectiva, pero que a menudo no es más que un pretexto —golf, polo, caza, caballo, tiro de pichón, vela—, los clubes elegantes se contraponen a los clubes especializados cuyos miembros se definen por la posesión de una propiedad común —por ejemplo un barco en el caso del Círculo de la Vela de París— en que aquéllos tienen en cuenta toda la persona social, toda la capacidad social de la que esa persona es portadora, y esto tanto más cuanto más prestigiosos son y más se preocupan por hacer realidad una comunidad total de intereses y de valores.

Por el hecho de que la verdad de los criterios de selección no puede venir más que del exterior, es decir, de una *objetivación* que de antemano es rechazada como reductora y superficial, el grupo puede persuadirse de que su propia reunión no tiene otro principio que un sentido indefinible de la conveniencia que sólo puede proporcionar la pertenencia. El milagro de la elección mutua alcanza su perfección con los grupos de intelectuales que no tienen la ingenuidad de conceder el mínimo de objetivación necesario para constituirse en club: por el hecho de que ellos se fían, en el sentido casi místico, de la participación que precisamente define a los participantes, obligan a los excluidos, que no pueden dar otra prueba de la existencia del grupo exclusivo que la que ellos dan con su propia denuncia, a abrirse camino en las sombras cuando quieren indicar los límites invisibles que les separan de los elegidos. Si los grupos intelectuales, y sobre todo los más prestigiosos, están protegidos de manera tan formidable contra la objetivación, no es sólo porque sea preciso estarlo para dominar prácticamente los mecanismos que definen la pertenencia y porque quienes en ellos están no sean evidentemente los más llamados a objetivarlos, mientras que los que no están dentro corren siempre el riesgo de ignorar lo esencial y en todo caso son sospechosos de verse empujados por su exclusión a una visión resentida, y por tanto reductora; es también porque no se puede objetivar el juego intelectual si no es a condición de poner en juego su propia pertenencia al juego, riesgo a la vez irrisorio y absoluto.

La dialéctica del desclasamiento y del reencasamiento que se encuentra en la base de todas las clases de procesos sociales implica e impone que todos los grupos afectados corran en el mismo sentido, hacia los mismos objetivos, las mismas propiedades, aquellas que les son marcadas por el grupo que ocupa la primera posición en la carrera y que, por definición, son inaccesibles para los siguientes, puesto que, cualesquiera que sean en sí mismas y para ellas mismas, resultan modificadas y calificadas por su rareza distintiva y *no serán más lo que son* a partir del momento en que, multiplicadas y divulgadas, sean accesibles a unos grupos de rango inferior. Así, por una paradoja aparente, el mantenimiento del orden, es decir, del conjunto de las *variaciones*, de las diferencias, de los rangos, de las precedencias, de las prioridades, de las exclusividades, de las distinciones, de las *propiedades ordinarias* y, por ello, de las *relaciones de orden* que confieren su estructura a una formación social, está asegurado por un cambio incesante de las propiedades substanciales (esto es, no relacionales). Lo que implica que el orden establecido en un momento dado del tiempo es inseparablemente un orden temporal, un *orden de sucesiones*, teniendo cada grupo como pasado el grupo inmediatamente inferior y como porvenir el grupo superior (es comprensible la fertilidad de los modelos evolucionistas). Los grupos en competencia están separados por unas diferencias que, para lo esencial, se sitúan en el *orden del tiempo*. No es casualidad que este sistema deje tanto lugar al *crédito*: la imposición de legitimidad que se realiza mediante la lucha competitiva y que acrecientan todas las acciones de proselitismo cultural, suave violencia ejercida con la complicidad de las víctimas y capaz de dar a la arbitraria imposición de determinadas necesidades las apariencias de una misión liberadora, reclamada por quienes la sufren, tiende a producir la pretensión como necesidad que preexiste a los medios de satisfacerse de forma adecuada; y contra un orden social que reconoce a los más desposeídos el derecho a todas las satisfacciones, pero sólo a plazo, a largo plazo, la pretensión no tiene otra opción que el crédito, que permite tener el goce inmediato de los bienes prometidos pero que lleva consigo la aceptación de un porvenir que no es sino la continuación del presente, o la imitación, falsos vehículos de lujo y vacaciones de lujo falso. Pero la dialéctica del desclasamiento y del reencasamiento está predispuesta a funcionar también como un *mecanismo ideológico* cuyo discurso conservador se esfuerza por intensificar los efectos y que, en la impaciencia misma que empuja al goce inmediato mediante el crédito, tiende a imponer a los dominados, sobre todo cuando comparan su condición presente con su condición pasada, la ilusión de que les basta con esperar para obtener lo que en realidad no obtendrán más que a través de sus luchas: situando la diferencia entre las clases en el orden de las sucesiones, la lucha competitiva instaura una diferencia que, a la manera de la que separa al *predecesor del sucesor* en un orden social regido por unas leyes sucesorias bien establecidas, es a la vez la más absoluta, la más infranqueable —puesto que no tiene otra cosa que hacer que esperar, a veces durante toda una vida, como esos pequeño-burgueses que entran en su casa en el momento de la jubilación; a veces varias generaciones, como todos los que se esfuerzan por prolongar en sus hijos su propia trayectoria truncada⁴²— y la más irreal, la más evanescente, puesto que se

⁴² Sería preciso analizar todas las consecuencias sociales del retraso colectivo e individual: el acceso tardío (por contraposición a precoz) no tiene como único efecto el de reducir el *tiempo de utilización*; implica también una relación menos familiar, menos “cómoda” con la práctica o el bien

sabe que de todas maneras se tendrá, si se sabe esperar, aquello que es dado esperar por las leyes ineluctables de la evolución. En resumen, lo que la lucha competitiva eterniza no son unas condiciones diferentes, sino la *diferencia de las condiciones*.

Comprender este mecanismo es percibir ante todo la inanidad de los debates que se engendran en la alternativa académica de la permanencia y de la alteración, de la estructura y de la historia, de la reproducción y de la "producción de la sociedad", y que tienen como principio real la dificultad de admitir que las contradicciones y las luchas sociales no están todas ni siempre en contradicción con la perpetuación del orden establecido; que, más allá de las anítesis del "pensamiento por parejas", la permanencia puede estar asegurada por el cambio y la estructura perpetuada por el movimiento; que las "expectativas frustradas" que necesariamente engendra el desajuste entre la imposición de las necesidades legítimas (lo que en el lenguaje más *in* de los profesionales del *marketing*, que las importan, las adoptan y las imponen, se denomina *must*) y el acceso a los medios necesarios para satisfacerlas, y que producen unos efectos económicos al permitir obtener, directa o indirectamente (por medio del crédito), un trabajo extra, no amenazan necesaria ni automáticamente la supervivencia del sistema: que la variación estructural y las frustraciones correlativas se encuentran en el principio mismo de la reproducción por transición que asegura la perpetuación de la estructura de las posiciones mediante la transformación de la "naturaleza" de las condiciones. Es también comprender que los que, apoyándose en las propiedades que pueden llamarse cardinales, hablan de "aburguesamiento" de la clase obrera, y los que tratan de refutarlos invocando las propiedades ordinales tienen en común, evidentemente, el ignorar que los aspectos contradictorios de la realidad que ellos retienen son, de hecho, unas dimensiones indisociables de un mismo proceso. La reproducción de la estructura social puede realizarse dentro y por medio de una lucha competitiva que conduce a una simple transición de la estructura de las distribuciones mientras, y sólo mientras, que los miembros de las clases dominadas entren en la lucha *en orden disperso*, esto es, con acciones y reacciones que sólo se totalicen *estadísticamente* por los *efectos externos* que las acciones de los unos ejercen sobre las acciones de los otros fuera de toda interacción y de toda transacción, y por consiguiente en la objetividad, fuera del control colectivo o individual, y casi siempre contra los intereses individuales y colectivos de los agentes⁴³. Esta forma particular de lucha

considerados (lo que puede tener unas consecuencias técnicas —si se trata de un automóvil— o simbólicas —si se trata de un bien cultural); puede además representar el equivalente disimulado de la pura y simple privación cuando el valor del bien o de la práctica proviene de su poder *distintivo* (vinculado, evidentemente, con la apropiación privilegiada o exclusiva —"filmes en exclusividad"—, o prioritaria —"reestrenos"— más que de las satisfacciones intrínsecas que proporciona. (Los vendedores de servicios o de bienes, que están interesados en los efectos de *alodoxia*, juegan al máximo con estos desajustes, ofreciendo por ejemplo fuera de tiempo —viajes organizados fuera de estación— o con retraso —vestidos o prácticas pasadas de moda— unos bienes que sólo tienen todo su valor en su momento.)

⁴³ El límite de estos procesos de acción estadística está constituido por los procesos de pánico o de *desbandada* en los que cada agente contribuye a lo que tiene al realizar unas acciones determinadas por el efecto temido (es el caso de los pánicos financieros): en todos estos casos, la acción colectiva, simple suma estadística de acciones individuales no coordinadas, acaban en un resultado colectivo irreducible o antinómico a los intereses colectivos e incluso a los intereses particulares que persiguen las acciones individuales (esto se ve bien cuando el efecto de desmoralización que ejerce una representa-

de clases que es la lucha competitiva es la que los miembros de las clases dominadas se dejan imponer cuando aceptan las apuestas que les proponen los dominantes, lucha *integradora* y, a causa de su *handicap* inicial, *reproductora*, puesto que los que entran en esta especie de carrera-persecución en la que parten necesariamente derrotados, como testimonio la constancia de las diferencias, reconocen implícitamente, por el solo hecho de competir, la legitimidad de los fines perseguidos por aquellos a quienes persiguen.

Una vez establecida la lógica de los procesos competitivos (o de desbandada) que condenan a cada agente a reaccionar *de forma aislada* ante el efecto de las innumerables reacciones de los otros agentes, o con mayor exactitud, al resultado de la *agregación estadística* de sus acciones aisladas, y que reducen a la clase al estado de *masa* dominada por su propio número y por su propia masa, se está en condiciones de plantear la cuestión, muy debatida entre los historiadores de estos momentos⁴⁴, de las condiciones (crisis económica, crisis económica que sobreviene después de un período de expansión, etc.) en las cuales viene a interrumpirse la dialéctica de las oportunidades objetivas y de las esperanzas subjetivas que se reproducen mutuamente: todo permite suponer que un brusco desencante de las oportunidades objetivas con respecto a las esperanzas subjetivas suscitadas por el estado anterior de las oportunidades objetivas puede determinar una ruptura de la adhesión que las clases dominadas, objetiva y subjetivamente excluidas de la carrera de repente, otorgan a los objetivos dominantes hasta ese momento fácilmente aceptados, y puede también hacer posible por ello un verdadero vuelco de la tabla de valores.

ción pesimista del porvenir de la clase contribuye a la decadencia de la clase que la determina, al contribuir los miembros de las clases en decadencia con muchas de sus conductas a la decadencia colectiva, como ocurre con los artesanos que empujan a sus hijos hacia los estudios al mismo tiempo que reprochan al sistema escolar el desvío de los jóvenes respecto del oficio de los padres).

⁴⁴ Véase L. Stone, "Theories of Revolution", *World Politics*, 18 (2), enero 1966.

